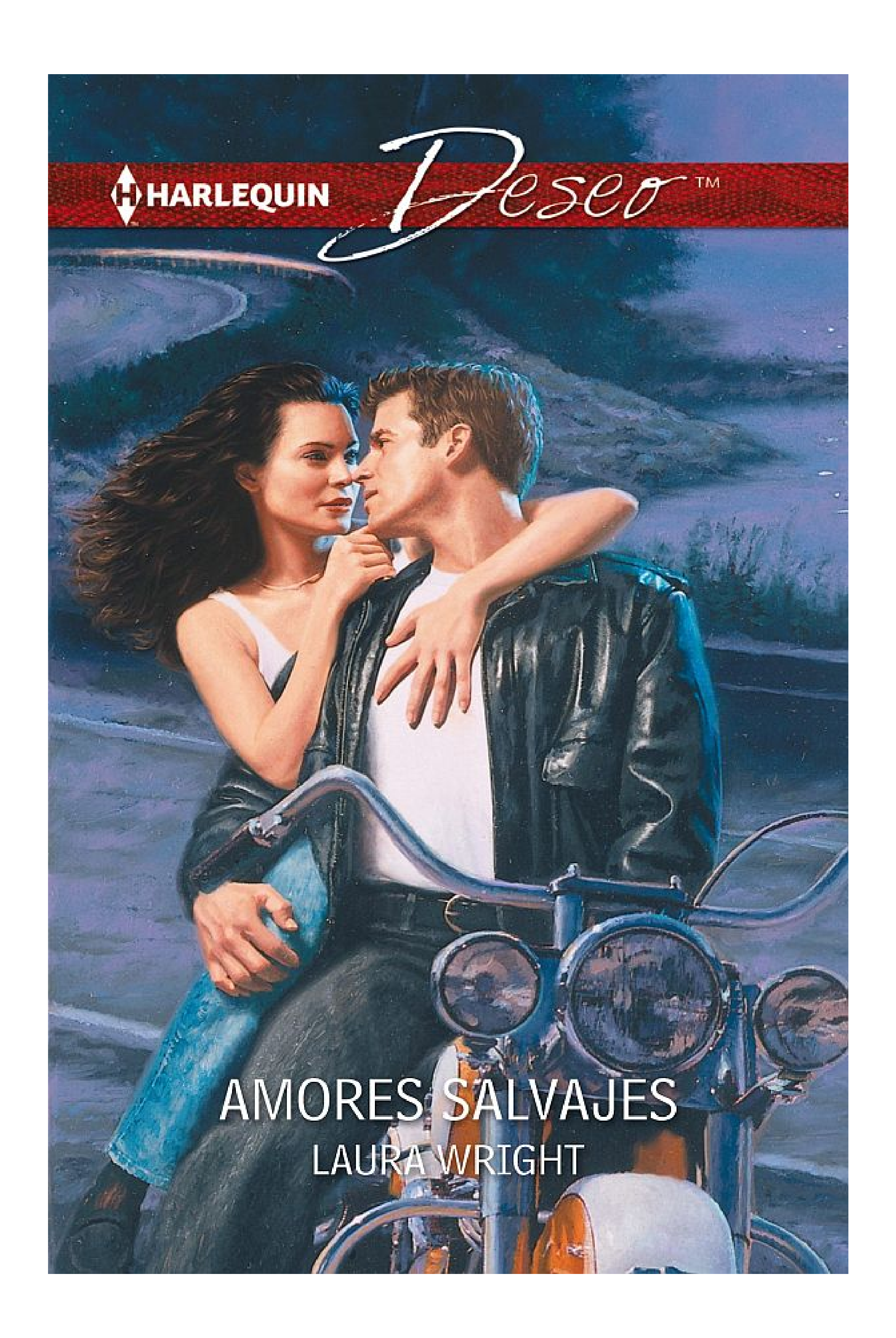

HARLEQUIN
Deseo™
AMORES SALVAJES
LAURA WRIGHT

La casamentera iba a encontrar pareja.

Quizá Maggie Conner no tuviera demasiada experiencia con los hombres… pero eso no significaba que no pudiera encontrarles pareja a sus clientes. Lo único que necesitaba era el hombre adecuado…

El problema era que encontró al hombre equivocado: Nick Kaplan, un tipo duro y musculoso y con una sonrisa peligrosamente seductora. Además de ser la tentación personificada. ¡Nick Kaplan era el nuevo compañero de piso de Maggie!

Así que, ¿por qué no emparejarlo con otra? Bueno, la primera razón para no hacerlo era que, cuanto más tiempo pasaban juntos, más deseaba Maggie quedárselo para ella…



Laura Wright

Amores salvajes

Deseo - 1221

ePub r1.0
LDS 19.12.16

Título original: *Hearts are wild*
Laura Wright, 2002
Traducción: David Gallego Barbeyto
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 90 / Silhouette Desire (SD) - 1469
Protagonistas: Nick Kaplan y Maggie Conner
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

¿Cansada de besar ranas? Encuentra a tu príncipe hoy y sé feliz el resto de tu vida.

Maggie Conner tachó el noveno eslogan garabateado en su libreta amarilla. Eran las diez y media de la mañana y ya estaba sudando. Junio en Santa Flora era un mes paradisiaco, de días con veintidós grados y brisas oceánicas que hacían suspirar a cualquiera, de modo que el calor que recorría sus venas no podía deberse al clima.

Tras años de largas jornadas laborales sin vacaciones en diversos puestos de trabajo, Maggie había ahorrado dinero suficiente para abrir su propia agencia de contactos. Había colgado el letrero en uno de los principales paseos que recorrían aquella pequeña comunidad costera de California que tanto le gustaba y por fin iba a seguir adelante con el legado de su familia.

Aunque todavía faltaban cuatro semanas para la apertura oficial de Contactos Maggie, el letrero llevaba varios días colgado y el boca a boca parecía estar funcionando. Ya se habían apuntado varias personas por adelantado. Claro que todas eran mujeres, pensó Maggie mientras se apartaba de la cara un mechón suelto de su larga y negra melena. Pero los hombres irían detrás. Al menos, rezaba por que así fuera.

Se recostó sobre el asiento y miró la fotografía que colgaba sobre la puerta. La fotografía que le recordaría en todo momento que siempre era posible encontrar el amor, sobre todo si se contaba con la ayuda de un miembro de la familia Conner.

En la fotografía, en blanco y negro, el Jardín Botánico de Santa Flora servía como telón de fondo a tres personas vestidas a la moda de los años cuarenta. Un hombre y una mujer se miraban a los ojos agarrados de la mano con una sonrisa luminosa dibujada en sus rostros. Y detrás de la feliz pareja se encontraba la abuela de Maggie, con no más de treinta años, radiante como una madre que acabara de tener un bebé. Había sido el primer «caso» de la abuela.

Aunque ésta ya se había jubilado, cada vez que Maggie miraba la fotografía sentía aún el orgullo de su abuela por haber unido a aquellas dos personas.

Durante la mayor parte de sus veinticinco años, Maggie había deseado sentir ese orgullo, capturar la felicidad que refulgía en los ojos titilantes de su abuela. Y estaba convencida de que retomar el legado de su familia le haría sentir esa felicidad por primera vez.

—Pero antes —se dijo con la mirada puesta en el eslogan número diez— tendrás que conseguir clientes.

¡Tenemos chicas perfectas!, decía el siguiente eslogan.

Maggie se mordió el labio inferior. Estaba claro que ése debía de pertenecer a una ocurrencia de las cuatro de la mañana.

No dejes escapar a tu media naranja, decía el último.

Resopló. Luego, repasó el lápiz sobre el eslogan hasta tacharlo por completo. La campanilla de la puerta sonó justo mientras arrancaba la hoja del cuaderno y la arrugaba para lanzarla contra una pared de la habitación.

—¡Qué horror! —exclamó con voz derrotada—. Jamás conseguiré dar con el eslogan perfecto para la agencia.

—¿Qué tal «Cuidado: curvas peligrosas. Retroceda mientras esté a tiempo»?

Maggie se giró hacia aquella voz desconocida de barítono. Y alzó la mirada hacia el par de ojos verdes más atractivos que jamás había visto. Por un instante, se quedó hipnotizada por aquel hombre. Notó que el pulso se le aceleraba mientras contemplaba sus ojos profundos y traviesos, misteriosos como pozos de esmeralda, y los segundos pasaban a golpe de palpitaciones ansiosas.

Tragó saliva y retiró la mirada, tratando de recuperar el control del que tanto se había enorgullecido siempre. Desde que había comprendido que los hombres de su familia nunca permanecían mucho tiempo con sus mujeres, había aprendido a no sentirse

afectada por la presencia de éstos.

Y había aprendido a hacerlo con matrícula de honor, pensó Maggie mientras se acariciaba un rizo del cuello. Hacía años que el corazón no se le disparaba ante un hombre atractivo. Por otra parte, tampoco se había encontrado con muchos hombres con unos ojos como los de éste.

—Perdón, señor —dijo mientras se ponía de pie, de nuevo mirándolo a la cara—. Estaba…

Dejó la disculpa a medio terminar y pestañeó. Varias veces, de hecho. Quizá fuera hora de ir al oculista, porque sólo un segundo antes, con el sol entrando de espaldas a él, Maggie habría jurado que aquel hombre era moreno, elegante y de facciones delicadas. Pero no era así. Ni mucho menos.

Sí, era alto y tenía un cuerpo potente y bien musculado, a juzgar por lo que podía intuir bajo toda aquella ropa de cuero y dril. Pero, pensó mientras reparaba en el casco que llevaba debajo de un hombre, a no ser que la Harley Davidson que sin duda estaría esperándolo aparcada afuera se llamase «Delicadeza», no tenía mucho de refinado. El adjetivo que mejor lo describía era «duro». Un hombre atractivo y duro, de los que aparecían en las películas de acción y aventuras.

Maggie deslizó la mirada por su rostro, de facciones marcadas y angulosas. Llevaba el pelo recogido en una larga, tupida y suelta coleta morena. Tenía manos grandes y callosas y barba de un par de días sin afeitar.

Si aquel hombre buscaba pareja, no iba a ser una empresa fácil. Las mujeres de Santa Flora eran muy particulares y querían hombres educados y con estilo. En las conversaciones que había mantenido con ellas, Maggie había descubierto que sus clientes femeninas buscaban relaciones duraderas, matrimonio y tener hijos. No recorrer la autopista de la costa del Pacífico sobre la moto del hermano gemelo de Russell Crowe.

Lo que no significaba que se negara a intentar encontrarle pareja. Le encantaban los desafíos. ¿Y quién sabía? Quizá hubiera por ahí una chica mala para aquel chico malo.

—Bienvenido a Contactos Maggie, señor —dijo por fin, esbozando la más profesional de sus sonrisas.

—Gracias —respondió el hombre. El corazón de Maggie realizó

un salto mortal. Si la mirada era profunda, más aún lo era la voz—. No pretendía asustarte al entrar —añadió con aquella voz rugosa, que la envolvió como un pijama de franela en una noche lluviosa.

—No importa —acertó a contestar ella—. Sólo estaba haciendo algo de papeleo. Preparándome para el gran estreno.

Maggie rodeó la mesa de trabajo y se acercó al hombre en un gesto de cordialidad. Pero estar tan cerca de él no la ayudaba lo más mínimo a mantener la calma. Más bien le costaba respirar, como si acabase de subir diez pisos por las escaleras a toda velocidad.

¡Sí que era alto! Apenas le llegaba a los hombros. Parecía la versión moderna de los antiguos guerreros, con su camiseta blanca y su chaqueta de cuero, los brazos con los músculos marcados y salpicados de vello.

Si sus clientas reaccionaban ante él igual que Maggie, tal vez no costara tanto encontrarle pareja como había pensado en un principio.

—No abrimos hasta dentro de cuatro semanas todavía, señor. Pero si quiere ir rellenando un formulario, anoto su nombre en la lista. Pondremos una hora para grabar un vídeo cuando le venga…

—No he venido a conseguir una cita —interrumpió él tras soltar una risotada que llenó toda la sala.

La sonrisa de Maggie se desvaneció al ver a su primer posible cliente masculino escaparse del anzuelo.

—Ya sé que recurrir a una agencia de contactos se hace un poco raro al principio, pero si quiere…

—De verdad —atajó él—. No estoy buscando pareja ni nadie que me la encuentre. Soy Nick Kaplan.

Se quedó mirándola como si esperara que Maggie reconociera aquel nombre. Que lo conociera a él. Trató de hacer memoria. ¿Sería un conocido de algún amigo?

—Vengo de parte de su abuela —añadió él.

—¿De mi abuela? —Maggie frunció el ceño.

Un mes atrás, Kitty Conner había recogido sus bártulos y se había mudado a una residencia de jubilados para estar con sus amigos. Y aunque Maggie le había asegurado que no necesitaba espacio para la intimidad, Kitty le había dicho que lo tendría de todos modos. No era un secreto que Kitty quería que su nieta

encontrara a un hombre. Y había decidido que marcharse sería una buena táctica para contribuir a conseguirlo. Para ayudarla con los gastos, su abuela se había ofrecido a encontrar una compañera de piso adecuada para Maggie. Alguien de su edad y con la misma energía que ella. Y parecía ser que había elegido a una chica de fuera. Que iba a mudarse ese mismo fin de semana.

Podía ser que don Harley Davidson hubiese ido a ayudar con la mudanza, pensó Maggie. ¿Pero y si era el hermano de su compañera de piso? Se le hizo un nudo en el estómago. En tal caso, ese pedazo de hombretón se presentaría por su casa de tanto en tanto.

—No había nadie en su casa —dijo él, interrumpiendo los tentadores pensamientos de Maggie—. Así que me ha dado la dirección de la agencia.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó ella. ¡Dios!, ¿habría sonado a qué favor puedo hacerle?

—Podía pasarme las llaves, para empezar —contestó él con una chispa divertida en la mirada.

Estaba claro: era el novio o el hermano de su compañera de piso. La sorprendió desear que ojalá se tratase del hermano.

—Las llaves, por supuesto. —Maggie agarró el bolso de encima de la mesa, sacó tres bolsitas de plástico y le ofreció un juego de llaves—. ¿La va a llevar a casa ahora?

—¿Cómo dice?

—Si ya está en Santa Flora o llega el fin de semana como tenía previsto.

—¿Quién?

—La mujer que va a alquilar una habitación en mi casa —contestó impacientada Maggie.

—No entiendo. No hay ninguna… —dejó la frase a medias, arrugó la frente. Lentamente, una sonrisa surcó sus labios—. Permíteme que vuelva a presentarme: soy Nick Kaplan, tu nuevo compañero de piso —añadió en tono divertido al tiempo que extendía una mano.

Maggie se quedó paralizada, incapaz de articular una sola palabra. ¿Su compañero de piso? ¿De qué estaba hablando? No lo diría en serio. Levantó la cabeza, aguzó la vista. El caso era que sí parecía hablar en serio.

—Señor Kaplan —arrancó Maggie con serenidad—, es evidente

que ha habido un error.

—No hay ningún error. —Nick sacó un puñado de papeles del bolsillo trasero.

—Pues un malentendido.

—No lo creo.

—¿Qué es esto? —preguntó Maggie cuando Nick le entregó los papeles.

—Una copia del contrato firmado de alquiler.

Maggie agarró el contrato con manos temblorosas y leyó que su habitación estaba alquilada a una persona tranquila, responsable, no fumadora… Contuvo la respiración al ver marcada la casilla «Hombre». Luego, se fijó en la firma al final de la página. Kitty Conner. No. No podía ser. Maggie levantó la cabeza y se sintió como un globo al que acabaran de vaciarle todo el aire.

—Soy tranquilo, no fumo —continuó Nick—. Y está claro que soy un hombre.

Tragó saliva. No cabía la menor duda de que era un hombre, pensó Maggie, nerviosa. Un hombre de tomo y lomo, de hecho. Para quien le gustase esa clase de hombre y, que Dios la ayudara, daba la impresión de que era el caso de ella. Era una situación horrible, aparte de muy embarazosa. ¿Cómo podía haberle alquilado su abuela la habitación a ese hombre sin decírselo?

Aunque daba igual. Tendría que deshacer lo que su abuela había hecho. Una cosa era que Nick visitara a su hermana de vez en cuando y otra distinta que viviera allí, y durmiera… y se duchara…

—Lo siento mucho, señor Kaplan, pero no puede vivir en mi casa.

Nick se apoyó contra la mesa, se cruzó de brazos y sonrió:

—¿Es que tienes un cadáver enterrado en el patio o algo así?

—¡Claro que no!

—Lo decía de broma, Maggie. —Nick siguió sonriendo—. Mira, entiendo que pienses que se trata de un error. Pero en ese caso, es tu error o el de tu abuela, no el mío.

Su cuerpo olía a cuero, sol y aire salado. Maggie tuvo unas ganas nada decorosas de agarrar las solapas de aquella chaqueta y hundir la cara en el pecho de Nick, aspirarlo. Pero ella no hacía esas cosas. Ni siquiera tenía esa clase de pensamientos. Le devolvió el contrato.

—De verdad que lo siento, pero no puedo vivir con… —Maggie

lo miró de arriba abajo—. Con un hombre.

—¿Por qué no? —preguntó con aire divertido y una sonrisa devastadora.

¿Por qué no?, ¿por qué no? Se estrujó la cabeza en busca de la respuesta adecuada. A ser posible, una respuesta que no diera a entender que estaba en tratamiento médico: «no me fío de mí estando con un hombre como tú alrededor. Eres una amenaza a mi autonomía. Desde que has entrado se me están revolucionando hormonas que ni siquiera sabía que tenía». Sí, esa explicación sería estupenda.

—No te conozco —contestó por fin.

—Tengo treinta años, dirijo una empresa de construcción. Me encantan las motos y Louis Armstrong.

—Vamos, que eres inofensivo. —Maggie lo miró a los ojos.

—Yo no he dicho eso —contestó Nick con una sonrisa diabólica.

—En serio, te pido disculpas, pero creo que es mejor que busques otro sitio.

—Imposible —replicó él tajantemente—. Es verano. Santa Flora está atestada de turistas. No quedan apartamentos, no hay hoteles, no hay nada.

—Podrías alojarte fuera de la ciudad —sugirió ella.

—No, no puedo. Tengo que estar aquí. Empiezo a trabajar el lunes y necesito estar cerca de la obra.

—¿Y no podrías arreglarte con una caravana?

—Ése es mi único medio de transporte —respondió Nick, apuntando hacia el roble del aparcamiento sobre el que había apoyado su moto.

—¿Y en casa de algún amigo? —insistió ella—. ¿Algún familiar quizá?

—No.

Maggie apoyó las manos sobre las caderas. Se miraron a los ojos. Parecían dos pistoleros a punto de desafiarse.

El reloj de la abuela sonó. Las once.

—Tengo una cita con un cliente —dijo ella sin desviar la mirada todavía.

—Y yo tengo un contrato de alquiler firmado.

La repateaban los hombres que afirmaban cosas evidentes. Su abuela iba a oírla. La campanita de la entrada tintineó y las clientas

entraron con paso decidido, todas rubias y con grandes curvas de silicona.

Maggie recurrió a una sonrisa profesional para pedir a Nick que la disculpara un segundo antes de saludar a las dos mujeres y acompañarlas a la sala de vídeo. Nick no se había movido un centímetro cuando volvió. Lo que no la sorprendió.

—Quizá puedas volver esta tarde —arrancó Maggie.

—Seguro, ningún problema. Si me das las llaves, me voy acomodando y vuelvo a eso de las…

—No me refería a eso.

—Maggie, no me voy a ir a ningún otro sitio. —Nick dejó el casco de la moto sobre la mesa—. El lunes empiezo el proyecto más importante de mi carrera y no voy a complicarme la vida mientras solucionas tus miedos a compartir piso.

Maggie oyó unas risillas procedentes de la sala de vídeo. Las clientas debían de estar impacientándose. Tenía que ponerse a trabajar. Alzó la barbilla y aceptó el reto.

De acuerdo. Si se iba a portar como una mula testaruda, como a una mula lo trataría.

Media hora después, cargado el ambiente de perfume caro, Nick deseó haber hecho lo que Maggie le había pedido: marcharse y volver más tarde. Esa vena cabezona que a veces lo traicionaba lo había llevado a participar en un circo, obligado a trabajar a las órdenes de una atractiva domadora.

En vista de que aún no había recibido el trípode, Maggie le había colocado la cámara de vídeo sobre el hombro y le había dicho que se estuviera quieto mientras entrevistaba a aquellas gemelas salidas de *Los vigilantes de la playa*.

Era evidente que lo consideraba simple mano de obra. Desde que le había clavado aquellos ojos azules, había intuido de sobra la imagen que se había formado de él. Estaba acostumbrado a ese tipo de miradas. Miradas que significaban: «apuesto a que tiene todo el cerebro en los bíceps».

Doña Bibliotecaria estaba muy equivocada. Porque Maggie Conner parecía una bibliotecaria con aquella ropa tan sencilla, sin florituras, unos pantalones color canela y una blusa azul. Aunque su actitud dominante y su rugosa voz insinuaban algo mucho más interesante. Por no hablar de su cuerpo. Pequeño pero lleno de

curvas.

Y si algo le gustaba a Nick Kaplan eran las curvas peligrosas. En moto o sin ella.

Aunque esa carretera estaba cortada.

Tenía la certeza de que aquella preciosa morena era una de esas chicas con un decálogo de reglas sobre ataduras, hogares fijos, compromisos y todo eso. ¡Si hasta dirigía una agencia de contactos! Y él no se mezclaba con mujeres que creían en el amor, por muy atraído que se sintiera. Y menos en esos momentos.

Tres semanas atrás se le había presentado la oportunidad de su vida: había cerrado el contrato que lo había llevado a Santa Flora. El contrato que podía catapultarlo a las grandes esferas del mundo de la construcción. No necesitaba distracciones. Lo único que necesitaba era una habitación.

—Me gusta la comida mexicana y tomar el sol en la playa —dijo a la cámara una de las gemelas.

—¿Y qué tipo de hombre buscas, Heather? —preguntó Maggie. Estaba sentada justo debajo de la cámara, de modo que Heather parecía estar hablando directamente al objetivo.

—Me gustan los hombres dulces y sensibles —dijo ésta, casi ronroneando—. Un hombre al que le guste volver a casa cada noche junto a una buena mujer.

Si no hubiese estado sujetando la cámara, Nick se habría llevado las manos a la cabeza. Su renuente compañera de piso estaba pescando en un estanque de patos encerrados. Un estanque en el que él jamás se bañaría. Valoraba demasiado su libertad. Cuando se sabía de primera mano lo que era sentirse atrapado y retenido, nada ni nadie podía ser estímulo suficiente para dejar que le cortaran a uno las alas.

—Tiene que ser muy inteligente —continuó Heather.

—Y divertido —añadió la segunda rubia.

Nick tosió para disimular una risotada.

Maggie giró el cuello y le lanzó una mirada de advertencia, a la que Nick respondió guiñándole un ojo. Aunque volvió a dirigirse a las clientas de inmediato, a Nick le dio tiempo de verla ruborizarse y grabar a fuego aquella imagen en su memoria: el cabello recogido en un moño, labios carnosos color rosa pálido y grandes ojos brillantes del azul del cielo de Montana al amanecer.

Recordaba bien ese cielo. Un par de años atrás, había viajado a Iowa por motivos de trabajo y había parado la moto a un lado de la carretera para contemplarlo durante cerca de una hora. Jamás había visto algo tan hermoso.

—Y, por supuesto, debe tener buen gusto vistiendo —prosiguió Heather.

Nick se mordió la lengua. Era absurdo. Las parejas no se conocían así. Con cintas de vídeo y una lista de cualidades, como si se tratara de la lista de la compra. La química era la química. Hombre y mujer. El fuego, la pasión… ahí estaba la clave. Y no había manera de averiguar si esa chispa existía hasta estar cara a cara. Pero, bueno, no era asunto suyo. Lo único que quería era conseguir las llaves y dormir bien un par de noche.

—Me encanta leer —dijo Heather—. Así que sería genial que a él también le gustara.

Se le hizo como si hubiera pasado una semana entera hasta que Maggie les dio las gracias a las gemelas y las acompañó a la salida. Pero no perdió un segundo en volver a la sala de vídeo y reprenderlo.

—¿Qué pasa? —exclamó, mirándolo como si sus ojos fueran dos granadas a las que les hubieran quitado las anillas de seguridad.

—¿Qué pasa con qué? —contestó Nick mientras sacaba la cinta de vídeo de la cámara y se la entregaba—. ¿Qué es lo que hecho?

—Te estabas riendo de mis clientas.

—No es verdad —respondió él, sofocando una risa—. Y, ahora, ¿podemos hablar de las llaves?

—Vamos, hombre, ¿de verdad piensas que me voy a creer que tus tosecitas eran algún síntoma preliminar de una bronquitis? —insistió Maggie.

—A ver, corazón, simplemente me ha parecido que los requisitos que debía tener su hombre perfecto eran graciosos. —Nick guardó la cámara de vídeo en la funda—. Iban con una lista, como si fueran al mercado.

—Todos buscamos cosas en otras personas. Puede que no la hayas escrito, pero está en tu cabeza.

—Yo no tengo listas —contestó él—. Sólo una condición.

—¿Ah, sí?, ¿y se puede saber cuál es? —dijo Maggie en tono burlón—. ¿Qué sepa ir en moto y lleve botas de cuero?

—Eso son dos condiciones —replicó sonriente.

—Ya cambiarás de opinión. Los encuentros casuales son cada vez más difíciles en los tiempos que corren. —Maggie se encogió de hombros—. Y nadie quiere quedarse solo.

—Por lo que a mí respecta, estoy muy a gusto a mi aire.

Maggie sintió un agotamiento como si tuviera que escalar una colina que ya había subido mil veces. Solteros, ligones, moteros de mal asiento. Todos querían libertad. No tenían ni idea de que ser amados por la mujer adecuada tiraba por tierra su concepto de felicidad. ¿Pero cómo iba a convencer a toda la población masculina de Santa Flora si ni siquiera era capaz de convencer a uno?

—Tengo una idea —dijo Nick—. ¿Qué tal si charlamos del tema esta noche en casa?

—¿En la tuya o en la mía?

—En la nuestra.

—No te vas a dar por vencido, ¿no? —Maggie suspiró.

—Cuando quiero algo, Maggie, llego muy lejos para conseguirlo. —Nick se plantó ante ella, con sus ciento noventa centímetros de pie y el aroma a cuero y virilidad que emanaba de su cuerpo—. Pero cuando necesito algo, soy capaz de casi cualquier cosa.

Se estremeció al oír el tono de su voz y el pulso comenzó a agitársele a ritmo de samba mientras Nick escudriñaba su cara.

Luchar por lo que se quiere. Sin duda, eso sí lo tenían en común. Ella quería que la gente encontrara el amor y era capaz de hacer horas extraordinarias para conseguir una buena pareja para sus clientes. Pero necesitaba que su agencia funcionara y casi estaba dispuesta a vender su alma para lograrlo.

Mientras se pasaba la cinta de vídeo de una mano a otra, Maggie empezó a concebir una idea. Sus dos primeras campañas para atraer la atención de los hombres a Contactos Maggie no habían resultado. De modo que sabía que ofrecer matrículas gratuitas y gastos compartidos en la primera cita no iba a hacerlos que se agolparan a la puerta de la agencia. Lo que necesitaba era una historia con final feliz de propaganda.

Sabía que era una locura. Pero necesitaba a toda costa tener ingresos, pues sólo la factura de la luz era más alta que el Aneto. Y sería la fórmula perfecta para ganarse a los escépticos. Y, en

concreto, para darle a un escéptico en particular lo que más necesitaba.

Maggie sintió un calambreo burbujeante en el estómago al imaginar el eslogan: «Hasta los escépticos pueden ver la luz. Deje que Contacto Maggie prenda la cerilla de su amor».

—¿Y si pusiera a tu disposición los servicios de mi agencia, Nick? —le propuso de pronto, confiada.

—¿Perdón?

—¿Y si te encuentro el amor de tu vida?

—Imposible.

Le encantaba esa palabra.

—En realidad no estás tan seguro, ¿verdad que no? —lo provocó.

—Maggie, ahórrate tus esfuerzos para los tipos tristones que busquen tu ayuda.

—Nadie resiste el poder del amor, Nick —dijo Maggie al tiempo que le agarraba un brazo.

Nick miró hacia la mano con que Maggie lo estaba sujetando. Luego, le clavó la mirada en los ojos con un brillo oscuro y misterioso, como un bosque al atardecer.

—Yo resisto todo.

Era puro músculo, fuerza en bruto. Y calor. Maggie lo sentía bajo la palma de la mano. Demasiado calor.

—¿Te atreves a poner a prueba tu corazón a cambio de seis meses en Casa Conner? —le preguntó finalmente tras retirar la mano de su brazo.

—Me he perdido —contestó él con el ceño fruncido.

—Dame un mes para encontrarte el amor de tu vida —dijo Maggie mientras sacaba del bolsillo un juego de llaves— y yo te doy esto.

Capítulo 2

Nick sintió que el pecho se le encogía, como si acabara de coronar una montaña con la moto y estuviese suspendido en el aire mientras las ruedas volvían a tocar el suelo.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—Es muy fácil. Yo te alquilo la habitación de mi casa —arrancó Maggie— y tú me dejas que te encuentre a una mujer a cambio.

—Te aseguro que no tengo problemas para encontrar mujeres —contestó Nick mientras se acercaba a Maggie para aspirar su suave fragancia floral.

—Perdón, déjame que lo intente otra vez: voy a encontrarte a la mujer perfecta. Al amor de tu vida.

—Señorita, lo único que quiero es la habitación. Nada de amor ni mujeres perfectas.

—Lo siento. —Maggie levantó las llaves y las balanceó como si fueran un péndulo—, pero no puedes tener lo uno sin lo otro.

—Ya he ingresado la fianza y el primer mes de alquiler en la cuenta de tu abuela.

—Da igual. Te lo devuelvo hoy mismo si no aceptas mi propuesta.

Durante un par de segundos, Nick fue incapaz de hacer nada aparte de mirarla.

—Hablas en serio, ¿verdad?

—Y cuando encuentre a tu mujer perfecta, te convertirás en mi hombre anuncio —contestó Maggie tras asentir con la cabeza—. Les contarás a todos, en especial a los hombres, que ir a Contactos

Maggie es lo mejor que has hecho en tu vida.

—Me estás chantajeando.

—Sí, supongo que sí. Pero a mi negocio le falta una pata para ser estable. Una pata masculina. Y aunque me disgusta recurrir a este tipo de medidas, en momentos de apuro…

Mucho más peligrosa que una carretera con baches. Aquella conversación era como atravesar un campo de minas. No tenía la menor idea de dónde estallaría la siguiente bomba. No le gustaba que lo chantajearan o coaccionaran. Ya nadie lo obligaba a hacer cosas que no quería.

Había tenido de sobra con crecer junto a un padre adicto al trabajo que le había planeado su futuro desde que tenía cinco años. Nick no había aguantado que le marcaran el camino entonces y tampoco seguiría el de Maggie.

—Para hacer más atractivo el trato —continuó ésta—, incluyo la comida además del alojamiento.

Nick se pasó un dedo por el mentón mientras miraba a Maggie, cuyo rostro parecía entusiasmado de expectativa, como el de una niña pequeña en la mañana de Navidad. Una visión adorable, irresistible casi. Pero él no era un perrito amaestrado que se dejara sacar a pasear. No estaba buscando el amor de su vida. No quería sentar la cabeza y atarse.

—Mira, Maggie, me gustaría ayudarte, pero de verdad que no me interesa comprometerme.

—Entiendo —dijo ella entonces.

—Bien. —Nick respiró aliviado un segundo, justo hasta que se dio cuenta de la expresión de Maggie. ¿Lo estaba mirando con lástima o… cómo? ¡Maldita fuera! Estaba claro que había desistido del chantaje para atacar con una táctica nueva—. ¿Qué es lo que entiendes exactamente?

—Que tienes mucho miedo.

Maggie se dio la vuelta, salió de la habitación y lo dejó allí, de pie, apretando los dientes enrabietado. Mujeres. Eran todas unas provocadoras. Por más que uno supiera qué tramaban, era imposible no seguirlas a donde fueran para intentar convencerlas de lo equivocadas que estaban.

—¡Yo no le tengo miedo a nada! —exclamó Nick.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Maggie se detuvo bajo el

dintel, de espaldas a él, recortada su silueta por los rayos del sol—. Vamos, a mí me parece una solución perfecta. Tú consigues la habitación y yo promociono mi agencia gratis. Siempre y cuando tu mala disposición no espante a las señoritas, claro —añadió tras girar el cuello y alzando una ceja desafiantemente.

Si apretaba los dientes un poco más, se romperían.

—No estoy buscando a doña Perfecta. No quiero…

—¿Salir con un puñado de mujeres bonitas?

—Eso puedo conseguirlo por mi cuenta —contestó Nick. Y era verdad. Le encantaban las mujeres. Su aspecto, su forma de comportarse, su olor. Hasta le gustaban las artimañas que empleaban para captar el interés de los hombres. Sobre todo, las respetaba y se aseguraba de que disfrutaran cuando estaban con él. Siempre había sido sincero respecto a lo que podía ofrecerles. Libertad. Nada de complicaciones.

Los dos pilares que Maggie Conner pretendía destruir.

Claro que, pensó mientras deslizaba la mirada por su cuerpo cuando Maggie se dio la vuelta para encararlo, no cabía duda de que estaba bien equipada para cambiar las convicciones de un hombre sobre los compromisos.

Respiró profundo mientras se estrujaba el cerebro en busca de una solución. Quizá sí que pudiera encontrar otro lugar donde alojarse. Un estudio en la playa, por ejemplo. Aunque prefería algo más espacioso. Siempre cabía la desagradable opción de presentarse ante la lujosa casa de su padre. Anthony Kaplan estaba deseando tener un encuentro de reconciliación con Nick, para intentar demostrarle que había cambiado y que el accidente que había sufrido unos años atrás le había hecho darse cuenta de que de pronto quería actuar como el padre que nunca había sido.

Nick centró la vista en doña Agencia de Contactos. Tampoco esa opción le parecía razonable. Exhaló sonoramente. De acuerdo, tendría que quedar con algunas mujeres… Pero no estaba obligado a enamorarse de ninguna.

—¿Un mes?

—Un mes —repitió Maggie con una sonrisa brillante de colegiala—. Lo suficiente para anunciarte a toda página en el periódico local y promocionar mi gran inauguración.

Un mes. Cuatro semanas de molestias a cambio de seis meses de

comida y un lugar donde caerse al final del día. No solía tomar decisiones rápidas. Necesitaba una buena vuelta en moto.

Miró a Maggie. No parecía dispuesta a darle tiempo a considerar su respuesta. Más bien, parecía dispuesta a dejarlo sin habitación si no aceptaba el trato de inmediato.

Le brillaron los ojos y se mordió el labio inferior en un gesto seductor y, lo más seguro, inconsciente. El cuerpo de Nick se tensó. Estaba tan convencido de que no se enamoraría de ninguna de las citas que le presentase Maggie como de que deseaba ardientemente a su nueva compañera de piso.

—De acuerdo, Maggie. —Nick le ofreció la mano derecha—. Trato hecho.

Horas más tarde, Maggie estaba sentada al borde de la piscina de la residencia de jubilados de Santa Flora. Columpiaba los pies en el agua mientras miraba cómo se hundía y emergía el gorro de baño de su abuela al ritmo de sus brazadas firmes. Maggie sacudió la cabeza y sonrió. Con setenta y dos años, tenía tanta energía que no sabía qué hacer con toda.

Maggie sujetaba la rebeca roja de su abuela en el regazo. En un gesto instintivo, se la llevó a la nariz y aspiró profundamente. Olía a lilas, fragancia que siempre la devolvía a su infancia: su madre, su abuela y ella, las tres en la misma casa en la que Maggie seguía viviendo; sentadas una al lado de otra sobre los fríos escalones del jardín trasero que habían cultivado juntas. Dos viudas risueñas y una niña atenta. Habían sido las tres mosqueteras. Hasta que, al cumplir nueve años, la madre de Maggie había muerto. Y habían quedado solo dos.

—Se pone sobre los hombros, cielo. No en la nariz —bromeó la abuela mientras se acercaba nadando a Maggie.

Siempre la había hecho reír. Pero ese día, Maggie no estaba para bromas. Tenía una cuenta pendiente con Kitty Conner. Su nuevo compañero de piso estaba de camino a casa, mudándose a su habitación, seguro que colocando sus artículos de tocador en el cuarto de baño que compartirían.

Se le encendieron las mejillas.

Maggie cerró los ojos e inspiró despacio. ¿A qué se debía aquella reacción? Las mejillas no le ardían de ese modo desde el primer día de clase en el instituto. Y no era lo único que se le había calentado

junto a Nick Kaplan. Éste le había sonreído, con aquella mirada intensa y profunda, y el cuerpo entero se le había tensado. Ningún hombre le había provocado un hormigueo parecido en su interior. En su presencia, Maggie se sentía al borde de algo… algo desconocido. Algo que le descontrolaba la sangre.

Aunque esas alteraciones primaverales no importaban. Su objetivo era encontrarle a la mujer perfecta. No a una virgen sin experiencia, inapropiada para él.

—Bueno, ¿me vas a insultar o no? —preguntó Kitty Conner tras apoyar los brazos sobre el borde de la piscina.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Maggie intentó parecer asombrada.

—Quizá porque te he conseguido un hombretón de caerte de espaldas como compañero de piso y te da miedo perder el control estando cerca de él.

—Qué tontería —contestó Maggie—. Pero no deberías haberme mentido cuando se suponía que ese hombretón iba a ser una chica dulce y tímida.

—Lo de la chica era verdad, pero cuando apareció el chico…

—No pudiste resistirte. —Maggie suspiró—. Ni siquiera te vas a disculpar por haberme engañado, ¿no?

—Por buscarte pareja, ¿quieres decir? Me temo que no. Yo siempre estoy pendiente de ti. —Kitty sonrió al ver cómo fruncía el ceño su nieta—. Venga, cielo, Nick necesitaba una habitación a toda costa. Y estaba dispuesto a pagar un poco más. Y estoy segura de que te puede venir bien. ¡Estoy deseando que llegue el día de la inauguración!, ¡estoy tan orgullosa de ti! ¿Cuándo puedo ir a verla?

Maggie dejó a un lado su irritación temporalmente y permitió que su abuela diera un giro a la conversación.

—Entre semana estoy bastante liada con los arreglos de última hora; que si el electricista, el fontanero, esas cosas. ¿Qué te parece el sábado que viene?

—El próximo fin de semana no puedo, cariño. —Kitty guiñó un ojo—. Me voy a Las Vegas con unos amigos.

¡A las Vegas! A su abuela no le gustaban los casinos, o al menos eso creía Maggie. Pero antes de que pudiera preguntarle al respecto, algo llamó la atención de su abuela y se giró. Maggie siguió la mirada de Kitty hasta un hombre alto y moreno, atractivo, de pelo canoso, que las saludaba desde el otro extremo de la piscina. Bueno,

más que a las dos, en realidad saludaba a su abuela nada más.

—¿Quién es? —preguntó intrigada Maggie.

—Un amigo —contestó Kitty con los ojos encandilados.

—¿Te has puesto roja o me lo parece? —dijo Maggie, estupefacta.

—Claro que no. Es por el ejercicio.

—¿Es un cliente? —se interesó Maggie. Se suponía que Kitty se había jubilado, pero nadie mejor que ella para saber por experiencia que su abuela seguía jugando con las redes del amor.

—¿Quieres decir si lo estoy ayudando a encontrar pareja? —Kitty sonrió—. Te aseguro que voy a hacer todo lo que pueda para que Ted se enamore, sí —añadió con una mirada soñadora.

¿Estaban saliendo juntos? Maggie sintió que el corazón se le hinchaba de felicidad mientras veía a su abuela subir las escaleras de la piscina. De felicidad y preocupación. No pudo evitar llevarse la mano al cuello y acariciar su guardapelo de oro, el símbolo que le recordaba constantemente que las mujeres de la familia Conner tenían un don especial para encontrar pareja a otras personas. Pero no a sí mismas.

Su abuelo había muerto a los seis meses de casarse con Kitty. La madre de Maggie había creído encontrar el amor de su vida a los dieciocho años, pero el hombre le había quitado la virginidad y la había abandonado embarazada.

Era la maldición de las Conner.

Pero, mientras Kitty observaba a Ted alejarse de la zona de la piscina hasta perderlo de vista, la expresión de su abuela reflejaba ilusión más que preocupación.

—No es fácil encontrar un buen hombre —dijo la abuela mientras se sentaba junto a Maggie, se quitaba el gorro de baño y se mesaba el pelo, corto y entrecano—. Nick Kaplan es un buen hombre, Maggie.

—No me cabe la menor de que lo es —contestó ésta al tiempo que le ofrecía una toalla.

—Ayudar a que los demás encuentren el amor de su vida no significa que no puedas encontrar un poco de amor para ti también.

—Ahora mismo no tengo tiempo para pensar en mí —respondió Maggie. Nunca le había confesado a su abuela que creía que su familia era víctima de una maldición. Sabía que a Kitty le parecería

una idea absurda, pero ella estaba segura de la verdad y no iba a tentar a los hados—. Tengo que dirigir un negocio. Tengo que pensar en el futuro. De hecho, espero que el compañero de piso que me has buscado me eche una buena mano.

—Me parece que no estás hablando del tipo de mano que yo quiero que te eche —bromeó Kitty—. ¿A qué te refieres?

Maggie la informó del acuerdo por un mes al que había llegado con Nick. Intentó sonar lo más profesional posible. No quería que Kitty sospechara siquiera cuánto la atraía aquel hombre. ¿Para qué iba a hacerle concebir falsas esperanzas de que su plan pudiera funcionar? Además, Maggie estaba segura de que lo que quisiera que sintiese por Nick acabaría perdiendo fuerza, como el picor de una guindilla después de un granizado de limón.

—Ya veo, me conozco la historia: conseguir que un descreído crea en el amor. Era uno de mis retos favoritos —concluyó Kitty. Luego, se puso la rebeca roja sobre los hombros y se giró para darle un beso en la mejilla a su nieta—. Estoy segura de que tu agencia va a tener mucho éxito, Maggie. Pero hazme caso: intenta sacar algo de tiempo para el amor. Por muy bien que marche la agencia, nunca serás feliz sin él.

Odiaba los centros comerciales. Kilómetros de tiendas, millones de personas y restaurantes sin gusto con el tufillo inconfundible a falsa gastronomía internacional. Nick Kaplan redujo la velocidad mientras entraba en el aparcamiento, estacionó la moto en un hueco y apagó el motor. Todavía no podía creer que se hubiera dejado convencer por Maggie. Él dirigía una constructora, no era un adolescente que necesitara demostrar nada. Pero al menos tenía un lugar donde dejar el cepillo de dientes.

Y menudo lugar. Situado en lo alto de lo que los habitantes de Santa Flora llamaban «Riviera» debido a su parecido con la Riviera Francesa, tenía vistas a toda la ciudad, las montañas y el océano. Una casa con dos terrazas pequeñas junto a los dormitorios, con un manto tupido de césped por jardín trasero, con naranjos, limoneros e higueras, además de las macetas con flores que decoraban el porche delantero. Y dentro de la casa se respiraba un ambiente que sólo podía describir como «acogedor». Sofás cómodos, mesas rústicas de roble, alfombras coloridas. Un espacio sencillo y elegante, como Maggie, recordó haber pensado. En ese sentido, no

se había llevado sorpresa alguna.

Hasta que había subido las escaleras y había entrado en el baño.

Como en una escena de alguna película extranjera picante, colgando de la barra de la ducha, se había encontrado prendas de ropa interior. Y no unas braguitas blancas de algodón, como habría esperado. En absoluto. ¡Aquello eran máquinas de tortura masculina!

Le habían entrado sudores mientras nombraba mentalmente cada pieza de lencería: un rojo satén, un sujetador negro de encaje y unas bragas negras con transparencias y liguero.

Aunque no había imaginado que Maggie Conner, en apariencia tan conservadora, pudiera llevar unas prendas tan eróticas, no había sido capaz de considerar el asunto con detenimiento. Más bien había salido pitando del cuarto de baño, se había montado en la moto y había conducido a toda pastilla por la autopista hasta la obra antes de dirigirse al Centro Comercial Santa Flora, donde había quedado con Maggie a las cuatro en punto.

«Y no te retrases. Tenemos muchas cosas que hacer», le había dicho ella como si estuviera hablando a un niño pequeño.

Aunque había accedido, a Nick no le había gustado la idea de ir a un centro comercial un sábado, y prefería no plantearse siquiera qué planes tendría para él.

Pero le había dado su palabra. Y Nick Kaplan nunca rompía una promesa.

Si su intuición no le fallaba, Maggie estaba decidida a hacer cuanto estuviera en su mano para demostrarle que le podía encontrar a su mujer perfecta. ¡Igual hasta ya había pensado en alguna de sus clientes!

Maldijo entre dientes mientras entraba en el centro comercial, al aire libre. Frunció el ceño, sacudió la cabeza. Se negaba a estar más de una hora en aquel sitio, trato o no trato, no fuera a ser que se tropezara con algún conocido o, Dios no lo quisiera, con su familia.

Pero había acordado someterse a aquel ridículo desafío. Y si Maggie quería presentarle a alguna mujer que trabajara en un puesto de perritos calientes, tendría que aceptarlo.

Dos chicos adolescentes silbaron admirativamente a su lado. Nick alzó la vista, siguió la mirada de los chicos y se quedó sin respiración al reconocer a la mujer que avanzaba hacia él con un

vestido rosa. Había ido a casa a cambiarse. Debían de haberse cruzado.

Maggie se movía con garbo, con un leve contoneo de caderas, cien por cien femenina. Piernas largas y bronceadas, cintura estrecha, pechos firmes, el cabello recogido en un moño moreno. Aunque preservaba un aire conservador, Nick ya sabía la ropa interior que llevaba debajo.

Que lo partiera un rayo si no se acercaba a su concepto de «mujer perfecta».

La idea irrumpió con estrépito en su cabeza. Pero no tenía sentido. Maggie y él eran dos compañeros de piso con un acuerdo de negocios pendiente. Y Nick Kaplan no mezclaba el trabajo con el placer. Además, Maggie no se aproximaba ni remotamente a su tipo de mujer. Seguro que a ella le gustaba salir con contables que condujeran coches lujosos y familiares, no con un hombre que trabajaba con sus manos y conducía una Harley. Era elegante, clásica, una niña buena con ideas alocadas.

—¡Muy buenas! —lo saludó Maggie con alegría—. Parece que ya te has instalado, ¿no?

—Sí. —Nick sintió que la temperatura de su cuerpo se elevaba si la miraba demasiado tiempo—. ¿Por qué estoy aquí?

—Me encanta que me den las buenas tardes, gracias.

—Buenas tardes —dijo Nick, tratando de componer una sonrisa —. Y ahora dime: ¿por qué estoy en este antro de basura consumista?

—Antes de citarte con alguien especial, tenemos que hacer algo con esto —contestó ella, apuntándolo con un dedo.

—¿Algún problema con mi forma de vestir? No me vas a transformar en un ejecutivo trajeado de ésos con los que saldrás.

—No salgo con ejecutivos.

—¿Ah, no? —Nick enarcó una ceja—. ¿Y qué clase de hombre te atrae entonces? —añadió. Si ella metía las narices en su vida privada, también él estaba autorizado a hacerlo.

—No me atrae nadie —respondió Maggie con suavidad—. No salgo con hombres.

—¿Cómo dices?

—Bueno. —Maggie vaciló, bajó la vista al suelo—, lo que digo es que hace tiempo que no tengo ninguna cita, y no tengo previsto

quedar con nadie hasta que mi negocio sea un éxito.

Un cubo de agua helada no le habría causado tanta impresión.

—Pueden pasar meses, más de un año quizá.

—Quizá. —Maggie asintió con la cabeza.

Las citas eran su negocio. ¿Y estaba demasiado ocupada? Había oído suficientes mentiras en su vida para saber cuándo no le contaban toda la verdad. Pero no creía que Maggie fuese a decirle nada más… no allí, por lo menos, en ese momento. Ya tendría tiempo de averiguar por qué no quería tener citas. Su inexplicable curiosidad hacia ella parecía exigírselo.

Sin pensarlo dos veces, le acarició una mejilla con el pulgar y se sintió un idiota. Luego le enseñó el resto de pintalabios que se le había quedado en el dedo al rozarle la comisura.

—Pide un deseo —le dijo y se sintió más idiota todavía. Pero Maggie tenía una piel tan suave que había perdido la cabeza por un instante.

—¿Sólo uno? —respondió ella, esbozando una tímida sonrisa.

En ese momento, Nick le habría dado cualquier cosa que quisiera. Pero no era el tipo de hombre que mostraba a las mujeres el efecto que éstas le producían.

—No seas codiciosa —bromeó por fin.

Maggie rió. Luego, sopló sobre la mancha de pintalabios del dedo.

Una cerilla de deseo prendió el cuerpo entero de Nick. Mala cosa, pensó. Más valía que guardara las distancias o tendría que acercársela y besar aquel cuello tan delicado.

—Si el deseo ha sido que me compre ropa nueva sin protestar, no se va a cumplir.

—Mira que eres testarudo —contestó ella, alzando la barbilla.

—No pienso cambiar. Soy como soy, Maggie. Lo tomas o lo dejas.

—No se trata de quién eres. Se trata sólo de tu ropa —repuso ésta—. Venga, será divertido —añadió sonriente.

—¿Para quién?

—Para mí. Y pago yo, que quede claro.

—Vamos, por favor —murmuró Nick—. Soy director de una constructora. No voy a arruinarme por comprar unos vaqueros.

—Unos pantalones elegantes —corrigió ella.

—Siento la impertinencia, pero en ningún momento accedí a cambiar de vestuario.

—No hagas las cosas más difíciles de lo que ya son. —Maggie le agarró una mano y tiró de Nick hacia una tienda de hombres—. Tú tienes una habitación y yo te tengo a ti. Un mes. Para mí entero.

Le gustó cómo sonaba. Sabía que no debía gustarle. Pero le gustó.

—Y después iremos a ver a Domingo —añadió ella mientras miraba el reloj.

—¿Quién es Domingo? —preguntó receloso Nick.

—Un peluquero. Bueno, un estilista. En realidad es un genio, pero…

—Ah, no. Ni hablar. ¡Me niego!

—Vamos, quejica.

—Que no.

Maggie se paró ante la entrada de la tienda y se cruzó de brazos.

—¿Qué pasa?, ¿eres como Sansón o algo así? ¿Te da miedo perder la fuerza si te cortan un rizo?

—En primer lugar, yo no tengo rizos. En segundo, a las mujeres les gusta mi pelo.

—No es el pelo, Nick —dijo ella.

—¿A qué te refieres?

Maggie miró al suelo un segundo antes de levantar la vista de nuevo hacia su cara.

—Bueno, me refiero a que quizá no sea el pelo lo que les gusta. Sino… bueno, que les gustas tú.

El corazón se le encogió como si estuviera atravesando la Curva de la Muerte a cien kilómetros por hora. Maggie no debía decirle esas cosas, ni mirarlo de ese modo. Estaba siendo un día muy raro. No creía que pudiera ser más raro.

Pero, de pronto, lo fue.

Por el rabillo de un ojo, reparó en una mujer joven. Rubia y bonita. Con unos ojos clavados a los suyos. Nick agarró la mano de Maggie y entró en la tienda de hombres.

—Buena decisión —celebró esta mientras Nick miraba a la mujer girarse hacia él—. En esta tienda tienen muy buena ropa.

¿Qué hacía en casa, en vez de en la facultad?, se preguntó Nick mirando a través del escaparate hacia la joven. Al ver que ésta

seguía con la vista fija en él, se agachó para esconderse detrás de un mostrador de pantalones.

—¿Por qué te agachas? —preguntó Maggie mientras echaba un vistazo sobre los pantalones del mostrador.

—Busco los precios más bajos —murmuró mientras miraba con cuidado por un lateral del expositor. La joven seguía allí.

Maggie lo escudriñó con los ojos, con cara interrogante, y luego se echó a reír.

—No sabía que tuvieras sentido del humor, Nick —comentó ella mientras se acuclillaba a su lado—. Eso es un punto positivo para las mujeres.

Sí, seguro. Era el mismísimo Jim Carrey, murmuró para sus adentros a la vez que desviaba la mirada hacia la entrada de la tienda. La mujer se había marchado, comprobó con inmenso alivio.

—Podemos levantarnos —dijo Nick, pero se quedó quieto. Maggie estaba muy cerca, a tan pocos centímetros que su fragancia lo aturdía.

Bajo las suaves luces de la tienda, junto a aquel mostrador de pantalones, Maggie volvió a sonreírle con un brillo risueño todavía en la mirada. En ese momento, se habría puesto un chaleco si ella se lo hubiera pedido.

Y para Nick Kaplan, que no había vuelto a ponerse un chaleco desde los diez años, llegar a tal extremo significaba estar metiéndose en un lío.

Capítulo 3

«No busques más: la chica de tus sueños puede estar justo delante».

Un estruendo de música *rock* atronaba la sala de espera. Por más que lo intentaba, era incapaz de concentrarse para encontrar el eslogan definitivo para su agencia. Maggie miró a su alrededor, preguntándose si era la única a la que le parecía que la música estaba un poco alta. Tras la mesa situada a la entrada, la recepcionista hablaba casi a gritos por teléfono, y la mujer sentada junto a Maggie estaba rompiendo un pañuelo para colocarse los trozos en los oídos.

Menos mal, no se estaba volviendo loca.

Había considerado esa posibilidad seriamente tras el arrebato de Nick en la tienda de ropa, cuando se había agachado tras el expositor. Pero, loca o no, había conseguido que se comprara tres pantalones elegantes y un par de camisas.

La había sorprendido aquella vena juguetona. El motero malo tenía un aire juguetón que le resultaba de lo más atractivo.

Maggie miró el reloj de pared de la sala de espera. Hacía más de hora y media que había dejado a Nick en manos de Domingo. Seguro que estarían librando una batalla cruenta detrás de las puertas que comunicaban con el salón de peluquería. Sería lo más normal después de la mirada con que Nick había fulminado al estilista cuando éste, nada más verlo, había exclamado que era un hombre la mar de guapetón.

Maggie sonrió. Era un combate entre Míster Masculinidad y

Míster Pulcritud.

—¿Señorita Conner? —La ayudante de Domingo apareció frente a Maggie, pero la música estaba tan alta que ésta se limitó a asentir con la cabeza para no gritar por encima de ella—. Domingo está terminando con su amigo. Estará listo enseguida… La verdad es que tiene algo —añadió guiñándole un ojo al tiempo que la canción terminaba y empezaban los acordes de una suave balada.

Maggie se quedó mirando a la chica. ¿Qué había querido decir con eso?, ¿cómo que tenía algo? Guardó el bolígrafo y la libreta en el bolso, se levantó y se dirigió a recepción para pagar.

—El señor Kaplan ya se ha ocupado de la factura —respondió la pelirroja recepcionista.

—¿De veras?

—Sí —oyó decir a Nick a sus espaldas—. Te dije que lo haría.

Maggie se giró con impulso y luego se quedó helada. La sonrisa que había esbozado al pensar en el combate con el estilista se le derritió. Nick Kaplan parecía un rebelde de atractivo irresistible sacado de una revista de moda para hombres. Seguía con sus vaqueros desgastados, pero se había puesto una de las camisas blancas que habían comprado antes. Parecía un hombre distinto, aunque no del todo.

El corazón le retumbaba como si fuese un tambor y se preguntó si no lo estarían oyendo todos, hasta la mujer que había improvisado los tapones para los oídos. En cualquier caso, seguro que podrían verle la cara que se le había quedado al ver la transformación de su despampanante compañero de piso.

Recién afeitado, tenía un rostro de facciones duras, curtidos por el sol y el viento en contra sobre la moto. Le habían cortado el pelo, pero no en exceso. Las ondas de su cabello castaño lamían el cuello de la camisa y un suave manto de vello se insinuaba sobre el último botón desabrochado. Cuando, a regañadientes, alzó la vista hacia su cara, se encontró con su mirada, con aquellos ojos verdes relampagueantes, amenazándola con que se atreviera a decir algo.

Era evidente que seguía siendo el mismo chico malo que había entrado en la agencia por la mañana. Sólo que con un estilo refinado.

—¿Contenta?

—¿Qué? —preguntó ella con la garganta seca.

—Si tengo esta pinta es por ti —contestó Nick sonriente—. ¿Estoy bien o qué?

Quiso decirle que era el hombre más atractivo que jamás había visto, pero el desierto del Sahara se había instalado en su garganta y no le permitía articular palabra. Maggie miró en derredor. ¿Acaso no se daba Nick cuenta de que todas las mujeres de la sala de espera estaban radiografiándolo, suspirando de deseo con los ojos?

Y ella tenía que marcharse a casa con aquel pedazo de Apolo.

Maggie se mordió el labio inferior. ¿Qué había hecho?, ¿cómo demonios había llegado a creer que podía vivir sin prestar atención a los hombres estando Nick Kaplan en el planeta?

—Así vale, ¿no? —preguntó éste, lanzándole una mirada digna del mismísimo James Dean—. Se acabaron los retoques. ¿O también piensas quitarme las marcas de cicatrices y los tatuajes?

—¿Tienes tatuajes? —preguntó Maggie.

—Uno.

—¿Dónde? —añadió sin poder evitarlo.

Nick enarcó una ceja con aire burlón.

Por su parte, Maggie estaba convencida de que todas las mujeres de la sala estaban aguzando el oído para oír la respuesta de Nick a aquella íntima curiosidad. Y, por el rabillo del ojo, vio a la mujer que se había puesto los tapones quitárselos de los oídos.

—Tenemos que irnos —dijo por fin. Por alguna razón, no le gustaba sentirse vigilada. Y, por el motivo que fuese, lo cierto era que no quería que ninguna de esas mujeres supiera dónde tenía el tatuaje.

Esperó a que Nick se despidiera de la recepcionista con una sonrisa antes de salir ambos de la peluquería. Miradas ávidas lo siguieron por el centro comercial y a la salida, de camino hacia el aparcamiento.

Caminaron juntos hasta la primera planta, donde Nick había dejado la moto.

—Así que con esto me va a cambiar la vida, ¿no? —comentó Nick con tono burlón mientras aseguraba las bolsas con lo que había comprado en la parte trasera de la moto—. Ropa nueva, nuevo aspecto…

Maggie volvió a examinarlo, reposando la mirada sobre su espalda firme y ancha. Alzó los ojos al cielo. ¿Por qué no podía

haber entrado un hombre distinto en la agencia? Uno con el que no le sudaran las manos y la imaginación no se le desbocase.

Sabía de sobra que no tendría el menor problema en encontrarle una mujer. Seguro que harían cola dos manzanas a la redonda en cuanto vieran su vídeo.

Cosa que debería haberla alegrado una enormidad. Pero que le producía un extraño descontento.

—Estás estupendo, Nick. Vas a arrasar —comentó, forzándose a sonreír—. Bueno, ¿entonces nos vemos en casa?

Nick se montó en la moto y la penetró con aquellos ojos misteriosos.

—Sube.

—¿Qué?

—Te acerco a tu coche.

Se le aceleró el corazón. Luego, se le paralizó. Nunca en la vida había montado en moto. Eran máquinas prohibidas y peligrosas, conducidas por hombres prohibidos y peligrosos.

Casi no podía soportar las ganas de aceptar la propuesta. No era la primera vez que deseaba romper con sus hábitos de niña buena y echar a volar. Estaba aburrida de vivir sin riesgos. Pero montar en la moto de Nick, aunque sólo fueran los pocos metros que distaban hasta su coche, no sería un simple riesgo, sino un contacto… íntimo. Y no podía permitirse algo así con Nick.

La moto dio un rugido de vida justo después de que éste pisara a fondo el acelerador. Por un segundo, Maggie se imaginó detrás de él, con los brazos alrededor de su cintura y los muslos apretados a su…

—No hace falta, ya voy andando —contestó, cerrando las manos en puños—. He dejado el coche aquí al lado.

Nick asintió con aire despreocupado mientras la moto ronroneaba como un enorme gato negro.

Al darse la vuelta y echar a andar, Maggie notó que su nuevo compañero de piso la estaba mirando. Mirando y protegiendo hasta que entrara al coche.

No había esperado un gesto así, pensó mientras introducía la llave en la cerradura con manos temblorosas. Tampoco había esperado que fuese un caballero.

* * *

—Nick, puede que hayan sido alucinaciones, pero juraría que te he visto esta tarde en Santa Flora. Ni más ni menos que en el centro comercial. He decidido venir a casa a pasar las vacaciones. Papá me había dicho que tenías pensado venir por aquí, pero creía que a partir de la semana que viene. Si ya estás aquí, hermanote, acércate por casa o llámame, porfa. Hace mucho que no te veo. Te echo de menos. Papá también te echa de menos.

Nick pulsó el botón del teléfono móvil y lo lanzó sobre la cama en la que dormiría durante los siguientes seis meses. Se alegraba de tener noticias de su hermana pequeña. Nick había pasado toda la infancia en colegios internos de la Costa Este, de modo que apenas había hecho amigos en Santa Flora. Sólo tenía a su familia y un par de conocidos. Pero su hermana era su favorita.

Anne solía quedarse en el campus universitario en verano, trabajando en el hospital, pero ese año había viajado a Europa. Aunque no la esperaba hasta la siguiente semana, se alegraba de que hubiera vuelto. La había echado de menos y no había querido esquivarla en el centro comercial horas antes. Pero no le gustaba mentir, y saludarla lo habría obligado a contarle el trato que había hecho con Maggie para que ésta le encontrara a su mujer perfecta. Su hermana sabía de sobra su concepto de las relaciones de pareja, pero, aun así, en más de una ocasión había intentado liarlo con alguna amiga de la facultad de Medicina. Y él siempre se había negado.

Mujeres, citas y explicaciones de quién era Maggie aparte, Nick tampoco quería tocar el tema de la «asombrosa metamorfosis» de su padre. Iba a tener que hacer un esfuerzo enorme si pretendía que Nick creyese que de veras había cambiado. No le bastaría con decirlo. Las palabras eran meros esparadrapos. Cubrían las heridas, pero no las hacían desaparecer.

Y, aun en el caso de que quisiera mostrarle que era un hombre distinto, en vez de limitarse a afirmarlo, ¿estaría él dispuesto a ver el cambio? Nick sabía que se sentía inclinado a responder que sí, lo cual lo hacía sentirse estúpido.

Sacó una toalla de la maleta y se encaminó hacia el cuarto de

baño. Le sentaría de maravilla una buena ducha. Relajarse bajo el chorro aspersor de agua caliente. Sólo esperaba que Maggie se hubiera llevado sus… cosas. Se pasó una mano por la frente. Sí, más valía que las hubiera recogido.

Frenó en seco a escasos pasos de la puerta, con los ojos desorbitados y la boca desencajada. Estaba ligeramente entornada, lo suficiente para dejarlo ver dentro. Un fogonazo de deseo llameó en su interior al ver aquella pierna larga y esbelta apoyada sobre el borde de la bañera. No podía ver de quién era, pero seguro que lo adivinaba.

La vista no era escandalosa en realidad. Maggie seguía con el vestido rosa puesto. Pero la imagen le resultó tan erótica como si sólo estuviera cubierta por una toalla.

Nick la observó fascinado mientras se extendía la loción corporal acariciándose la pierna, deslizándola por su piel. Por los pies y las pantorrillas, por las rodillas, más arriba. Sintió como si un arco se tensara y una flecha de fuego se le clavara en las ingles.

¿En qué estaba pensando?, ¿cómo se le ocurría compartir piso con una mujer? ¡Y con esa mujer en particular! Lo estaba volviendo loco y sólo llevaba allí un día. Después de todo, quizá sí fuera buena idea tener un par de citas. Una mujer en la cama: eso era lo que necesitaba.

Y no esa mujer, se advirtió antes de que la idea se filtrara en su cabeza.

Cuando consiguió cerrar la boca, apretó la mandíbula y volvió a su habitación a toda velocidad. Podía olvidarse de la ducha por el momento. Y del agua caliente. Cuando saliera del baño y se hubiera encerrado en su habitación, abriría el grifo del agua fría. Helada.

¿Por qué olía la *pizza* tan deliciosamente siempre?, se preguntó Maggie mirando el interior de la caja, con la boca hecha agua. Pepperoni, extra de mozarella, guindilla y masa fina. La perfección.

Sintió una punzada de culpabilidad, pero la superó en seguida. Vale, había pedido comida de encargo. Y qué. La *pizza* tampoco era tan cara.

Maggie necesitaba todo el dinero posible para sobrevivir al primer año de cualquier negocio nuevo, de modo que se había impuesto reducir gastos. Su abuela no paraba de preguntarle si podía ayudarla, pero Maggie estaba empeñada en valerse por sí

sola. De manera que, aunque la comida para Nick no formaba parte de ese presupuesto inicial, tampoco debía perder los nervios.

Además, tampoco le había prometido comida casera. Sino simplemente comida. Y su abuela siempre decía que la *pizza* era como la octava maravilla del mundo para los hombres.

Maravilla que se iba a quedar fría si Nick no bajaba pronto. ¿Por qué tardaba tanto? Estaba vestido. Sabía que lo estaba. Había llamado a su puerta, lo había avisado de que la *pizza* llegaría en veinte minutos y lo había oído decir «de acuerdo»… además de la cremallera. Se había quedado un segundo allí, de espaldas a la puerta, escuchando, imaginándoselo solo en vaqueros, todo músculos y potencia. Y así como en ese momento estaba vistiéndose, esa noche se desvestiría y se cubriría con las sábanas que ella misma le había dado.

Un pensamiento muy sensual. Uno de los muchos que la asaltaban con impertinencia cada dos por tres. Lo que la obligaba a recordarse que Nick era su compañero de habitación, el gancho para que su agencia funcionara, una herramienta para hacer funcionar su negocio.

El escenario de esa noche, *pizza* y un ambiente acogedor, le recordó a aquellas fiestas adolescentes en las que oía a sus amigas reírse y cuchichear sobre chicos traviesos como Nick Kaplan.

En aquel entonces, Maggie había experimentado las mismas sensaciones de atracción que cualquier otra chica, pero nunca lo había dicho… en voz alta al menos. A los trece años ya había comprendido el destino cruel de las mujeres de su familia. Ya entonces le había dado el nombre de «la maldición de las Conner».

—¿Me has pedido otra para mí?

Maggie giró el cuello y lo vio entrar en la cocina, recién salido de la ducha, con el pelo húmedo y rizado. Llevaba una camiseta y los vaqueros de la cremallera que había oído antes. Cuando se acercó unos pasos más, se dio cuenta de que iba descalzo. «La intimidad se aprecia en multitud de detalles», había oído decir a su abuela con frecuencia. De pronto, sabía a qué se refería.

Se volvió hacia un armarito y sacó dos platos.

—Sólo hay una *pizza*, así que tendrás que aprender a compartir.

—Ningún problema. —Nick tomó los platos de su mano y los puso sobre la mesa de la cocina—. Siempre se me ha dado bien

compartir.

—¿Quién te ha contado eso? —preguntó Maggie con una sonrisa juguetona.

—La señorita Amanda —respondió Nick, de nuevo junto a ella, con el olor masculino de su jabón aturdiéndole los sentidos.

—¿Salías con ella?

—La señorita Amanda era mi profesora en la guardería —explicó él, sonriente.

—Ah. —Maggie rió y pensó lo novedosa que le resultaba aquella situación. Era la primera vez que estaba con un hombre en su cocina. Salvo Jerry, el fontanero, pero ése no contaba. Tenía una barriga prominente, alopecia avanzada y diez nietos. Y nunca iba descalzo.

—¿Qué quieres beber? Hay cerveza y refrescos.

—Una cerveza sería estupendo. ¿Te saco otra para ti?

Maggie dudó, se dio cuenta de por qué estaba dudando y decidió que era absurdo.

—Genial —contestó por fin. Se mareaba con facilidad cuando bebía, pero cualquier cosa con tal de aplacar los nervios—. Están en la nevera.

—Tienes una casa maravillosa —comentó mientras sacaba las cervezas y abría las dos botellas—. ¿Hace cuánto vives aquí?

—Toda la vida. —Maggie puso la *pizza* sobre la mesa de roble frente a la ventana—. Pertenecía a mi abuela, pero me la dio cuando se trasladó a la residencia.

—No me contó por qué se fue a vivir allí. —Nick se sentó—. ¿También se ha echado un compañero de piso? —añadió con una sonrisa traviesa bailándole en los labios.

—No. Aunque es posible que se haya echado un novio. El primero desde hace mucho —contestó Maggie al tiempo que tomaba asiento frente a él. Observó la expresión interesada de Nick—. Vengo de una familia de casamenteras. Somos fabulosas para encontrar pareja a los demás. Espantosas para encontrar el amor de nuestra propia vida. Yo lo llamo la maldición de las Conner.

—No será para tanto: tu abuela tuvo a tu madre, y tu madre a ti. En algún momento se enamoraron, ¿no? —concluyó Nick.

—No sospechaba que fueses tan romántico. —Maggie lo miró a la cara.

—¿Qué quieres decir? —respondió él mientras tomaba una porción de *pizza*.

—Acabas de decir que hay que estar enamorado para tener relaciones sexuales.

—¿Eso he dicho? —Nick dio un sorbo de cerveza y la miró con expresión divertida. Maggie asintió—. No me he expresado con precisión: el amor está sobrevalorado. La atracción, en cambio, eso sí que no se exagera —añadió con una sonrisa diabólica.

¿Tenía que mirarla de esa forma?, ¿cómo si en el caso de que quisiera que alguien la devorara, él fuese el primer voluntario?

—Por ahí vas más encaminado —dijo Maggie, la cual sintió unas ganas inexplicables de contar la desdichada historia amorosa de su familia—. Se enamoraron. Pero mi padre abandonó a mi madre cuando le dijo que estaba embarazada. Y mi abuelo murió en la guerra.

—¿Ese collar era de tu madre?

—¿Por qué lo preguntas? —Maggie notó que el corazón se le paraba un segundo antes de volver a latir.

—Porque no has parado de tocarlo desde que has empezado a hablar de tu familia —respondió él, bajando la vista hacia la mano con la que Maggie se agarraba el guardapelo.

—Bueno —dijo ésta, bajando la mano a un costado—, no es una reliquia familiar, pero sí que me protege contra… En fin, digamos que me mantiene centrada en el trabajo, en vez de en…

—¿Los hombres? —completó Nick.

—Algo así. —Maggie agarró otra porción de *pizza*, sin advertir siquiera en el trozo de pepperoni que cayó sobre el mantel—. ¿Y tu familia?

—¿Qué le pasa?

—Que si tienes alguna.

—Un padre y una hermana, y creo que todavía tengo un pez de colores llamado «Pimienta». —Nick esbozó una sonrisa que no alcanzó a iluminarle los ojos—. Bueno, ¿qué?, ¿cuándo es mi primera cita?

Aunque le habría gustado saber más de su vida, Maggie no quiso presionarlo. Su pasado no era asunto suyo. Sólo su presente y su futuro.

—¿Impaciente por conocerla?

—Cuanto antes empecemos, antes acabamos.

Maggie se sirvió parte de la cerveza en un vaso y miró a Nick con aire divertido.

—Veamos, señor Kaplan. ¿Dirías que este vaso está medio lleno o medio vacío?

—Déjamelo un segundo y estará vacío del todo.

—Tienes una actitud muy negativa, ¿sabías? —dijo ella.

—Yo creía que las niñas buenas les gustaban los chicos malos. —Nick tomó el trozo de pepperoni que se le había caído a Maggie y se lo acercó a los labios—. ¿No te lo vas a comer?

Maggie se quedó mirando. El pepperoni y la mano de Nick. Casi no podía respirar. Era como lo de la serpiente y la manzana. ¿Se atrevería a sucumbir a la tentación?

Negó con la cabeza y él sonrió, se llevó el pepperoni a su propia boca y continuó con su *pizza*.

A Maggie se le había quitado el apetito y, a cambio, se le había despertado un hambre distinta. Era una sensación tan extraña que la asustaba. Cruzó las piernas y respiró hondo.

—A ver, Nick, para que esto de las citas funcione, tenemos que recurrir al encanto, no a la seducción.

—¿Tenemos?

—Tienes. Tú tienes que ser encantador y sensible —se corrigió Maggie al tiempo que se repetía mentalmente que el trabajo era lo único que importaba—. Estoy seguro de que crees saber qué quieren las mujeres, pero podrías llevarte más de una sorpresa.

—¿En serio? —Nick cruzó los brazos bajo el pecho y sonrió—. Ilumíname.

Maggie alzó la barbilla. Tenía claro que Nick Kaplan podía acostarse con muchas mujeres, pero el amor no se reducía a eso, aquello no era duradero. Y el futuro de su agencia dependía en gran medida de que Nick se fijara en los pequeños detalles decisivos para una relación sólida.

—Observa si se siente incómoda o tiene frío —arrancó Maggie —. Deja que sea ella la que elija la película, muestra interés por ella y pregúntale qué espera de la vida. Toda mujer encierra sus secretos en su corazón, pero te garantizo que en el fondo desea mostrárselos a un hombre que la quiera.

—¿Y qué secretos encierra tu corazón? —replicó Nick.

—Estoy hablando en serio.

—Y yo —aseguró él.

Sabía que estaba jugando con ella. Pero no por eso se apagó la chispa que había prendido en su interior. Había salido con más de un hombre, pero ninguno se había interesado lo suficiente para preguntarle qué deseos abrigaba en su corazón. A decir verdad, esos deseos parecían inaccesibles bajo llave incluso para ella misma. Y no se atrevía a abrir la puerta. No a ese hombre. Ni a nadie.

—No estamos aquí para hablar de mí —contestó—. Se trata de ti y de tu capacidad para…

—¿Para seducir a una mujer? —Nick esbozó una sonrisa perezosa.

—No —enfatizó ella—. Para conquistar su corazón.

—Tengo cierta experiencia con las mujeres, Maggie.

—Estoy seguro de ello. Pero encontrar un alma gemela va más allá del contacto sexual.

—¡De verdad! —exclamó Nick, adoptando una expresión exagerada de sorpresa.

—Sólo intento enseñarte. Considérame tu asesora, tu entrenadora —dijo Maggie. No estaba dispuesta a dejarse disuadir por su actitud engreída, pensó mientras se levantaba de la mesa hacia la encimera de la cocina. Podía ser que Nick supiera todo cuanto había que saber sobre mujeres, pero no iba a arriesgarse. El futuro de su agencia estaba en juego—. A las mujeres les gusta que las escuchen, las comprendan y las alaben en los detalles pequeños. Agradecen que les corran la silla y mantener una conversación interesante durante la cita y al acompañarlas a casa. Entonces está el paseo hasta la puerta y el beso de despedida. Ese momento es importante.

—Importantísimo. —Nick le dedicó una sonrisa pecaminosa.

—No debes precipitarte. No tengas prisa, ve despacio. A las mujeres no les gusta…

Maggie dejó la frase a medias al ver que Nick se levantaba, la envolvía entre sus brazos y le cubría la boca con la suya.

Lejos de oponer resistencia, se dejó apretar contra su torso y notó que la presión aumentaba sobre sus labios. La habían besado en varias ocasiones y de diferentes formas, pero aquél fue un beso lento, sensual, tanto que se le aflojaron las rodillas.

—¿Maggie? —susurró Nick contra los labios de ésta.

—¿Sí? —respondió ofuscada.

Los ojos de Nick se oscurecieron de deseo mientras deslizaba el pulgar por el labio inferior de Maggie.

—Parece que eres tú la que necesita un par de lecciones.

Capítulo 4

Necesitó de todo su autocontrol para soltar a Maggie y actuar como si no hubiese ocurrido nada, como si le hubiese enseñado una lección y no le hubiera afectado lo más mínimo. Lo que era una bobada. Porque Maggie Conner era embriagadora. Y él quería emborracharse.

No podía dejar de fijarse en sus labios rosas, en sus pechos contra el torso, excitándolo con su suave redondez y sus pezones erguidos mientras la besaba. Era como si la Guerra Mundial hubiese estallado en su interior. Y eso era mucho decir para un hombre que no había sentido más que la explosión de un par de petardos con las demás mujeres.

El objeto de sus fantasías eróticas estaba de pie a unos pocos centímetros. La inclinación de su cabeza, la languidez de sus brazos caídos junto a los costados y la expresión derretida de sus ojos le indicaban que también ella estaba perturbada por el beso. Era su casamentera. ¿Por qué no se olvidaba de buscarle citas y se ofrecía a sí misma a cambio?

La idea de seducir a Maggie Conner elevó la temperatura de su sangre como si fuese la lava de un volcán en erupción. Pero era una idea desafortunada. Citas al margen, serían compañeros de piso durante los próximos seis meses y no iba a poner en peligro su alojamiento por unas cuantas noches de inolvidable…

«Déjalo, Kaplan», se ordenó.

—Bueno, creo que he demostrado lo que quería —dijo mientras se dejaba caer sobre la silla que había ocupado instantes antes.

En una fracción de segundo, la mirada derretida de Maggie se endureció.

—¿Qué querías demostrar? —preguntó con voz firme—. ¿Que sabes besar?

—Exacto —respondió al tiempo que agarraba una porción de *pizza*.

—Vaya tontería: todo el mundo sabe besar.

—No parecía que creyeras eso.

—¿Cómo dices?

—¿Las normas para el beso de despedida perfecta?, ¿te suenan de algo?

—Ah, eso. —Maggie sobrepasó la silla de Nick, avanzó hasta la puerta del jardín trasero y aspiró la brisa de la noche—. Bueno, eso es… es distinto.

Sí que era distinto, pensó él con la boca seca mientras el viento levantaba el cabello de Maggie y le ceñía el vestido contra el cuerpo. Aquel beso había sido demasiado distinto. Y aunque quería negarlo, la verdad podía ser muy testaruda.

Dejó sobre el plato la porción de *pizza*. No tenía hambre, o no de mozarella por lo menos. Maggie había llenado su cabeza de deseos tan peligrosos como un desierto de arenas movedizas.

—Escucha, Nick. —Maggie se giró hacia él para mirarlo—, puede que me haya excedido un poco con las lecciones para conquistar a las mujeres. Sobre todo en lo que respecta al beso de buenas noches. Tienes razón. Es evidente que ese apartado lo dominas.

—Gracias. —Nick sonrió.

—Sólo quiero ofrecer el hombre perfecto a las mujeres con las que te cite, nada más. Por mi agencia. Para que el negocio sea un éxito.

—Nunca seré el hombre perfecto, Chica Montana.

—¿Qué me has llamado? —Maggie frunció el ceño.

Si hubiera podido rebobinar la cinta de los últimos segundos y borrarla, lo habría hecho. ¿Cómo demonios había salido de su boca aquel ridículo apelativo? Le reventaba la gente que usaba apelativos. Pero lo había soltado y tenía que explicarlo.

—Tus ojos son del color del cielo de Montana, simplemente.

—Ah —dijo ella, sorprendida. Se alejó de la puerta y se sentó

sobre la mesa de la cocina, junto a las tres porciones de *pizza* que quedaban.

—Debes de ver muchos cielos con tu trabajo.

—He visto un poco de todo. —Nick se encogió de hombros.

—¿Sólo un poco?

—Me quedo en los sitios hasta que la obra se acaba. Después me marcho a otro lado.

—Suena solitario.

—Paradisiaco —mintió Nick. Una mentira que nunca en los pasados doce años le había costado tanto decir.

—Yo no he viajado mucho, pero tampoco me importa. Soy muy casera. Me gusta vivir en la casa de mi familia, en mi barrio, conocer en persona al cartero y al dueño de la frutería, que los vecinos me hagan la compra cuando me pongo mala. Es agradable.

—Prudente más bien.

—¿Qué quieres decir?

—Si te pasas la vida encerrada en una ciudad, sólo conoces un entorno, un estilo de vida y un tipo de personas. Es seguro.

—¿Y qué tiene de malo la seguridad? —replicó Maggie.

—Es aburrida —contestó él—. Faltan emociones, vivencias nuevas… pasión.

—Yo no quiero pasión —dijo bajando la vista al suelo, sonrosadas las dos mejillas.

—Pero puede que la pasión sí te quiera a ti —contestó Nick sin pensar lo que decía. ¿Por qué lo había hecho?, ¿qué le ocurría esa noche? Nada. Sólo estaba en un sitio desconocido y sentía una atracción igualmente desconocida. Con un poco de tiempo se habituaría a la casa y a que la compañía de Maggie no lo afectase de ese modo, decidió mientras se levantaba y agarraba su plato—. Me voy a tomar la última porción en la habitación, si no te importa. Tengo que repasar unos planos. A no ser que tengas más lecciones pendientes.

—No. —Maggie negó con la cabeza—. Pero ¿podemos acordar que lo que ha pasado esta noche no volverá a suceder?

—Ningún problema. —Nick se obligó a sonreír.

Maggie permaneció de pie en medio de la cocina, fresca como la brisa de la noche con su vestido rosa. Por un momento, se quedó mirándolo ensimismada mientras jugueteaba con un rizo de su

propio cabello. De pronto reaccionó, se giró hacia la nevera, la abrió y le dio las buenas noches sin darse la vuelta.

—Buenas noches, Maggie —se despidió Nick.

El trabajo, los planos, todo se le olvidó por unos instantes mientras anticipaba la larga noche que lo esperaba, consciente de que estar junto a esa mujer y no tocarla ni besarla iba a ser la empresa más difícil de toda su vida. Pero le había prometido guardar las distancias. Y Nick Kaplan siempre cumplía su palabra.

Salvo que, por supuesto, ella rompiera la suya primero.

—Primero me cuentas un poco sobre ti —le indicó Maggie mientras disminuía la intensidad de la luz de uno de los despachos de Contactos Maggie—. Luego, me dices qué buscas en una mujer.

Acababa de terminar de trabajar y estaba sentado frente a Maggie, iluminado por un suave foco. Estaba endiabladamente atractivo con su habitual sombra de barba sobre la cara, el pelo algo revuelto y ataviado con unos vaqueros negros y una camisa verde a juego. Dos de las prendas que habían comprado en la tienda, había advertido complacida al verlo llegar del trabajo a las cinco en punto, tal como habían quedado.

Nick había salido temprano de casa. Lo sabía porque lo había oído ducharse y luego se lo había imaginado vistiéndose mientras daba vueltas en la cama intentando en vano conciliar el sueño. Apenas había dormido en toda la noche y cuando lo había conseguido, había soñado. Con él, con el beso que le había dado, con el tacto de sus manos sobre su cuerpo, tembloroso aun después de abrir los ojos y descubrirse sola en la habitación.

Se estaba volviendo loca. No podía dejar de pensar en Nick Kaplan. Pero iba a tener que hacerlo de inmediato, pues estaban en la agencia, adonde habían ido para trabajar. Quería grabar una cinta de vídeo, que enseñaría a las mujeres más encantadoras de Santa Flora. Una de ellas había de ser su pareja ideal. Se negaba a arruinar el futuro del negocio por aquella atracción. De hecho, antes de sentarse a empezar con la entrevista, había comentado que necesitaban relajarse y pasar un buen rato. Nick le había dado la razón, pero seguía colaborando de mala gana.

—¿De verdad hace falta grabar esto? —preguntó, despertándola de su País de las Maravillas para devolverla a la cruda realidad.

—Por supuesto que hace falta. —Maggie lo miró por el objetivo

de la cámara, situada sobre una pila de guías telefónicas que se levantaba a su vez sobre la mesa más alta que tenía—. Recuerda: relájate y sé tú mismo, cabezota.

—Eh, ¿me estás insultando? —preguntó Nick con una chispa divertida en los ojos.

—Lo has captado al vuelo —bromeó ella—. Eres más listo de lo que pareces.

—¿Crees que podrás encontrarme una mujer a la que le guste piropear a su pareja? Contigo acabaré con la autoestima por los suelos.

—¿No te gustan mis piropos?

—Me gustan más otras cosas tuyas —replicó él, devorándola con la mirada.

Maggie se estremeció. Se había excedido con el coqueteo. Más valía que no siguiera con aquella táctica juguetona.

Mirar a Nick era tan peligroso como contemplar el sol demasiado tiempo. Giró la cabeza con brusquedad y volvió a centrarse en el enfoque de la cámara. Pero no pudo evitar observarlo a través del objetivo. Tenía una boca hipnótica, tanto como el vello de la barba. Dios, el hombre no imaginaba cómo le alteraba. Nadie la había dejado sin aliento de esa forma. Claro que nunca se había dedicado a flirtear con chicos rebeldes y seductores hasta entonces. Pero las pocas citas que había tenido y los contados besos que le habían dado la hacían sospechar que su atracción hacia Nick era genuina.

Lo que era intrascendente. Debía recordarse que la agencia era lo primero. Estaban allí para encontrar pareja a Nick y, por mucho que le costara, le buscaría a su mujer perfecta.

—¿Listo? —le preguntó cuando consiguió recuperar la respiración.

—Cuando quieras —rezongó él.

Maggie apretó el botón de grabar y luego se sentó bajo la cámara.

—Hola, Nick —lo saludó con tono profesional.

—Hola, Maggie.

—Bienvenido a Contactos Maggie.

—Gracias —respondió Nick, al tiempo que se dibujaba una sonrisa deliciosa en su cara—. Me alegra estar aquí.

Sí, seguro, pensó ella. Pero le agradecía que lo dijera, a pesar de todo. Maggie miró la lista de preguntas que había preparado y volvió a dirigirse a él:

—Empezaremos con algo fácil. Háblanos un poco de ti.

—Tengo treinta años y trabajo en el sector de la construcción. Crecí en el sur de California, terminé Ingeniería y Arquitectura… ¿Qué más? —Nick miró al techo. Luego, bajó los ojos hacia Maggie y sonrió—. Me gusta el cine. Creo que la versión original de *El cabo del miedo* es mejor que la de Robert de Niro. La música heavy me anima, tengo buena salud y soy moderadamente feliz. Para mí, no hay mejor techo que las estrellas del cielo, ni mejor medio de transporte que las motos.

Maggie lo miró embobada. ¿Ingeniero?, ¿y arquitecto? La primera vez que lo había visto había pensado que… daba igual. Sólo que no lo había tomado por un hombre tan instruido. ¿Qué otras cosas habría dado por sentadas erróneamente?

—La cita perfecta —se obligó a continuar—. ¿Cómo sería su cita perfecta?

—Una cena en algún lugar tranquilo. —Nick la miró a los ojos —. En la cocina de ella, quizá. Después, algo original y cotidiano al mismo tiempo. Una visita al parque de atracciones, por ejemplo. Para descubrir si le gusta divertirse.

Maggie frunció el ceño. En la cocina de ella… Muy gracioso.

—¿Qué rasgos aprecias en una mujer? —le preguntó a continuación.

—¿De aspecto o de carácter?

—Cualquiera. —Maggie se encogió de hombros—. O de las dos cosas.

—Bien… tiene que hacerme reír. Tiene que hacerme pensar. Y tiene que hacerme que la desee cada vez que la mire.

Maggie se quedó boquiabierta. Nunca había oído unos requisitos más maravillosos. Tenía la boca seca y no era capaz de articular un solo sonido.

—¿Y de aspecto? —Logró preguntar por fin.

Nick cruzó los brazos bajo el pecho. Sus ojos se oscurecieron con expresión melancólica y soñadora.

—Todas las mujeres son bellas a su manera. Sus andares, una mirada, la forma de mover los labios al hablar. Lo malo es que de

pequeño me enamoré perdidamente de Verónica.

—¿Verónica? —Maggie enarcó una ceja.

—Una compañera de la guardería. —Nick la miró a los labios y a los ojos—. Tenía un pelo negro precioso. Y unos ojos azules increíbles.

Maggie tragó saliva y se alisó el pelo con pulso inestable. Lo estaba haciendo adrede para ponerla nerviosa. Pero no iba a permitir que se saliera con la suya. Le había dicho que se relajara y se divirtiera. Pero no había añadido «a mi costa».

—Señor Conner, dígame cómo sería el beso perfecto —le preguntó entonces.

—Para mí que el que te di anoche rayaba la perfección —respondió Nick, divertido—. ¿A ti qué te parece, Chica Montana?

—Te voy a decir lo que me parece. —Maggie lo fulminó con la mirada. Se levantó, pulsó el botón de pausa en la cámara y puso los brazos en jarras sobre la cintura—. Me parece que vamos a estar aquí hasta que esto salga perfecto. ¿A qué hora entras a trabajar mañana?

La chispa que había iluminado los ojos de Nick se apagó mientras murmuraba:

—Aguafiestas.

* * *

Ese viernes, el sol caía tras el horizonte en medio de un cielo estallado de rojos y naranjas mientras aparcaba la moto frente a la casa. Permaneció sentado unos segundos, mirando hacia la ventana de la habitación de Maggie.

Llevaba casi una semana esquivándolo con éxito. Lo que tal vez fuera una buena medida, teniendo en cuenta que su atracción hacia ella no había remitido según había esperado. Maggie se había marchado de casa antes de que él se levantara y al regresar a casa, se había encontrado una nota de su mano en la cocina, indicándole que tenía la cena en la nevera. Noche tras noche había cenado en aquella cocina en la que, no hacía tanto, la había estrechado entre sus brazos. Su perfume flotaba siempre en el aire, como un veneno que iba enloqueciéndolo lentamente.

Durante la larga jornada laboral, pensaba en verla al regresar a casa, en cenar juntos tal vez. Y por las noches pensaba en ella acostada, bajo las sábanas, debajo de él. ¿Dormiría desnuda o con alguna de aquellas prendas que había visto colgadas en la barra de la ducha el primer día? Prendas que no había vuelto a ver.

Al principio, se había planteado si estaría enfadada con él por el beso o por pincharla mientras grababan el vídeo. Pero no le parecía razonable. Había sido en broma. Y sólo había coqueteado durante la primera entrevista. La segunda vez, en cambio, se había mostrado como el hombre serio y encantador que Maggie esperaba que fuese.

En fin, por un motivo u otro, lo cierto era que estaba consiguiendo esquivarlo. Ese mismo día se había limitado a dejarle un mensaje en el móvil para informarlo de que las mujeres que le había seleccionado irían a la agencia por la tarde para ver su vídeo.

Como si le importara lo más mínimo. Le daban igual aquellos vídeos. Tenía una ingente cantidad de trabajo que sacar adelante y trillones de contratos que repasar. Maggie era una ilusa si creía que iba a conseguir que se enamorara de alguien en unas pocas semanas.

Nick aparcó la moto en el garaje y echó a andar hacia la casa. El teléfono estaba sonando cuando abrió la puerta. Era obvio que Maggie no estaba. De lo contrario, ya habría respondido ella. De modo que descolgó el auricular:

—¿Diga?

—Hola —respondió una voz femenina, madura, con un toque de humor—. ¿Eres Nick?

—Sí —respondió este mientras rezaba por que no fuese su primera cita. A juzgar por la voz, debía de rondar los sesenta años.

—Soy Kitty Conner.

—¡Hola, señora Conner! —La saludó aliviado—. ¿Cómo está?

—Ya te he dicho que me llames «Kitty». Y bien, estoy bien —contestó ella—. Pero creo que quizá tú no lo estés.

—¿Y eso?

—Tengo entendido que Maggie te está utilizando como gancho para la agencia.

—Dicho así, no suena demasiado bien —respondió Nick con humor.

—Ya… —Kitty hizo una pausa antes de añadir—: ¿Está mi nieta

por ahí?

—Ahora mismo no. Pero puedo dejarle un mensaje.

—Sí, podrías —dijo Kitty como si no fuese su primera opción y estuviera esperando a que él le sugiriera otra mejor.

—¿Pasa algo? —preguntó Nick—. Si quieres, me acerco a la agencia y…

—¿Tienes algún plan para este fin de semana? —lo interrumpió ella.

—¿Qué?

—Planes para este fin de semana —repitió con paciencia—. ¿Tienes?

—Pues… no todavía, pero…

—Perfecto. Maggie y tú tenéis que venir a Las Vegas.

No había tenido tiempo de procesar la invitación cuando oyó el chirrido de la puerta de entrada y, segundos después, Maggie apareció en la cocina. Llevaba pantalones negros y una camiseta azul de seda abotonada hasta arriba del todo. Pero, a pesar de esa fachada recatada, la boca se le hizo agua al recordar lo que llevaría debajo. Maggie dejó el bolso sobre la encimera antes de girarse hacia él, mirándolo con curiosidad.

—¿Nick?, ¿me oyes? —preguntó Kitty.

—Sí… sí, señora Conner —respondió él tras aclararse la garganta.

—Kitty —insistió ésta.

—Kitty —repitió Nick sin dejar de mirar a Maggie.

—¿Es mi abuela? —susurró Maggie, acercándose a él.

Nick asintió al tiempo que Kitty repetía:

—Tienes que venir con Maggie a Las Vegas esta noche.

—¿Qué pasa? —preguntó ésta, preocupada—. Déjame hablar con ella.

—Kitty, te pongo a Maggie —dijo Nick—. Acaba de llegar.

—¡No, espera!

Maggie oyó la protesta de su abuela, porque dejó en el aire la mano que había alzado para agarrar el auricular.

—Kitty, ¿qué es lo que ocurre? —quiso saber Nick.

—Maggie no vendrá sola. Tienes que traerla contigo.

Nick miró a Maggie y preguntó despacio:

—¿Puedo preguntar para qué?

Kitty soltó una suave risilla. Luego, pronunció cuatro simples palabras:

—Me voy a casar.

Capítulo 5

«No busques más: Contactos Maggie te encuentra a tu pareja ideal».

«P acabas en Las Vegas, como yo», pensó Maggie mientras miraba por la ventanilla del taxi que se dirigía al famoso Hotel Petrofina. Bajo un cielo negro iluminado por el resplandor amarillo de la luna, se alzaba un mar de hoteles coloridos, con letreros de neón que anunciaban ofertas de dos cenas al precio de una, entradas libres para todo tipo de espectáculos y promesas de premios multimillonarios en los casinos. Era un Disney Land para adultos y Maggie estaba impresionada por cada titilante luz.

Bajó el cristal de la ventanilla y dejó que la cálida brisa de la noche le acariciara la piel mientras absorbía el murmullo animado de las calles, las bocinas de los vehículos, el omnipresente sonido de las máquinas tragaperras. Tal vez alguien estuviera ganando uno de esos premios multimillonarios en esos momentos, pensó sonriente.

Por más que intentaba reprimirla, Maggie no podía controlar la emoción que corría por sus venas. Nunca había visto algo igual. Tal como le había contado a Nick, apenas había salido de Santa Flora, de modo que apenas había visto casi nada. Pero esa noche había abandonado su tranquila ciudad costera y había aterrizado en aquel caleidoscopio de luces intermitentes y vertiginosas como su corazón. Y pensar que unas horas atrás había puesto pegas a aquel viaje…

Tres horas antes, para ser exactos, había escuchado estupefacta la petición de su abuela, una orden en realidad. De modo que se

habían plantado en el aeropuerto y habían tomado el primer vuelo a Las Vegas. ¿Habría perdido la cabeza su abuela? ¡Casarse en Las Vegas!

Por supuesto que la boda le parecía una sorpresa extraordinaria. Y Maggie no podía alegrarse tanto por nadie como por su abuela. Se merecía ser feliz hacía muchísimos años. Pero ¿por qué en Las Vegas? Desde que Nick le había dado la noticia, no había parado de imaginarse imitadores de Elvis uniendo en matrimonio a Kitty, que estaría agarrada a su novio bajo un arco de luces, como en las películas.

Si le hubieran pedido que organizase la boda de su abuela, habría optado por algo elegante y con clase, con un cuarteto de cuerda y una estatua de hielo. Pero era evidente que Kitty tenía otros planes. Quería brillo y destellos. Era su día y Maggie estaba dispuesta a hacer por ella lo que quisiera, aunque le pidiera subirse la falda y bailar el cancán camino del altar.

Miró a la derecha y, saliendo de una limusina, observó a una pareja vestida con atuendos medievales. Desde luego, era una ciudad atípica. Y la boda relámpago de su abuela no había sido sino la primera de dos circunstancias inusuales.

—Ahí está el hotel.

Aquella atractiva voz de barítono pertenecía a la segunda circunstancia inusual. Maggie miró a Nick. No tenía ni idea de qué le habría dicho su abuela durante la conversación que éste había mantenido con ella, pero, por más que lo había intentado, no había conseguido disuadirlo para que no la acompañara en aquella pequeña aventura. Y de veras que lo había intentado. ¿No tenía trabajo pendiente?, ¿por qué no se había quedado limpiando la moto?, ¿o saliendo con alguna mujer?

Pero no. Se había empeñado en ir.

—Me han invitado y voy —había afirmado, retándola con sus ojos verdes a que se enfrentara a él.

E imposible razonar bajo aquella mirada y aquel hombre. Maggie miró al techo del taxi. Un fin de semana junto a su irresistible compañero de piso sonaba como una dulce tortura. Le había dicho que no quería pasión, pero Nick tenía la habilidad de calentar cada centímetro de su cuerpo con una sola mirada o un leve roce.

Por no hablar del constante recuerdo de aquel beso glorioso, como un susurro que la tentaba con lo que no podía tener, con lo que no podía soñar siquiera. Y, a pesar de todo, no le quedaba más remedio que pasar todo el fin de semana a su lado. Esperaba que las habitaciones que había reservado su abuela estuvieran bien lejos. Esperaba, pensó incluso, que estuvieran en plantas distintas.

Justo entonces, Nick se giró y le lanzó una de sus encantadoras sonrisas.

—Hemos quedado con la pareja feliz a medianoche, en la piscina —dijo mientras el taxista se detenía frente al hotel.

—No entiendo por qué no me ha contado a mí nada y a ti todo —murmuró Maggie en alusión a su abuela.

—Dijo que habrías intentado convencerla para que no se precipitara.

—Yo no habría… —Maggie dejó la frase a medias. ¿Seguro que no le habría dicho que se lo pensara mejor? Suspiró y se dejó caer sobre el respaldo—. De acuerdo, puede que lo hubiera hecho. Pero, venga, dime al menos con quién se casa —añadió, aunque ya se hacía una idea.

—Bueno, toda vez que ya estás aquí, supongo que puedo darte algunas pistas. Se llama «Ted no sé qué».

El hombre que había hecho que su abuela se ruborizara aquel día en la piscina. Maggie sintió que el corazón se le hinchaba de felicidad y sus labios dibujaron una sonrisa mientras el botones le abría la puerta y salía al porche del hotel. La brisa caliente del exterior pugnaba con el aire acondicionado que salía del vestíbulo, creando un ambiente extraño, exótico, seco como para despojarse de toda la ropa y andar desnuda. Aunque quizá era el cambio de ciudad lo que la afectaba.

O Nick, pensó cuando éste rodeó el taxi con aquella planta arrebatadora, vestido con unos vaqueros desgastados y una camisa azul claro.

—¿Estás lista?

Una vez más, Maggie se preguntó por qué estaba allí Nick en realidad. No podía ser porque su abuela se lo había pedido nada más. Tal vez pensara que estar dos noches en Las Vegas le evitaría quedar durante el fin de semana con su posible alma gemela en Santa Flora. O que quizá se harían amigos y se olvidaría del

acuerdo, o…

Se giró y lo sorprendió observándola con una sonrisa enigmática como una esfinge.

Maggie alzó la barbilla y entró en el vestíbulo. No podía caer en sus trampas. No podía olvidar su objetivo. Tenía que resistir. Ser fría como el hielo. Así que, salvo que Nick tuviera una antorcha…

—¡Guau! —Maggie frenó en seco y trató de abarcar todo el interior de un solo golpe de vista. Sus suelos de mármol inacabable, las plantas que bordeaban toda la sala, los enormes murales que decoraban las paredes, los techos altos como el cielo, relucientes con formas geométricas—. ¡Qué preciosidad!

—¿Lo dices por ti?

—¿Perdón? —Maggie lo fulminó con la mirada.

—Digo que es un sitio precioso, sí. —Nick sonrió y la instó a que lo siguiera con un gesto de la mano—. Vamos a registrarnos. Ya casi es medianoche.

—De acuerdo. —Maggie no se fijó en que el diseño románico de la mesa de recepción porque estaba leyendo un letrero en el que se informaba sobre la galería de arte, los veinte restaurantes y el centro comercial del hotel.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Tengo una reserva a nombre de Maggie Conner —contestó ésta al recepcionista.

El hombre sonrió y tecleó el nombre en el ordenador. Cuando levantó la cabeza de nuevo, la sonrisa había desaparecido.

—No me sale ninguna «Maggie Conner».

—Maggie —susurró Nick al lado de ésta.

—Ahora no, Nick. —Maggie frunció el ceño—. Pruebe con «Margaret», por favor.

El recepcionista volvió a teclear su nombre.

—No, lo siento —se disculpó—. Tampoco hay ninguna «Margaret Conner».

—Intente con «Nick Kaplan» —terció éste.

—¿De verdad crees —arrancó Maggie, molesta— que la habitación no está a mi nombre y sí va a estar al…?

—Sí, «Nick Kaplan», en efecto —dijo el recepcionista, de nuevo sonriente—. *Suite* 1710. Señor Kaplan, la *suite* incluye cama de matrimonio gigante y el cuarto de baño dispone de ducha y bañera

con masaje. En el precio también entran los albornoces y las zapatillas a juego.

—¿Así que tú tienes una *suite* con bañera con masaje y albornoz y yo no existo? —le preguntó Maggie a Nick tras detenerse un segundo en el recepcionista.

Nick se recostó sobre la mesa y le lanzó una mirada pecaminosa.

—Podemos compartir la habitación.

Maggie trató de sofocar el calor que anegó su vientre y bajaba hacia el vértice de sus piernas.

—No digas tonterías.

El recepcionista carraspeó y les extendió sendas tarjetas de plástico para abrir la habitación.

—La *suite* está reservada para dos personas, señorita.

—Imposible —replicó Maggie—. No estamos casados.

El hombre enarcó una ceja y Maggie notó que se ponía colorada al tomar conciencia de lo remilgada que había sonado. No hacía falta estar casados para que un hombre y una mujer compartieran una habitación de hotel.

Había sido otra jugarreta de Kitty, pensó apretando los dientes. Toda la vida haciendo de casamentera. Pero ella no era una de sus clientas, por mucho que su abuela quisiera que tuviese una relación romántica.

—Me alojaré en otra habitación, sencilla.

—Sólo quedan *suites* —advirtió el recepcionista.

—De acuerdo. —Maggie sacó el monedero—. Una *suite* entonces.

—Muy bien. La más barata cuesta quinientos dólares la noche.

A Nick le entró la risa, pero lo disimuló, limitándose a resoplar por la nariz. Maggie devolvió el monedero al bolso.

Nick miró hacia atrás y ella siguió la dirección de sus ojos. Aunque había muchos recepcionistas atendiendo, era viernes por la noche y empezaba a formarse una cola larga a sus espaldas.

—¿Cuál es el problema, Maggie? —susurró él.

El recepcionista permanecía atento al ordenador, para dejar que se decidieran sin inmiscuirse. De hecho, parecía tan poco interesado en la conversación que en cualquier momento podría haberse puesto a silbar.

—¿Que cuál es el problema? —Maggie se dio cuenta de que había hablado demasiado alto y respiró profundo para serenarse—.

Una cosa es compartir casa y otra muy distinta compartir habitación.

—¿Te da miedo no ser capaz de controlarte? —la provocó Nick, sonriente.

—Yo me controlo perfectamente —contestó ella alzando la barbilla.

—Entonces igual que yo. —Nick le lanzó una mirada presumida —. No va a pasar nada, señorita Conner. Seré todo un caballero. A no ser…

—A no ser, ¿qué?

—Que me pidas que no me comporte como tal —finalizó él, acercando la boca a la de Maggie.

La cercanía de su aliento la hizo temblar.

—Tranquilo —respondió Maggie, tratando de mostrar un aire imperturbable—. Como tú bien dices, no va a pasar nada.

—Entonces. —Nick dio un paso atrás para poder mirarla a los ojos—, si los dos estamos de acuerdo, ¿cuál es el problema?

Exacto. ¿Cuál era el problema?, se preguntó Maggie. Podía contenerse, resistir la atracción que sentía hacia Nick y centrarse en el motivo que la había llevado allí. Hablando de lo cual…

—¿Mi abuela te había dicho que había planeado esto?

—Tu abuela es una gran mujer y se va a casar mañana por la noche. Sólo quiere que estemos en el hotel donde se va a celebrar la ceremonia. —Nick la miró con seriedad—. Mira, Maggie, yo también tenía una abuela encantadora, como la tuya. Dejemos que este fin de semana sea como ella quiera.

Se mordió el labio inferior. Sabía que Nick tenía razón. Lo único que importaba era la felicidad de su abuela. Y si Kitty quería creer que la estaba ayudando a iniciar una relación romántica, le permitiría que siguiera creyéndoselo… al menos durante ese fin de semana. Ya no eran adolescentes. Tanto ella como Nick podrían controlarse.

—Compartiremos la *suite* —sentenció Maggie por fin, dedicándole una sonrisa trémula al recepcionista.

—¿Habías sido padrino antes?

—Es la primera vez, Kitty. —Nick sonrió a la anciana que lo acompañaba en el ascensor rumbo a sus respectivas habitaciones.

Eran cerca de la una y media de la mañana. Tras reunirse con

los prometidos, habían tomado un aperitivo antes de despedirse mientras comentaban los planes para la boda. Ted no tenía hijos y, debido a lo repentino que había sido todo, le había pedido a Nick que fuera su padrino. Había aceptado de buena gana, pero no había podido evitar preguntarse si su propio padre se lo propondría si alguna vez volvía a casarse. Lo disgustaba reconocerlo, pero la idea de ver a su padre con una buena mujer, de verlo feliz, le hacía ilusión, desde hacía unos días sobre todo.

—Tú espera y verás —iba diciendo Kitty—. Tú y tus amigos caeréis todos a la vez. De pronto te encontrarás en una tienda alquilando un frac para la boda —añadió justo antes de guiñarle un ojo a Maggie.

—Nick no tiene intención de que lo atrape nadie —contestó ésta —. ¿Verdad que no, Nick?

—Bueno, digamos que la cazadora tendría que ser espectacularmente buena.

—Como mi Kitty —dijo Ted tras soltar una risotada.

—Hazme caso, Nick —continuó Kitty, radiante—. Ve mirando tiendas de fracs. Nunca se sabe cuándo vas a necesitar uno.

Nick vio que Maggie subía los ojos hacia el techo del ascensor, desesperada, y sonrió. No tuvo fuerzas para decirles a Ted y a Kitty que él no creía en el matrimonio. Eran dos de las personas más agradables que jamás había conocido. Se alegraba de estar allí, aunque lo preocupaba un poco el interés de Kitty por que compartiera habitación con Maggie.

Un fin de semana entero. Champán, brisas cálidas y una sola cama. ¿Caerían los muros de contención de Maggie? Y lo que era más importante: ¿quería él que cayesen? Sí, por supuesto que quería. Pero también sabía qué podía ofrecer y qué no podía ofrecer a una mujer. Y estaba convencido de que no estaba en condiciones de darle a Maggie lo que ésta debía de esperar de una relación, aunque llegara a flaquear y caer en sus brazos.

—Nuestra planta —anunció Kitty cuando sonó el timbre del ascensor—. Vamos, cielo. Y, vosotros, pasad buena noche. Nos vemos por la mañana —añadió mientras salía del brazo de Ted.

Una vez a solas, Maggie se giró hacia Nick y sonrió.

—Gracias por venir, Nick. Aunque al principio tenía ganas de cantarle las cuarenta por la tontería esta de hacernos compartir

habitación, se la ve contentísima por que estemos aquí… y por verme con…

—¿Con un hombre? —Finalizó él.

—Pensarás que soy una monja tal y como se comporta conmigo. —Maggie acarició el guardapelo del collar y, una vez más, Nick se preguntó el verdadero valor sentimental que aquella joya tendría para ella.

—Bueno, tú misma has dicho que no sales con hombres.

—Pero eso es ahora. Antes tuve bastantes citas. Y seguro que tendré muchas más cuando mi negocio haya arrancado.

Nick sintió una presión en el pecho justo al tiempo que el ascensor se paraba en su planta. Por alguna razón tan extraña como irritante, no le gustaba imaginársela junto a otro hombre. ¿Dónde iba a encontrar a nadie adecuado para ella? Por suerte, pensó, no sería tarea sencilla que apareciese un santo así.

—Tu abuela y Ted parecen realmente felices —comentó mientras avanzaban por el pasillo.

—¿Verdad que sí? —Maggie sonrió—. Me gusta Ted. ¿A ti te cae bien?

Nick pasó por una ranura la tarjeta electrónica que el recepcionista le había dado.

—Es un buen hombre —respondió mientras se abría la puerta—. He quedado con él mañana para ver qué frac se pone, así que aprovecharé para interrogarlo —bromeó.

—Si descubres algo malo, no dejes de avisarme —le siguió el juego.

—Si tiene otra esposa o un harén encerrado en el sótano de su casa, serás la primera en saberlo —le prometió mientras le empujaba la puerta para dejarla pasar.

Se reían los dos mientras entraban, pero una vez dentro la risa se les cortó en seco. Se quedaron parados, el uno al lado del otro, en el recibidor de mármol, mirando tan lujosa *suite*. Nick no estaba tan impresionado por la suntuosidad como por la atmósfera sensual que allí reinaba. Colores vivos y tejidos suaves y elegantes. Velas, jarrones con rosas, champán en hielo picado, fresas untadas en chocolate.

Esa Kitty era una mujer especial.

Nick siguió a Maggie escaleras abajo, ingresó en el salón e

intentó mirarlo todo con ojos de contratista en vez de como amante. La disposición era perfecta: un salón independiente con un sofá, una mesa, dos asientos mullidos y una terraza mirando a una fuente y un lago artificial.

Dejó a Maggie en el salón y avanzó hasta el dormitorio. Justo en el medio se extendía una enorme cama de matrimonio. La luz de la luna se filtraba por una segunda terraza proyectando sombras en forma de nube en el interior. Tal como les habían anunciado, el cuarto de baño era un capricho para amantes, con suaves toallas rojas, una bañera de mármol y una ducha con mampara para dos.

Se obligó a no imaginarse a Maggie envuelta en una de aquellas pequeñas toallas rojas, cerró la puerta del cuarto de baño y regresó junto a ella. Estaba de pie en medio del salón, mirando la decoración del techo, con pinturas de querubines desnudos retozando por jardines místicos.

—Duermo yo en el salón —dijo él.

—¿Estás seguro? —Maggie lo miró a la cara.

No, no estaba seguro en absoluto.

—¿Es una invitación?

Maggie dudó durante diez segundos que duraron como una hora.

—No —contestó por fin con un hilo de voz—. Me refería a que puedo ser yo la que duerma aquí y tú ocupar el dormitorio. No me hace falta una cama de matrimonio. Necesito poco espacio. Habría sitio para los dos. Pero si tú…

—Maggie, te estás haciendo un lío. —Nick rió.

Y ella también. Luego, retrocedió un paso para dejarse caer sobre uno de los mullidos asientos de cuero. El tacón se le atascó en el borde de la tupida alfombra leonada y perdió el equilibrio.

Nick reaccionó a tiempo de sujetarla. Así, firme entre sus brazos, la miró a los ojos para ver si estaba bien. La notó avergonzada, pero nada más.

—¿Estás bien? —Quiso cerciorarse.

Maggie lo miró con sus azules ojos derretidos y asintió con un movimiento de cabeza apenas perceptible.

Nick supo que era el momento de soltarla. Pero no se movió. Estaba demasiado a gusto con Maggie entre sus brazos, embriagado por su fragancia a flores.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, Maggie deslizó la lengua sobre su labio inferior.

—Esto no es justo —gruñó Nick, como si estuvieran sometiéndolo a una tortura. La soltó. Las cosas no iban bien. Necesitaba salir de ahí, alejarse un rato de ella. Su mera cercanía estaba aturdiendo su cabeza y martirizando su cuerpo—. Me bajo al casino.

Maggie se limitó a asentir de nuevo con la cabeza, totalmente ruborizada.

—Intentaré no despertarte cuando vuelva —añadió Nick.

«E intentaré no sucumbir a la tentación de meterme en la cama contigo», pensó mientras se daba la vuelta y abría la puerta de la *suite*.

Casarse en Las Vegas era muy normal. Pero seguro que no sería tan normal encontrar mujeres como su abuela, se dijo Maggie. Cuando al día siguiente terminó de desayunar, Kitty había invitado a casi todo el hotel, personal incluido, a la ceremonia que se celebraría esa tarde junto a la piscina. Corría el rumor de que Ted había pagado un dineral para que la boda se celebrara en aquel hotel, pero si a éste lo preocupaba el dinero, lo disimulaba de maravilla. También habían contratado una orquesta y a los mejores cocineros y reposteros del hotel. Se habían comprado un traje y un vestido exquisitos y habían insistido en que Maggie y Nick también fueran debidamente engalanados. De modo que, a las diez y media, Ted se había llevado a Nick y Kitty había metido a Maggie en una de las *boutiques* del hotel, donde estaba intentando convencer a su nieta de que un modelo rojo que le dejaba los hombros totalmente descubiertos era la elección perfecta para la dama de honor.

—¿Te estoy dando mucho la tabarra? —preguntó Maggie en una tregua, cuando el tira y afloja duraba ya más de veinte minutos.

—Sí.

—Pero la novia eres tú. Deberías ser tú la que destaque. Si voy de rojo…

—Estarás preciosa. Y yo quiero que estés preciosa. —Kitty miró el guardapelo de Maggie—. ¿Nunca te cansas de ser la nieta perfecta?

—¿A qué te refieres?

—¿No has tenido ganas de cortar con todo alguna vez? De

liberarte. Soltarte un poco la melena. —Kitty sonrió—. Te lo recomiendo de todo corazón.

—Abuela, por favor. —Maggie frunció el ceño—, no me digas que estás intentando que me vuelva una chica mala.

—Sólo por este fin de semana, cariño. Luego, si no te gusta, puedes volver a la seguridad de seguir siendo buena.

Era la segunda vez en dos días que calificaban su vida de «segura». Su abuela una, y otra el hombre al que había querido arrojarse cuando había regresado a la *suite* que compartían la noche anterior.

—¿Qué tiene de malo ser práctica y responsable?

—Nada, salvo que tu objetivo se convierta en conseguir que los demás disfruten y tú no te diviertas nunca. Te mereces pasar un par de días y noches de fiesta alocada. —Kitty le dio un beso en la mejilla a Maggie y le entregó el vestido rojo—. Tengo que ir corriendo al salón. Tú decides qué te pones… y lo de las noches alocadas —añadió guiñándole un ojo.

Parada frente a un espejo tamaño natural, Maggie observó a su abuela alejarse. No quería ser una mujer precavida y aburrida. Ella no era aburrida. Lo creyeran o no, sí que tenías ganas de vivir la vida.

Dos mujeres de su edad salieron de un probador con un vestido tan alegre, ajustado y atrevido como el que ella tenía en las manos. Dieron una vuelta frente al espejo con los ojos iluminados de emoción.

La mera idea de impresionar a Nick con un vestido *sexy*, un peinado fabuloso y una actitud totalmente desenfada hacían alzar el vuelo de las fantasías que tantos años llevaban esperando en su interior.

Quizá hasta volviera a besarla, pensó. ¿Qué había de malo en disfrutar de un par de besos? Maggie Conner: una chica mala y liberada. Sonrió ante tal perspectiva y le hizo una señal a la dependienta para indicarle que ya había resuelto qué vestido comprar.

Esa noche pertenecería a la mujer a la que Maggie estaba decidida a liberar. Aunque, en el fondo del todo, sabía que después del domingo tendría que volver a su vida segura y protegida en Santa Flora.

Maggie había regresado a la *suite* cerca de las cinco y media. Se había encontrado una nota de Nick, en la que la informaba de que había salido a entretener al novio, nervioso como un flan, y le decía que se reuniría con ella en la piscina a las siete.

Ya casi se había cumplido esa hora, pensó Maggie tras consultar la hora. Eran las siete menos cinco. Tras dar el visto bueno al maquillaje y ponerse el vestido, se miró una última vez al espejo y dejó escapar una sonrisilla nerviosa.

De pronto comprendió la emoción de las mujeres a las que había visto salir del probador.

Salvo por el guardapelo, Maggie estaba transformada. El escotado vestido rojo terminaba justo bajo las rodillas y realzaba cada una de sus curvas. Las zapatillas de tiras a juego dejaban ver sus bonitos pies, cuyas uñas había pintado, elevados sobre sendos tacones de al menos diez centímetros, haciendo que sus piernas pareciesen kilométricas.

Estaba deseando ver la reacción de Nick, pensó mientras salía de la *suite* hacia la piscina. Abajo, el marco de la zona de recepción de la boda era una verdadera preciosidad, estatua de hielo incluida, advirtió complacida Maggie. Habían llegado los primeros invitados, reunidos mientras charlaban. Se preguntó quiénes serían, si la mitad de ellos siquiera conocerían a Kitty o a Ted.

Se giró hacia las escaleras buscando con la mirada al novio y a la novia. Pero no los encontró. Lo que vio le hizo contener la respiración y le hizo un nudo en la garganta. Sin duda, los hombres ganaban mucho con frac. Pero ninguno, ninguno, estaba tan irresistible como Nick Kaplan. Llevaba una mano dentro del bolsillo, allí arriba de las escaleras, y bastaba mirarlo para casi caerse de espaldas de la impresión. Sus ojos brillaban con una chispa demoniaca. ¿En qué momento se le había ocurrido pensar que aquel hombre no era elegante?

Miró a su alrededor. La situación era peor que en el centro comercial de Santa Flora. En la ceremonia había muchas más mujeres, y todas lo miraban mientras Nick bajaba las escaleras con una sonrisa confiada en los labios.

Entonces la vio.

Primero deslizó los ojos sobre ella despacio, desde las rojas uñas de los pies hasta el pintalabios rojo. Cuando por fin llegó a los ojos

de Maggie, la sonrisa se había borrado de su cara. Avanzó hacia ella con un paso algo primitivo y un centelleo posesivo en la mirada. La observaba con tal intensidad que Maggie se sintió como una ardilla indefensa ante un depredador.

—Maggie Conner —dijo Nick cuando llegó a la altura de ella—, si pretendías arreglarte para que los hombres se fueran arrodillando a tu paso, dando aullidos a la luna y suplicándote un beso… lo has conseguido —finalizó sonriente tras una breve pausa.

Maggie estalló en una sonrisa inabarcable y sintió de pronto como si estuviera caminando sobre una nube.

—Gracias.

De cerca estaba aún más guapo si cabía. Hombros anchos, apenas la sombra de un inicio de vello en las mejillas.

Tranquilízate, le pidió a su corazón mientras miraba hacia el bar. Dos camareras clavaban los ojos en Nick tratando de captar su atención. Como se les ocurriera intentar siquiera… Dejó el pensamiento a medias. ¿No se suponía que le estaba buscando pareja?, ¿a la mujer de sus sueños?

Echó a un lado todos sus planes de encontrar un alma gemela para aquel hombre despampanante. Se negaba a encontrarle a nadie. Al menos no esa noche.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó Nick cuando un camarero se acercó con una bandeja de plata llena de copas de champán.

El champán era un pasaporte veloz a la Ciudad de la Desinhibición. Maggie había oído a más de una persona que aquella poción burbujeante te aflojaba las rodillas y extremaba las sensaciones. Bueno, pues ahí estaba. Había llegado la hora de la decisión. ¿Quería comprar un pasaje o prefería quedarse en la esquina entre Seguridad y Aburrimiento toda la vida?

Tomó una copa de la bandeja y se disponía a dar un primer sorbo cuando Nick la detuvo.

—No hemos brindado —dijo éste, mirándola con ojos oscuros de deseo—. Porque Kitty y Ted pasen una noche mágica.

Maggie sonrió, hizo chocar su copa con la de Nick y añadió:

—Por una noche mágica para todos.

Capítulo 6

Era una mujer distinta, pensó Nick mientras miraba a Maggie charlar con su recién estrenado abuelo. Las velas de la mesa iluminaban su rostro y, de tanto en cuanto, se llevaba a los labios la copa de champán. Estaban demasiado separados para oír de qué hablaban, pero cada pocos minutos rompía a reír con una carcajada deliciosa que llenaba de calor la brisa de la noche. Se la veía relajada, disfrutando bajo la radiante tienda de campaña bajo la que se habían reunido los novios, Maggie, Nick y alrededor de treinta y seis desconocidos que se estaban haciendo amigos a gran velocidad.

Estaba indescriptiblemente bella con aquel vestido rojo y los tacones. Hasta entonces había fantaseado con las prendas interiores con que la imaginaba bajo los pantalones ajustados y las blusas abrochadas hasta arriba; pero esa noche su sensualidad se ofrecía desnuda para quien quisiera verla y admirarla.

Y querían.

Hombres de entre dieciocho a ochenta años la seguían con los ojos allá donde fuera. Maggie no parecía advertirlo. Había estado atenta a los preparativos de última hora y al ramo de flores de su abuela.

La ceremonia en sí había transcurrido con normalidad. Y aunque Nick no creía en el matrimonio, estaba contagiado por la alegría de los novios. Bajo los ojos crepusculares de una puesta de sol rojiza, Kitty y Ted se habían jurado su mutuo amor y se habían dado un beso apasionado antes incluso de que los declararan marido y mujer. Todo había ido bien hasta ese momento. Pero Maggie lo

había mirado durante ese beso, con los ojos cristalinos de lágrimas no derramadas, y algo había cambiado en su interior. No sabía por qué, ni siquiera estaba seguro de querer saberlo, pero esa mirada se le había clavado en el corazón como la mordedura de una víbora. Y lo había dejado mudo desde entonces.

Durante los brindis, la cena, incluso mientras servían el postre, había permanecido retraído. Lo que no había sido tarea sencilla. Había querido hablar con ella, mirarla a los ojos y decirle exactamente lo que pensaba de aquel vestido. Con demasiada frecuencia, Maggie se giraba para mirarlo mientras la brisa se colaba en la tienda y le levantaba las puntas de algún mechón negro de cabello. Sus ojos resplandecían como la copa que sostenía en la mano. Luego, adquirían un color oscuro y seductor, elevaba la copa y se humedecía los labios con champán.

Oyó una risa a su lado y encontró a Kitty acomodándose sobre un asiento libre pegado a él.

—¿Estás mirando a mi nieta?

—Admirándola.

—Ya —dijo Kitty como si ella sí comprendiera perfectamente lo que estaba pasando por la cabeza y el corazón de Nick—. ¿Verdad que es bonita? Algún día será una novia preciosa.

El pecho se le encogió y se giró para mirar a Maggie. Se la imaginó vestida de blanco y sintió que la sangre se le revolvía. ¿Por qué todas las madres, abuelas y mujeres querían casarse?

—No estoy hablando de ti —continuó Kitty tras estudiar el silencio en que Nick se había sumido—. Tenía la esperanza de que surgiera la chispa si compartíais piso, pero me doy cuenta de lo distintos que sois. A Maggie le gustan las relaciones estables y tú no quieres sacrificar tu libertad con ningún compromiso.

Exacto. Nick apuró la copa de champán, satisfecho de haber aclarado la cuestión. Entonces se paró un segundo y volvió a mirar a Kitty:

—¿Y nos has reservado habitación juntos para…?

—Pura diversión. Para que lo paséis bien. Los dos —respondió ella—. Pero siempre estoy pendiente del futuro de Maggie. Al acecho de su hombre perfecto.

—Espero que esté por ahí fuera.

—Seguro que sí —contestó Kitty convencida—. Quizá puedas

ayudarme a encontrarlo.

—¿Cómo? —Nick notó una tenaza oprimiéndole el corazón.

—Digo yo que en tu trabajo conocerás a muchos hombres que merezcan la pena. —Kitty sonrió—. Maggie te busca pareja a ti. Tú podrías ser la suya.

—No lo creo.

—Bueno, sólo era una idea. —Kitty se encogió de hombros con indiferencia.

La idea de que otro hombre la besara o la tocara lo enfureció tanto que tuvo ganas de dar un puñetazo sobre la mesa.

Quería poner fin a aquella conversación y a cualquier pensamiento sobre Maggie junto a otros hombres.

A la derecha de la piscina, la orquesta había terminado de colocarse. Se presentaron brevemente y empezaron a interpretar una sinfonía ligera.

—Hora de bailar —dijo sonriente Kitty—. La llave secreta hacia la seducción.

Nick asintió con la cabeza y en seguida descubrió lo acertada que estaba, pues, uno tras otro, todos los hombres se giraron hacia Maggie, clavándole los ojos como si fuese una botella de Merlot que estuvieran deseando descorchar.

—Parece que no voy a necesitar mucha ayuda, después de todo —comentó Kitty, que también había advertido cómo miraban a Maggie los invitados.

Nick notó que se le tensaba el cuerpo entero. La historia de las citas seguiría cuando regresaran a Santa Flora. Entonces podría encontrar al hombre que quisiera. La semana siguiente, o como si era dentro de un año. Le daba igual. Pero esa noche era para él.

Se levantó, recorrió la distancia que los separaba y tendió una mano hacia Maggie:

—¿Bailas conmigo? —le preguntó con tono posesivo.

Maggie sintió que el corazón le daba un vuelco al encontrarse con la mirada esmeralda de Nick. Ahí estaba el cruce: si quería seguir adelante con su decisión de liberarse de todas sus inhibiciones, tendría que sucumbir a lo que tanto anhelaba.

—Encantada —contestó sonriente mientras posaba su fría mano sobre la cálida mano de él.

Avanzaron juntos hacia la pista de baile, más allá de la piscina,

cuyo azul vidrioso reflejaba las luces de la noche. Las parejas iban reuniéndose sobre la pista, bordeada de flores adornadas con luces colgantes intermitentes. Maggie aspiró la rica fragancia de las flores mientras Nick la conducía al centro y la tomaba entre sus brazos. Daba gusto sentirse abrazada. Que la abrazara él.

—Tengo que decirte una cosa —susurró Maggie mientras se deslizaban al compás de la música.

Nick elevó una ceja al tiempo que reforzaba la presión sobre la cintura de ella.

—La confesión es buena para el espíritu. O eso dicen.

—Eso dicen, sí. Bueno, pues allá va. —Maggie esbozó una sonrisa tímida—. Es usted un padrino deslumbrante, señor Kaplan.

—Se trata de una confesión ciertamente escandalosa. —Nick sonrió. De pronto, la soltó, le hizo dar un giro completo y volvió a sujetarla—. Pero yo tengo una más grave aún: es usted la dama de honor más guapa que he visto en mi vida, señorita Conner.

Maggie rió por el tono juguetón de la frase, pero rechazó el piropo.

—«Guapa» no. «Aparente» puede, pero no «guapa».

Nick se acercó a su mejilla y le susurró al oído.

—Te digo yo que eres guapa.

Por un instante, se quedó sin respiración. Incapaz de pensar. Su torso estaba pegado a sus pechos, su abdomen a su vientre. Y aquella fragancia penetrante, tan venenosamente masculina. Bajó la vista, pero logró recuperar la voz:

—Olvidaba que eres un maestro de la seducción.

—Yo nunca he dicho eso. —Nick le puso un dedo bajo la barbilla y la subió para que lo mirara—. Sólo dije que sabía besar.

—¿También sabes besar mientras bailas? —se oyó susurrar de repente, sin duda debido a los efectos relajantes del champán.

—¿Quieres averiguarlo? —preguntó Nick enarcando una ceja, con un tono ronco y seductor, repleto de promesas.

Sintió las mejillas encendidas y supo que la antigua Maggie, la Maggie de aquella misma mañana, habría rehusado la invitación, tal vez habría fingido no saber a qué se refería. Pero entonces no cumpliría con la promesa que se había hecho. Y la iba a cumplir a rajatabla por muy rara… o muy bien que la hiciera sentirse.

—No te lo habría preguntado si no quisiera, Nick —contestó por

fin, humedeciéndose el labio inferior con la lengua.

Los ojos del chico malo se oscurecieron y una ráfaga de viento seco llevó a sus oídos el acorde profundo de un saxo.

—No vuelvas a decir así mi nombre —le advirtió— o te besaré aquí mismo, bailando delante de todos. No más juegos.

Maggie batió los párpados y lanzó otra carta.

—No estoy jugando… Nick.

Apenas tuvo tiempo de terminar de pronunciar el nombre antes de que le cubriera la boca con la suya. Fue un beso violento, rápido y lleno de pasión, como un relámpago. Se retiró con la misma brusquedad con que había tomado sus labios.

—No puedo respirar —dijo Maggie, apoyándose sobre él. Pero la falta de aliento no se debía sólo al deseo. Su primer beso, la noche en que se había mudado a su casa, había sido como un golpe lejano a una puerta cerrada; pero aquel de entonces la había hecho despertar de un sueño muy largo e insatisfecho. Y, por primera vez en la vida, comprendía lo que se había estado perdiendo. Lo que había permitido que se les escapara.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Nick con voz ronca justo cuando la orquesta finalizaba el tema con un virtuosismo en la percusión—. ¿Por qué me has retado? Te advertí…

Maggie asintió y se obligó a mantener la misma actitud desenfadada. Se negaba a confesarle que quería… quería la sedujera.

—Estaba haciendo un experimento. Quería asegurarme de que eres capaz de hacer dos cosas a la vez.

—¿Necesitas más demostraciones de ese estilo? —contestó él, irritado.

—¿Qué pasa? —preguntó Maggie con el ceño fruncido.

—Nada —respondió al tiempo que se giraba y la sacaba de la pista.

—¿No bailamos más? —preguntó ella, arrastrando los pies mientras lo seguía a la cabecera de la mesa. No podía acabar tan rápido. Quería más. Era como estar muriéndose de sed y que Nick le cerrase la bodega entera—. Venga, Nick, sólo otro baile —insistió esperanzada.

—¿No crees que deberías reservarte un poco para todos los demás tíos que quieren bailar contigo?

¿A qué se debía aquella reacción?, se preguntó Maggie. Nick se giró hacia el bar y ella siguió su mirada. Tres hombres la observaban con ojos apreciativos.

—Quién sabe, Maggie —continuó cortante a la vez que agarraba de la mesa una copa de champán—, puede que alguno de esos hombres sea tu alma gemela. Puede que alguno de ellos se trague el rollo ese que vendes. Yo en tu lugar lo consideraría —finalizó con agria formalidad.

—¿De veras? —replicó Maggie, tensos sus labios en una línea recta—. Pues se acabó. Me voy a la cama —exclamó enojada.

Maggie no necesitó conjeturar por qué se había comportado Nick como un idiota, empujándola a bailar con otros hombres. El falso descaro con el que llevaba actuando toda la noche la había hecho ponerse en ridículo. Nick no podía haberle dicho más claro que no estaba interesado en lo que ella le había ofrecido con absoluta desvergüenza.

Más valía que el menú del servicio de habitaciones incluyera una carta de helados, pensó mientras se daba media vuelta. Luego, tras dar las buenas noches a Ted y a su abuela, se encaminó hacia el ascensor.

Nick la miró alejarse y contuvo una palabrota. Mujeres. No tenían ni idea de lo que querían. Tan pronto actuaban con frialdad como con coquetería. Había vuelto a incitarlo para que la besara y su cuerpo había activado la sirena de alarma como si estuviera inmerso en un incendio. Quizá estuviera atravesando una especie de crisis de los treinta. Eso explicaría aquellos extraños… sentimientos que no lograba quitarse de encima desde hacía una semana. No era lujuria: conocía de sobra en qué consistía. Quizá sólo fuese cierta irritación o puro enojo. Desde luego que eso sí que lo sentía.

Lo que de verdad necesitaba, pensó mientras se ponía de pie, era abandonar aquel mundo de felicidad matrimonial. Estaba empezando a ofuscarlo. Podía acercarse al casino o ir al bar directamente, como la noche anterior. Lo que fuera con tal de salir de allí. Le dio un beso en la mejilla a Kitty, estrechó la mano de Ted y se dirigió al vestíbulo.

Pero no fue al bar ni a las mesas de juegos. Sino que siguió la estela de una fragancia cálida y ponzoñosa. Como un idiota, fue detrás de Maggie.

—Espera un momento —le dijo cuando le dio alcance en el ascensor.

—¿Qué haces aquí? —Maggie pulsó el botón a pesar de que ya estaba iluminado.

—Te estaba buscando.

—¿Por qué?

Las puertas del ascensor se abrieron y Nick exhaló un suspiro profundo.

—No lo sé —contestó. Maggie no dijo nada. Se limitó a montarse en el ascensor y él la siguió—. Maldita sea, Maggie, no quería que te fueras de la fiesta —añadió, agarrándole una mano para girarla hacia él.

Maggie se soltó y apretó el botón de la planta decimoséptima.

—Ya, querías que bailara con otros hombres —respondió. Las puertas se cerraron y se quedaron a solas—. ¿No te habría bastado con decirme que no estabas interesado en…?

—Maldita sea —repitió Nick. Luego, se apoderó de Maggie, la besó con fuerza y la presionó contra la pared del ascensor—. Es que sí me interesas. Ése es el problema.

Con la respiración contenida, lo miró sorprendida y estudió sus ojos en busca de respuestas que él no quería darle. Pero tendría que encontrar alguna forma de averiguarlas.

—Tú te mereces a un hombre que crea en el amor. Alguien que quiera lo que tú, que piense como tú —continuó Nick. Se acercó a ella y deslizó el pulgar sobre los labios de Maggie suavemente—. Me has dejado sin capacidad de reacción en la pista de baile. Ese beso, ese increíble beso… no sé cómo me contengo y no vuelvo a hacerlo. Tú eres la experta, Maggie. Dime qué puedo hacer para no desearte tanto.

—Nick —susurró por fin Maggie, envolviéndole la nuca con las manos—, yo no soy experta. Ni siquiera sé cómo dejar de desearte.

Incapaz de reprimirse, Nick volvió a cubrir su boca y la besó a fondo.

—¿Por qué sabes tan deliciosamente?

Maggie respondió inclinando el cuello, enlazando su lengua con la de él. Pura lujuria. Nick sintió una presión ardiente en las ingles, un deseo que invadió hasta el último de sus rincones. Sabía a champán. Tan dulce… Quería paladear cada centímetro de su

cuerpo. Aunque la cabeza le recomendaba que frenara, había cedido todo el control a los impulsos. Bajó las manos de la espalda de Maggie a sus pantorrillas y empezó a subirle la falda.

—Nick, por favor —gimió ella.

—Enséñame qué te gusta —susurró excitado—. Enséñame cómo quieres que te toque.

Maggie le agarró las manos y se las subió pantorrillas arriba hasta dejarlas bien plantadas sobre su trasero. Volvió a gemir y echó las caderas hacia delante, petrificando la mitad inferior de Nick.

Gruñó, se apretó a ella y la presionó aún más fuerte contra la pared mientras subían a toda velocidad hacia su planta. Notó sus pezones erguirse a través del fino tejido rojo del vestido, frotando su torso. Se movía contra él con un ritmo constante que lo volvió loco y lo obligó a besarla con voracidad salvaje.

Entonces sonó el timbre y las puertas del ascensor se abrieron.

Los dos estaban sin respiración, como si acabasen de completar una maratón bajo un sol de cuarenta grados. Nick la soltó, muy despacio, pero siguió penetrándola con la mirada, a la espera de la expresión de arrepentimiento que esperaba encontrar en el rostro de Maggie. Pero los ojos de ésta sólo mostraron un deseo arrasador, pendiente de saciar todavía.

Lo deseaba con desesperación. Deseaba experimentar todo aquello con lo que sólo había soñado. Durante la mayor parte de su vida, había tenido miedo. Del amor, del deseo, de estar con un hombre que la hiciera sentirse mujer. Pero esa noche no.

Cuando Nick le había confesado que no podía dejar de desearla, el aire se había calentado, era como si se hubiese abierto una compuerta y Maggie quería explorar su interior hasta el final. Paseó las manos por el cabello de Nick y le bajó la cabeza contra la boca de nuevo. Nick dudó sólo un segundo y volvió a besarla con enternecedora ferocidad, entrando y saliendo de su boca con la lengua mientras recorría su espalda con las manos. Pensó que podría seguir así eternamente.

Las puertas del ascensor se cerraron y volvieron a abrirse.

—Es nuestra planta, Chica Montana —susurró él, labio contra labio, con tanta avidez como Maggie.

—Entonces vamos a la habitación —susurró ésta.

—Si entramos en esa habitación. —Nick la separó lo justo para mirarla a los ojos—, no podré frenarme.

—Nadie te lo ha pedido —contestó ella con el cuerpo entero en llamas.

Nick emitió un ruido ronco, la estrujó contra su pecho y la besó una vez más. Salieron del ascensor y recorrieron el pasillo tambaleándose. Maggie iba adherida a Nick, notaba los latidos del corazón contra las costillas, contra él, absorbía cada sensación. Todo era tan nuevo, aquella mezcla de inquietud y urgencia. Quería algo, pero no estaba segura de qué exactamente ni cómo conseguirlo. Pero tenía claro quién lo había despertado.

Nick.

Rodeándole la cintura con una mano y con la boca ocupada, Nick sacó la tarjeta electrónica, la introdujo como pudo en la apertura y empujó la puerta. Atravesaron el salón, directos hacia el dormitorio y llegaron a la cama en cuestión de segundos. Nick ya se había quitado la chaqueta del frac, pero Maggie quería despojarlo de la camisa también. Había pasado demasiadas noches imaginando el tacto de su piel y quería quemarse, sentir su torso ardiente bajo las palmas de la mano.

Nick respiró hondo, la apretó contra su erección y gruñó:

—Mira lo que me has hecho.

Maggie lo notó como una piedra contra el vientre. No se escandalizó, sino que se sintió orgullosa de cómo lo excitaba. Una bomba de lava explotó entre sus piernas y supo que tendría que satisfacer enseguida aquella creciente necesidad, o se volvería loca.

Ya no le bastaba con besarlo. ¿Cómo había pensado siquiera que sería suficiente?

De pronto se fijó en sus bíceps, en el pequeño símbolo tribal negro que allí llevaba tatuado. Pasó la palma por encima, estremecida. Por fin lo había visto, pensó mientras Nick le bajaba el vestido con suavidad, acariciándole la piel en el proceso.

Sólo entonces supo que no llevaba sujetador, sólo las bragas.

La devoró con los ojos una y otra vez y la tumbó sobre la cama que ambos habían soñado compartir la noche anterior. Se arrodilló encima de ella, la miró, observó sus pechos inflarse, todo su cuerpo femenino rogarle que pusiera fin a su frustración. La habitación estaba en penumbra, iluminada tan sólo por la luna, que se filtraba

por la terraza. Una brisa seca soplaba las cortinas en una danza erótica.

—Esta noche eres mía, Maggie —susurró Nick mientras deslizaba una mano sobre las bragas.

Sintió un temblor al oír aquellas palabras, le agarró las manos y las hizo caer sobre sus pechos. Nick contuvo la respiración. También Maggie. No había sido más que un roce, pero parecía haber sellado una conexión incandescente entre ambos. Luego, empezó a masajearla con las palmas, a estimularle los pezones con los pulgares, y los pensamientos quedaron relegados por las emociones. Cuando agachó la cabeza y sustituyó las manos por la boca, Maggie estuvo a punto de caerse de la cama, transportada de tanto placer.

Nick atendía a sus gemidos y le daba lo que más le gustaba, le lamió los pezones sin descanso hasta que Maggie alzó las caderas contra él. Estaba duro. Y Nick siguió provocándola.

Pero no quería más provocaciones. Quería sentir a Nick dentro con una desesperación como jamás había sentido otra en la vida. Con manos trémulas, intentó sin éxito desabrocharle el pantalón, tiró de la cremallera. Nick soltó una risotada ronca y se apartó lo justo para ponerse de pie y quitárselos.

Luego, volvió a arrodillarse sobre Maggie, la cual lo contempló en toda su potente extensión. Estaba ardiendo por dentro. Cedió al deseo y lo agarró con las manos. Nick cerró los ojos, jadeó mientras ella lo acariciaba. Después, a ciegas, Nick fue bajando la mano hasta su ombligo y descendió aún más hasta el elástico de las bragas. Maggie contuvo la respiración cuando notó sus dedos entre los pliegues húmedos de su intimidad.

—Por favor —suplicó.

—Dime qué quieres que pase —susurró él sin dejar de acariciarla—. Necesito oírte decir que quieres que esto ocurra.

—Quiero que ocurra —aseguró Maggie—. Quiero…

La abandonó un instante, fue al cuarto de baño y volvió con un paquete de preservativos. Maggie agradeció que la protegiera. Lo necesitaba ya, de inmediato, tenía que aplacar aquella necesidad tan profunda sin más demora.

A pesar de que la respiración de Nick era igual de entrecortada, éste se desprendió de las bragas de un tirón suave. Cuando la vio

por completo, tumbada boca arriba en la cama, húmeda y expectante, no perdió más tiempo. Le separó los muslos con una rodilla, se alzó sobre ella y se introdujo en su interior.

Maggie gritó.

—¿Maggie? —preguntó Nick con el ceño fruncido, con el cuerpo entero tenso mientras mantenía la posición—. ¿Nunca…?, ¿eres virgen? —Finalizó con los ojos negros de deseo.

Maggie asintió con la cabeza y dejó que aquel dolor exquisito se extendiera por todo su cuerpo mientras sus manos se aferraban a la espalda de Nick.

—Sí.

—¿Por qué no me lo habías dicho? No puedo…

—Sí que puedes. Quiero que lo hagas. Quiero ser tuya.

El dolor desapareció, y el placer permaneció multiplicado. Le rodeó la cintura con las piernas y empujó hacia abajo para sentirlo más dentro. Nick gimió, continuó paralizado. Pero Maggie estaba decidida. Subió las caderas, las movió en círculos, bajó y volvió a subir hasta que Nick no pudo resistirse más y continuó.

Empezó despacio, pero la tensión aumentó enseguida, la necesidad fue creciendo, los muslos de Maggie temblaban sin control. Algo estaba pasándole, algo tan extraño e intenso que pensó que podría morirse. O nacer. Vivir de verdad por primera vez.

Instintivamente, imprimió más ritmo a las caderas hasta dejar la cabeza como un lienzo en blanco para pintarlo entero de nuevos brillantes colores. Sin apartar los ojos de ella, Nick respondió a su petición y la invadió con fuerza, exigente, obligándola a disfrutar. Y vaya si lo estaba haciendo. Maggie gimió, le clavó las uñas en la espalda cuando sintió una oleada de fuego por el cuerpo. Volvió a disparar las caderas hacia arriba, tratando de lograr el máximo contacto posible. Y entonces Nick se echó hacia atrás, rugiendo como un hombre agonizante de dolor y placer. Colocó las manos bajo su trasero, la apretó con fuerza y arremetió una y otra vez hasta quedarse quieto, echarse a temblar, y desmoronarse finalmente junto a ella.

El sol matutino se colaba en el dormitorio por la ventana como un foco que examinara el comportamiento de Nick la noche anterior y que, al mismo tiempo, le preguntara en silencio que haría a partir

de entonces. Abrazó a Maggie contra su corazón posesivamente. Dormía dándole la espalda, ofreciéndole una vista fantástica de sus hombros y su espalda, tan suaves. Estaba dormida, el trasero pegado al abdomen de él. Dios, la deseó de nuevo, tal como la había deseado varias veces a lo largo de la noche. Pero se abstuvo, se limitó a sujetarla con fuerza mientras consideraba fascinado el precioso regalo que le había hecho.

Todavía no podía creerse que hubiera sido virgen hasta los veinticinco. Pero le encantó que así fuera y se dio cuenta de que le resultaba muy excitante. Aun a la luz del alba, lo sorprendía que algo tan simple tuviera tal efecto en él. Pero lo tenía.

De nuevo, volvió a pensar en lo que había ocurrido en el ascensor la noche anterior. No era la primera vez que había deseado a una mujer. Pero con Maggie se había sentido como un animal salvaje, insaciable, totalmente fuera de control, como si el cuerpo de ésta sólo fuera la primera capa de lo que de veras quería conquistar. Y eso lo alarmaba. Él nunca había reaccionado así con ninguna mujer. Y la receptividad de Maggie a sus caricias, el fuego insofocable que lo había anegado al besarla, habían actuado como un veneno adictivo.

Notó una nueva erección sólo de pensarlo.

Maggie se movió contra él, empeorando aún más las cosas hasta límites insoportables.

Una brisa seca soplaba a través de la ventana medio abierta. ¿Qué ocurriría a partir de ese momento?, ¿qué quería que ocurriese? ¿Seguiría Maggie insistiendo en que viese a otras mujeres con la esperanza de encontrarle su alma gemela? Él no tenía el menor interés de citarse con ninguna mujer… salvo con ella, por supuesto.

Todo un descubrimiento, sin duda inquietante. Pero era la verdad y él siempre hacía frente a la verdad, por muy inquietante que fuese.

Pero ¿de veras querría Maggie a un hombre como él?, ¿a un hombre que se ponía nervioso en cuanto se quedaba más de seis meses en un mismo sitio? ¿Un hombre que no estaba dispuesto a comprometerse?

Además, ¿no le había dicho ella misma que no tenía previsto salir con hombres mientras el negocio no funcionara y que quería

emparejarlo precisamente como reclamo para que la agencia empezara a tener éxito?

¡Dios!, ¡menudo lío!

Maggie se movió de nuevo, luego giró el cuello lentamente hacia él y sonrió. Nick sintió una garra de acero retorciéndole las entrañas al ver aquellos ojos azules adormilados. Era preciosa. Al ver su tupido cabello negro despeinado alrededor de los hombros.

—Buenos días, Chica Montana —la saludó, acariciándole el cuello con la nariz.

—Muy buenos.

Su cara irradiaba la suavidad del sol recién amanecido mientras atravesaba las colinas de Virginia Occidental.

—Anoche fue una maravilla —le susurró al oído tras estrecharla más de cerca y acariciarle los senos. Maggie suspiró, aún medio dormida—. Voto por quedarnos aquí todo el día. ¿Tú qué dices?

—Apoyo la moción. —Maggie sonrió.

—Llamaremos al servicio de habitaciones y haremos las tres comidas en la cama.

—¿La cena también?

—También —contestó Nick mientras posaba los labios sobre sus hombros—. Pero ahora tengo ganas de desayunar.

—Igual que yo, fíjate. —Maggie se frotó la espalda contra el torso de él—. ¿Qué vas a tomar?

Nick la puso boca arriba y sonrió.

—Un poco de esto —contestó justo antes de besarla con suavidad. Luego, se desplazó hacia el cuello—. Y de esto también, por supuesto —añadió para dirigirse después al ombligo, jugueteando a lamerlo hasta hacerla reír por las cosquillas.

Desde algún lugar ajeno a aquella mágica atmósfera sensual, alguien llamó e hizo sonar el teléfono.

—Te prohíbo que respondas —dijo Nick mientras subía con morosidad hacia los pechos.

—Tengo que hacerlo —repuso ella sin aliento—. ¿Y si ha protestado alguien por el ruido?

—¿Anoche?

—No, tonto. Esta mañana.

—Cariño, todavía no hemos empezado a armar ruido.

Maggie rió y, en un movimiento por sorpresa, estiró la mano y

descolgó el auricular:

—¿Diga? —preguntó. Un segundo después, su rostro se ensombreció—. Calma, abuela, tranquilízate… ¿Cuándo ha sido? Enseguida voy —añadió un instante antes de colgar.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado Nick.

Maggie salió de la cama de un salto, se rodeó el cuerpo con una sábana y acarició el guardapelo de oro con la otra.

—Acaban de llevar a Ted al hospital.

Capítulo 7

«La vida es corta. Deja que Maggie le encuentre a alguien con quien compartirla».

Maggie se echó un poco de agua en el cuarto de baño del hospital, intensamente iluminado, y luego se fijó en la pálida cara que el espejo le devolvía. Tenía los ojos hinchados, llenos de preocupación. En fin, pensó con una sonrisa agridulce mientras miraba su reflejo, todo iba como debía.

El estado de salud de Ted había hecho alarmarse a todos, de modo que era una bendición enterarse de que se pondría bien. Sufría una pequeña arritmia cardiaca y los médicos decían que si se sentía con fuerzas, podría volver a casa al día siguiente por la tarde. Se mostraban muy animosos sin dejar por ello de recordarles al paciente y a su flamante esposa que iba a necesitar dos semanas de reposo, relajación y mucho amor y atención.

Kitty había asegurado que se encargaría encantada de esa parte del tratamiento, para darle un beso a Ted en la mejilla a continuación. Había permanecido todo el rato a su lado en el hospital, animada, sin dejar de sonreír. Pero Maggie había vislumbrado la sombra de temor tras los ojos de su abuela y sabía lo que ésta significaba. Kitty no quería perder al hombre al que amaba. No quería perder a otro marido.

Maggie se secó las manos y salió del cuarto de baño. Nick estaba sentado en la sala de espera, leyendo una revista. El corazón se le expandió al verlo, y luego se contrajo al notarlo tan calmado en medio de aquella sala tan cargada de hondas emociones.

Camino del hospital, había intentado serenarla, pero Maggie no la había dejado. Antes bien, lo había apartado de su lado. Se sentía desorientada, a la espera de lo que el destino fuera a depararle. Le pesaba el miedo de su abuela por la salud de Ted, pero también la oprimía haber despertado junto a Nick.

No quería hablar de lo que había pasado. No quería afrontar el hecho de que quizá hubiera cometido uno de los mayores errores de su vida. No hacer el amor con Nick ni entregarle la virginidad. De eso nunca se arrepentiría. Pero sí de permitirse creer que podía enamorarse de él.

Sí, sabía bien cómo se sentía Kitty, porque ella se sentía igual. Aunque se había engañado haciéndolo pasar como una diversión de un par de noches, había abierto la tapa de un tarro, el tarro en el que había decidido encerrar su corazón hacía tanto, a salvo de sufrimientos. La idea de la maldición de las Conner había empezado como una ocurrencia infantil, pero luego se había convertido en un mecanismo de defensa contra el riesgo de acabar abandonada, contra la posibilidad de perder a un ser amado.

Aunque, irónicamente, esa vez estaba más asustada por Nick que por su propio corazón.

Por absurdo que sonara, la asustaba pensar que si proseguía su relación con él, pudiera sucederle algo malo, como le había ocurrido a Ted.

Debía volver a centrarse en el negocio del amor. Encontrar la pareja perfecta para Nick. Tenía que continuar con el acuerdo al que habían llegado y proteger a su compañero de piso de la maldición. Y, con suerte, el deseo terminaría por extinguirse.

—¿Estás bien? —le preguntó él preocupado cuando Maggie hubo llegado a su altura.

—Sí —contestó y se sentó a su lado.

—Buenas noticias, ¿eh? Ted estará totalmente recuperado en un par de semanas.

—Eso dicen.

—No suenas muy convencida.

—La vida es impredecible. —Maggie se encogió de hombros—. Sobre todo, para las mujeres de mi familia.

—¿Algo así como «la maldición de las Conner»? —preguntó Nick mientras dejaba la revista sobre una mesa baja.

—La maldición no es una broma, Nick.

—Maggie, Ted está bien —dijo él, posando la mano derecha sobre la izquierda de ella—. Él y Kitty estarán…

Maggie retiró la mano y se puso de pie. ¿Acaso no se daba cuenta de que el más leve roce de su mano encendía fuegos en todas las zonas indebidas de su cuerpo?

—No te he dado las gracias por acompañarme al hospital, pero tanto yo como Ted y Kitty apreciamos mucho el gesto. Y, hablando de ella, voy a ver si la encuentro.

—Sabía que irías a buscarla —dijo Nick—. Así que me pidió que te dijera que Ted está descansando y que se va a quedar con él.

Maggie suspiró.

—Necesito hacer algo.

—Siéntate y procura calmarte un rato.

A falta de otras opciones, Maggie tomó asiento. Pero no pudo calmarse. Dios sabría si alguna vez sería capaz de estar tranquila cerca de él. Se preguntó si alteraría a todas las mujeres de la misma forma, o sólo a ella. Se preguntaba tantas cosas sobre Nick… Sobre su familia, sus sueños, su canción favorita.

—¿Has perdido a algún ser querido?

Nick respiró profundo y suspiró antes de contestar:

—Mi madre murió cuando yo era pequeño.

Sus ojos, entrecerrados, no dejaban descifrar la expresión de su mirada.

—Lo siento.

—Gracias. Yo también.

—Y tu padre…

—Tiene buena salud, mucho éxito y es terco como una mula.

—Bueno, al menos ya sabemos que es un rasgo de familia —bromeó Maggie sin muchas ganas.

—Lo cierto es que los dos eran bastante testarudos. —Nick esbozó una sonrisa descorazonada.

—Apuesto a que tu padre la echa de menos.

—No lo sé. —Nick se encogió de hombros—. Nunca hemos hablado de ello.

—Quizá deberíais —sugirió Maggie.

—Tal vez —dijo él, asintiendo con la cabeza—. La vida es corta, ¿no?

Se quedó callada. Su eslogan. El eslogan de la agencia, comprendió como en un chispazo revelador, no por el que regía su vida.

Maggie deseó acercarse a Nick, reposar la cabeza sobre su hombro y dejarlo hablar. Pero sabía que sólo conseguiría hundirse, lentamente, en un pantano de arenas movedizas.

—Nick, he llamado para consultar el contestador de la agencia y he oído los mensajes.

—¿Y?

—Tienes siete peticiones.

—¿Peticiones de qué? —Nick enarcó una ceja.

—Citas —concretó Maggie, atragantándose casi con la palabra —. He organizado las dos primeras para mañana. Una para desayunar en el café de La Playa de Hugo y otra para cenar en el club latino. Yo quiero quedarme aquí con Kitty y Ted, pero llamaré a las mujeres para confirmarles los detalles.

—No puedo ir.

—¿Por qué?

—Porque me quedo contigo.

—No. —Maggie sintió que el corazón le daba un vuelco—. No puedes. Quiero decir, no sé, ¿qué pasa con tu trabajo?

—El maestro de obras puede ocuparse de todo durante unos días.

Quiso lanzarse a sus brazos y decirle que sí, que se quedara, que se quedara con ella día y noche. Justo entonces, por el rabillo del ojo, vio a su abuela salir de la habitación de Ted hacia la fuente del pasillo. Parecía agotada, insegura. Maggie tragó saliva. Se negaba a sentirse así jamás.

Miró a Nick. Había sacado el móvil. Pero no podía quedarse junto a ella en Las Vegas, en el hotel donde habían hecho el amor, ni un minuto más, mucho menos otra noche entera. Lo mejor sería que se volviera a Santa Flora… con sus citas.

—Voy a llamar al hotel para que nos reserven la habitación un par de noches más —dijo Nick al tiempo que apretaba los botones de los números.

—Gracias, pero no hace falta.

—No es ninguna molestia, Maggie.

Ésta colocó una mano sobre la de él para que dejara de marcar.

—Quiero que vuelvas a casa, acudas a tus citas y te diviertas.

—No, no quieres. Quieres que me quede contigo.

—No me digas lo que quiero —contestó ella, obligándose a imprimir un tono de frialdad a su voz. Le dolía cada palabra que pronunciaba, pero tenía que cortar con los sentimientos que empezaban a atarla a Nick—. Hicimos un trato. Y el futuro de mi agencia depende de que lo lleves a cabo hasta el final.

—¿Y anoche? —Nick la miró a los ojos.

Maggie enterró todo lo que deseaba decir y contestó lo que tenía que decir:

—Anoche fue un error. No puede repetirse. Entiéndelo, por favor.

—Los dos sabemos que anoche no fue un error. Y los dos sabemos por qué te comportas así. —Nick dirigió los ojos hacia el guardapelo—. Te estás protegiendo, ¿no es verdad?

—Estoy protegiendo mi negocio —se forzó a responder.

—¿Seguro? —Nick echó el cuerpo hacia ella—. Puedes organizarme mil citas y apartarme de ti todo lo que quieras, Maggie Conner. Pero eso no cambia nada. Entre tú y yo hay algo especial y te prometo que no voy a desaparecer sin descubrirlo a fondo. Ahora me voy, de acuerdo. Me despido de Ted y Kitty y vuelvo a casa… pero te veré cuando vuelvas —finalizó, clavándole aquella mirada esmeralda en los ojos.

Luego, se puso de pie y Maggie lo echó de menos al segundo de haberse ido. Pero sabía que había hecho lo correcto… Lo único que podía hacer para proteger al hombre del que estaba a sólo un suspiro de enamorarse.

Viento en la cara y velocidad de vértigo. Eso era justo lo que necesitaba. Nick devoraba la autopista como una bala sin objetivo a la vista.

Había regresado hacía solo una hora, pero no había conseguido permanecer quieto en casa de Maggie. Había parado lo justo para dejar la bolsa de viaje y tomar la moto. Aunque no estuviera allí, Nick notaba la presencia de Maggie en la casa. No había ropa interior colgada en la barra de la ducha, pero tenía recuerdos mucho más perturbadores.

Recuerdos de esa ropa interior sobre el propio cuerpo de Maggie. Recuerdos de Maggie tumbada en la cama mientras le

bajaba las bragas lentamente. Pero había más. Había recuerdos más peligrosos, como cuando, después de hacer el amor, se había quedado tumbado junto a ella, abrazándola, hablando sobre sus películas, comidas y colores favoritos. Nunca en su vida le había ocurrido algo parecido. Pero con Maggie había resultado natural.

Y eso no le gustaba.

Se lo había dicho en serio: haría honor a su palabra y saldría con Suzie, Sally, Jane o como quisieran llamarse las mujeres de sus citas. Pero volvería a casa con Maggie para terminar lo que habían empezado.

Tomó la siguiente desviación y entró en una sinuosa carretera de montaña. El sol iba inclinándose tras el horizonte y el aire se iba enfriando. El viento no lo estaba aliviando. Sólo le recordaba cómo se había movido el cabello de Maggie con la brisa mientras bailaban.

Había sido su primer amante. No podía quitárselo de la cabeza. Ni la posibilidad de que, cuando terminara la obra y se fuese a otra ciudad, Maggie conocería a otra persona. A un hombre que permaneciese a su lado y que pudiera hacer realidad los sueños de amor en los que ella creía. Un hombre que le hiciera ver que la maldición de las Conner era una tontería. Un hombre que sería el más afortunado hijo de…

Terminó el insulto y deceleró hasta detener la moto. Cuando se quitó el casco y miró hacia el cielo, volvió a blasfemar. ¿Qué estaba haciendo ahí?

Tras una vasta extensión de césped se alzaba la villa de tres plantas y cinco terrazas en la que había crecido. A la izquierda de un garaje de tres plazas se extendían acres de árboles frutales. De pequeño había trepado a cada uno de ellos para ayudar a los recolectores a alcanzar las manzanas y las peras. A la derecha de la casa había una piscina y, detrás, una pista de tenis. Odiaba el tenis, probablemente porque odiaba vestir de blanco.

Podía considerarse una mansión, aunque no siempre había sido así. Cuando sus padres la habían comprado, no era más que una casa de una planta con un pequeño terreno. Pero su padre había ido mejorándola y agrandándola cada pocos años.

Era impresionante. Y conservaba muchos buenos recuerdos con los que ensombrecer los malos.

Allí, delante de la casa, luchó con todas sus fuerzas contra el impulso de volver a ella. No podía evitar preguntarse si su padre volvería a pedirle que renunciara a su pequeña constructora para asumir la dirección de la empresa familiar.

Nick sacudió la cabeza. Anthony Kaplan era un hombre bueno, honrado y trabajador. Eso tenía que reconocerlo. Pero sus preguntas siempre habían hecho que la vida de Nick sonase carente de valor alguno, y no estaba dispuesto a permitir que nadie tuviera tal poder sobre él.

«La vida es corta», se repitió.

En ese momento lo divisó un jardinero, ladeó la cabeza como si no estuviera seguro de quién era Nick. De pronto sonrió, lo saludó con un gesto efusivo de la mano y desapareció detrás de la casa.

Dos minutos después, la hermana de Nick salió corriendo a darle la bienvenida.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Anne sin aliento, movida por el viento su larga melena rubia, mientras envolvía a Nick en un abrazo caluroso.

—Pasaba de camino.

—No cuela. —Anne sonrió, dio un paso atrás y lo examinó—. Conservas la moto, las botas y los vaqueros… pero el pelo ha desaparecido —dijo y Nick esbozó una sonrisa cálida.

—Creía que no venías hasta hoy.

—¿Cómo sabes que no he venido hoy? —contestó ella, lanzándole una mirada perspicaz.

Decir que porque la había visto en el centro comercial cuando estaba de compras con su casamentera no le parecía muy buena opción, de modo que contestó:

—Casualidad.

—Casi. Vuelve a intentarlo.

Nick se frotó las sienes.

—Soy tu hermano mayor. Ya sabes que tengo poderes mágicos.

—Puede que eso te funcionara cuando tenía siete años, pero ya no. —Anne sonrió y Nick fingió sentirse dolido.

—¿Acaso has olvidado la noche que hice aparecer el espíritu de Elvis sólo para ti?

—Eras tú con una careta —dijo ella con una chispa traviesa en los ojos—. ¿Así que eras tú el del centro comercial?

—Culpable.

—¿Quién era ella?

Nick se paró un segundo antes de responder. ¿Quién era Maggie? La noche anterior había sido su amante, esa mañana…

—Una amiga. Mi compañera de piso, más exactamente.

Anne asintió con la cabeza y cambió de tema, sabedora de que sería preferible no presionarlo.

—¿Por qué no entras? Papá y yo estábamos a punto de cenar.

Quiso hacerlo. Por primera vez en mucho tiempo, tuvo verdaderas ganas de quedarse, charlar con Anne mientras cenaban, quizá incluso hablar con su padre e intentar hacer las paces. Pero esa noche no. Esa noche no tenía nada paz que ofrecer. Necesitaba sumergirse en el trabajo y quitarse a Maggie de la cabeza un rato.

—Ojalá pudiera —contestó por fin, encajando la expresión apenada de su hermana—. Tengo un montón de planos que revisar para mañana. Pero puede que venga pronto.

—Vale, no importa. —Anne asintió con la cabeza—. El martes por la noche me viene bien.

Nick la miró enmudecido. ¿Tendría libre esa noche? ¿Cómo diablos iba a explicarle el jaleo de citas en el que iba a meterse? Sonaría como un gigoló desesperado.

—No sé, pequeñaja…

—No pienso aceptar un «no» por respuesta, así que ríndete. —Anne sonrió triunfalmente—. Te veo a las siete. Y tráete a tu… ¿cómo era? Ah, sí, a tu amiga y…

—Compañera de piso —finalizó Nick.

Se despidió de él y regresó a la casa. Le entraron ganas de estrangularla, pero se echó a reír. Meter a Maggie en la casa de sus padres. Menuda idea. Su padre lo acribillaría a preguntas el día entero. ¿Una amiga?, ¿de las de casarse o…?

Se puso el casco y arrancó la moto. Lo último que quería era poner palabras de tanto peso en la frágil red que la unía a Maggie.

Nick bajó la carretera de montaña a una velocidad razonable y aceleró al incorporarse a la autopista. No podía estar más liado. Y, sin embargo, algo le decía que la vida se le liaría todavía más en cuanto quedara con la primera cita.

Llegó a casa a las seis de la tarde del lunes. Había intentado quedarse en Las Vegas mientras su abuela y Ted la necesitaran, pero

Kitty había insistido en que no tenía nada que hacer allí. Tenían reserva en el hotel para una semana, de modo que se quedarían allí para recuperarse y relajarse. Kitty le había dado un fuerte abrazo y le había dicho que volviese a casa con su chico.

Dado que habría sido inútil tratar de convencerla de que Nick no era su chico ni lo sería nunca, Maggie se había limitado a contestar que de acuerdo, se volvía a casa, después de hacerla prometer que la llamaría al cabo de un par de días, por supuesto. Así que había regresado a Santa Flora, a la casa que compartía con el hombre con el que tanto había compartido sólo unas noches atrás.

Estaba agotada. Le había sido imposible pegar ojo en la cama de aquel hotel. A medianoche se había mudado al sofá. Pero Nick seguía allí, en su cabeza, llamándola «Chica Montana» mientras le hacía el amor lentamente. Durante toda la noche había seguido sintiendo su pecho contra la espalda.

Respiró profundo y sacó su equipaje del taxi. Irían perdiendo fuerza los sentimientos. Sólo sería cuestión de algo de tiempo. Y para Nick quizá bastara con una cita afortunada. Esa mañana había tenido la primera y Maggie ya había oído los comentarios entusiasmados de su compañera de desayuno en un mensaje del contestador. No le gustaba reconocerlo, pero cuando la mujer había dicho que media hora había sido demasiado poco tiempo con Nick, se había sentido algo aliviada. Un desayuno rápido y a otra cosa.

Pero esa noche sería distinto. A petición de su cliente, Maggie había organizado la cita entera desde Las Vegas. Cena y baile en un lujoso club latino que habían inaugurado recientemente en el centro de Santa Flora.

La mujer había sonado ilusionada. Sólo por el vídeo ya pensaba que Nick era increíble, fabuloso, el hombre perfecto, y estaba ansiosa por conocerlo. Había querido que Nick fuese a recogerla, pero Maggie había insistido en que se reunieran en el restaurante para la primera cita.

Era una norma. Una norma de la agencia, le había dicho a la mujer.

Lo que no era verdad. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza imponer aquella medida como norma. En todo caso, como sugerencia, como recomendación. Pero, tratándose de Nick, se había mostrado firme… y sabía por qué.

El beso de despedida. La boca de Nick sobre los labios de cualquier otra mujer.

Y todavía le quedaban otras cinco citas.

Maggie avanzó hacia la entrada como si se dirigiera a su propio entierro. Cuando puso la mano en el pomo, éste se giró bajo su palma. De pronto, la puerta se abrió y apareció Nick, tan atractivo como siempre.

—Hola —la saludó con voz seductora, clavándole el verde esmeralda de sus ojos—. ¿Qué haces en casa?

El corazón se le aceleró. Había supuesto que a esas horas Nick ya habría salido de casa.

—Kitty lo tiene todo bajo control.

—¿Cómo está Ted?

Charla cortés. Era mejor que las otras opciones: hablar de sus miedos, de la maldición de las Conner o de lo que sentía por él.

—Mucho mejor. Ayer ya se levantó y salió a dar un paseo. Gastando bromas. —Maggie hizo ademán de entrar en casa. Pero él no se movió, y estar tan cerca de él le produjo un cosquilleo demasiado agradable por todo el cuerpo—. ¿Y tú qué tal?, ¿cómo ha ido la cita de esta mañana? —añadió con calma.

—Una mujer agradable, muy atractiva, pero no había química. —Nick la consumió con la mirada—. Y yo insisto en tener… química.

Maggie tragó saliva ante aquella insinuación tan descarada. Luego, buscó algún tema de conversación inofensivo.

—¿Qué tal el trabajo?

—Lo cierto es que de maravilla. Me pararía a contártelo, pero…

—Tienes que irte ya —finalizó ella.

—Mejor hablamos de noche, cuando vuelva —susurró Nick.

Maggie se quedó sin respiración. Una vez más. Maldito fuera. No era justo.

—Será mejor que te vayas ya.

—Sí, será mejor —contestó él mientras la miraba de pies a cabeza. Salió de casa, se paró y se giró hacia ella—. ¿Voy lo suficientemente decente para los gustos de Santa Flora?

Estaba lo suficientemente indecente para comérselo. Vaqueros negros, camisa blanca, pelo revuelto y unos ojos arrebatadores. ¿Qué más podía pedirse? Pero no debía decir ninguna de las cosas

que se le estaban pasando por la cabeza, así que optó por un tono desenfadado:

—Estás fantástico —afirmó. Quizá con demasiada alegría. Pero aquello era una agonía, y a ella nunca se le había dado bien fingir.

—Gracias.

—Te has puesto colonia.

—Sólo para complacer a mi casera. —Nick esbozó una sonrisa perezosa, casi pecaminosa.

Su voz la envolvió, sus ojos la acariciaron. Le habría costado tan poco lanzarse a los brazos de Nick. Quería decirle lo que de veras la complacería en ese momento. Que se quedara con ella en casa, compartir una *pizza*, charlar y volver a hacer el amor. Tenía la garganta seca.

Le flaqueaban las fuerzas.

—Bueno, diviértete. —Maggie dibujó una sonrisa forzada.

—Hasta luego —se despidió él.

Maggie se dio la vuelta, entró en casa y fue directa a la ventana. ¿De verdad lo estaba echando en brazos de otra mujer?, se preguntó mientras lo veía montar en la moto y arrancarla. Sí, eso justo estaba haciendo.

Los últimos rayos del sol se filtraban entre los árboles como fechas que apuntaban al brazo derecho de Nick, iluminando una sombra de lo que Maggie sabía que llevaba debajo. El tatuaje.

Con el aire estancado en alguna parte entre los pulmones y los labios, se preguntó si sería la única que lo vería esa misma noche.

Capítulo 8

Menudo desastre.

Nick estaba de pie en la transitada acera a la salida del pequeño restaurante español que había acogido una de las peores citas de su vida.

Nada más llegar a La Golva hora y media atrás, había sabido que el encuentro no cuajaría. Su cita lo había saludado desde una mesa con tanto entusiasmo como una azafata aérea, agitando los dos brazos de un lado a otro por encima de la cabeza.

Era guapa, con un estilo moderno. Pelo corto moreno, mucho maquillaje, ropa suelta. Viéndola, cualquiera pensaría que sería una mujer tranquila, capaz de asistir a una cita sin un ataque de nervios.

Pero no era el caso.

Con los ojos bien abiertos, le había explicado a gritos, por encima de la música latina, que se había tomado un par de margaritas para calmarse mientras esperaba. Había tres copas vacías en la mesa, había advertido Nick, aparte de la que se estaba terminando cuando éste llegó. De modo que el par de copas habían sido cuatro en realidad.

Tras pedir un café para ella y una cerveza para él, había intentado trabar un poco de conversación. Media hora después, la mujer se había despejado lo suficiente para empezar a sentirse mal. Le había pedido mil disculpas y Nick le había asegurado que no tenía por qué preocuparse.

Lo cierto era que se sentía mal por ella. Si su hermana se encontrara en una situación similar alguna vez, él querría que su

cita la cuidara y actuase de forma caballerosa.

Y el caballero que llevaba dentro le decía que aquella mujer no debía conducir. Como tampoco iba a llevarla a casa en su moto, la opción del taxi se presentaba como la única alternativa a prolongar aquel sufrimiento durante varias horas más. Razón por la que había elegido el taxi.

Finalizado el trayecto, hizo que el conductor lo esperara mientras acompañaba a la mujer a la puerta. Ésta se disculpó una vez más y Nick respondió que esperaba que se sintiera bien del todo enseguida. Luego, regresó en taxi por la moto.

Confiaba en que Maggie siguiera despierta, pensó mientras arrancaba. Sólo eran las nueve de la noche y tenía que decirle un par de cosas. Un par de cosas, se dijo sonriente, que con suerte irían seguidas de un par de besos y algo más.

El mar parecía carbón líquido bajo la luna.

Vestida para una noche de verano, con vaqueros y una blusa blanca, Maggie estaba sentada en la arena, con las rodillas pegadas al pecho, mirando las olas negras romper en crestas blancas en la orilla.

Le encantaba el mar, saber que podía confiar en él. Siempre estaría ahí, las olas irían y se marcharían. Con los cambios constantes de la vida, resultaba reconfortante.

Antes de bajar a la playa había estado trabajando en la agencia, terminando unos papeles, leyendo mensajes electrónicos y revisando facturas pagadas; cualquier cosa para mantener la cabeza ocupada.

Pero no había durado mucho.

Pendiente de responder a otras tres mujeres que querían citarse con Nick, había tenido que llamar para arreglar sendos encuentros el jueves y el viernes por la noche, más el sábado por la tarde. Después había parado, obsesionada con pensamientos, elucubraciones y fantasías sobre Nick y su acompañante, con la que estaría sentado en una de las esquinas oscuras de La Golva. ¿Estarían pasando un rato agradable?, ¿estaría bailando con aquella mujer como había bailado con ella en Las Vegas?

—Me debes una.

Maggie se dio un susto tremendo.

—Nick Kaplan, vuelve a pegarme otro susto así y te estrangulo.

—Estaré encantado de que lo intentes —contestó él, sonriente, mientras se sentaba a su lado.

—¿De veras? —replicó Maggie mientras intentaba que el pulso volviese a la normalidad, conteniendo las ganas de tirarle un puñado de arena.

—Por supuesto. A los hombres nos gusta que las mujeres quieran tocarnos.

—¿Aun cuando os tocan para haceros daño?

—No me harías daño mucho tiempo, cariño.

La miró con ojos tan oscuros y peligrosos como el mar. Pero a Maggie se le había pasado el enfado por el susto. Aunque el hecho de que estuviera de vuelta, en vez de con su cita, era una mala noticia para el negocio, no pudo evitar sentir un inmenso alivio. Aun así, tenía que preguntar:

—¿Qué haces aquí? Es pronto.

—Me has emparejado con una alcohólica.

—¿Qué? —exclamó Maggie.

—Mi cita tenía tantas ganas de verme que se puso un pelín contenta de más durante la hora feliz —contestó Nick, falsamente irritado.

—Lo dices en broma. —Maggie negó con la cabeza, incrédula. De todas las cosas que había imaginado que podían salir mal aquélla ni se le había pasado por la cabeza.

—No, lo digo muy en serio —insistió Nick. Luego, se acercó a ella y añadió con voz seductora—: Así que tú verás lo que haces.

—¿Hacer? —susurró Maggie al sentir su aliento en el cuello.

—Dado que no he pagado, no puedo pedir que me devuelvas el dinero —arrancó Nick—. Pero seguro que puedes hacer algo para indemnizarme por el tiempo perdido.

Respiró profundo y trató de recuperar el control de la situación.

—Acabo de arreglarte otras tres citas, ¿qué te parece eso?

—Genial, estupendo —gruñó él antes de sacar una bolsa de papel—. Toma.

—¿Qué es?

—¿Has cenado?

—No.

—Lo suponía. He vuelto a casa y al ver que no estabas, imaginé que habrías ido a la agencia a organizar mi siguiente cita de marras

—dijo él e hizo una pausa para apuntar hacia la bolsa—. Así que te he traído un sándwich.

Los labios y el corazón de Maggie sonrieron. No recordaba la última vez que alguien había hecho algo tan agradable por ella de forma tan espontánea.

—No hacía falta que te molestaras.

—No es nada. —Nick se encogió de hombros—. Pensé que quizá tendrías hambre, nada más.

—Bueno, gracias —contestó ella mientras sacaba un sándwich enorme de la bolsa—. Es imposible que me coma esto entero yo sola. Vas a tener que compartirlo conmigo.

—Quizá le dé un par de mordiscos, sí. —Nick sonrió—. Casi no me ha dado tiempo a cenar.

—Ten, la mitad. Y no te preocupes por las otras citas. Me aseguraré de fijar la siguiente en un sitio seguro. Como el zoo o el centro comercial.

—Fantástico, la cosa mejora por segundos.

—¡Uy, perdón! —Maggie soltó una carcajada—. Me había olvidado de tu fobia a los centros comerciales.

Sabía que debería sentirse mal por las dos citas fallidas, pero se sentía eufórica. Estaban sentados en la playa, mirando el mar, bajo una luna brillante, compartiendo un sándwich de jamón y queso, y su próxima cita sería en el zoológico. Un sitio público, con muchos niños, no muy apto para besos atrevidos y menos aún para lucir tatuajes ocultos. Lo cual la colmaba de felicidad.

Comían acompañados de silencio. De vez en cuando, al estirar el brazo para alcanzar la única servilleta que tenían que compartir, sus manos se rozaban y los dedos demoraban el contacto. Al cabo de unos segundos, Maggie retiraba la mano y fingía que aquello no significaba nada. Pero no por eso dejaba de pensar en lo dulce y atento que Nick era. En cuánto había cambiado su vida desde que éste había irrumpido en ella. O en lo feliz que algún día haría a otra mujer.

Entonces tragaba un bocado de sándwich y se quedaba con un regusto amargo en la boca.

—¿Has terminado de trabajar por hoy? —le preguntó Nick después de ponerse de pie, mientras se sacudía la arena de los vaqueros.

—Creo que sí.
—¿Te apetece una vuelta?
—¿En moto? —Maggie lo miró a los ojos.
—He traído dos cascos, por si te animabas.
—Pienso que no es…
—Entonces no pienses. Déjate llevar.
La invitación quedó flotando entre ambos como un perfume seductor. Tenía ganas de dar una vuelta en su moto desde aquel primer día en el centro comercial. Pero montarse conllevaba muchos riesgos.
—Vamos, Chica Montana. —Nick tomó una mano de Maggie para levantarla—. Quiero llevarte a un sitio.
—¿Adónde?
—Nada de preguntas. —Nick se puso un dedo sobre los labios—. Es un secreto.
Nunca había dejado que una mujer se montara con él en la moto.
Su moto era sagrada. El único sitio donde podía estar solo. No rompía esa norma por nada del mundo, y se había alegrado cuando Maggie le había dicho que se reuniría con sus citas en el punto de encuentro fijado directamente.
Pero había hecho una excepción con Maggie. Y en esos momentos no quería analizar por qué. Sólo quería volar con ella detrás de él.
Zigzagueó por un tramo de carretera sinuoso, sintiendo las largas piernas de Maggie pegadas a sus muslos, la curva de su delantera contra la espalda. Al salir, Maggie se había agarrado al asiento con todas sus fuerzas. Pero en cuanto había acelerado y el viento había empezado a darles con fuerza en la cara, lo había rodeado con los brazos para sujetarse.
El paraíso.
Fue decelerando por una carretera estrecha y se detuvo en un pequeño risco con vistas al mar. Una nube solitaria pasó sobre la luna llena, reflejada en el agua. Se giró para mirar a Maggie, que estaba quitándose el casco, liberando su larga melena negra. Sintió una presión en las ingles y volvió a contemplar la playa. El viento se había calmado y el cielo estaba cuajado de estrellas.
Maggie bajó de la moto y se acercó al borde del risco, hasta una

valla que impedía seguir avanzando.

—¡Qué sitio más bonito! —dijo emocionada. Maggie apuntó hacia una zona lisa con maderos, grúas y vigas de acero—. Me pregunto qué irán a hacer ahí.

Nick la pasó de largo y abrió la puerta de la valla, en la que, si se fijaba, se leía un cartel de Constructora Kaplan.

—Aquí es donde estoy construyendo el albergue en el que estoy trabajando —dijo al tiempo que le agarraba una mano y la conducía por un sendero rodeado de tupido césped, que conducía hasta la arena de la playa.

—Es un lugar ideal. —Maggie le apretó la mano—. ¿Cómo va a ser el albergue?

—Ven, te lo enseñaré. —Nick la guió hasta la playa, tomó un trozo fino de madera y lo rompió en dos. Con la punta afilada de un extremo, empezó a dibujar una casa sobre el lienzo de la arena, bajo la luna—. Ésta es la fachada… No soy un genio del pincel, así que aplica la imaginación —añadió sonriente.

—Lo intentaré. —Maggie sonrió también.

—Será una casa de tres alturas con tejado de tejas —dijo mientras dibujaba—. Aquí habrá un porche con un columpio… y aquí estará la cocina del chef, un comedor grande aquí, ahí una librería, y ésta será la sala de billar. Muy tradicional —finalizó.

—¿Cuándo estará terminado?

—En seis meses. Vamos a ir muy ajustados de tiempo, pero he contratado a los mejores hombres. Los dueños quieren que el albergue esté abierto para las vacaciones.

Maggie lo miró con la sombra de una nube sobre sus ojos.

—Y después te marcharás —dijo con una pregunta triste en el tono de voz.

—Exacto: en cuanto termine la obra, me iré a otro trabajo y no tendrás que verme más el pelo. —Nick quiso acariciarle el cabello, pero se contuvo. El deseo de tocarla se estaba volviendo casi insoportable. Pero no daría un solo paso más adelante sin que ella se lo pidiera.

Aunque no cabía duda de que estuvieran en un sitio muy romántico. Pero no la había llevado allí con esa idea, en absoluto. Él sólo había querido que viese la obra en la que estaba trabajando, la obra que tanto le gustaba y de la que tan orgulloso se sentía.

—¿Te gusta ese estilo de vida, Nick?

—¿Qué estilo? —Nick la escudriñó con la mirada.

—Así, yendo de un lado para otro. —Maggie se encogió de hombros—. Sin casa fija.

—Tengo dos sofás cama muy cómodos en las sucursales de Seattle y Portland.

—Suena muy acogedor, sí. —Maggie ladeó la cabeza—. Ya sabes lo que digo: sin raíces, sin proyectos a largo plazo.

—No sé… Cuando empecé en el negocio de la construcción, no me quedó más remedio que viajar. No tenía experiencia. Necesitaba ir a ciudades pequeñas para no competir con empresas grandes. —Nick miró hacia el mar—. Una vez tuve que poner dinero de mi propio bolsillo para conseguir ganar una puja por la concesión de una obra.

—Pero ahora tienes mucha experiencia. Podrías quedarte en un sitio si quisieras.

—Supongo que sí. Pero aprecio la libertad más aún que mi trabajo —contestó Nick. Hacía años que ni siquiera consideraba la posibilidad de establecerse en una ciudad—. Me he acostumbrado a estar de un lado para otro. Me gusta. Tendría que ocurrirme algo muy imprevisible para que me plantease echar raíces.

—O cruzársete alguien muy especial —añadió Maggie.

Nick alzó los ojos al cielo. ¿Acaso no podía olvidarse un rato de sus rollos de casamentera?

—Maggie, el trabajo es importante —le dijo—. Pero la vida no es sólo trabajar.

—Pero suena como si tu trabajo también fuera tu vida —contestó ella a la defensiva.

—Entiendo que te lo parezca —respondió Nick con calma—. Pero nadie me obliga a vivir así. Yo lo elegí. De lo contrario, habría tenido que asumir la dirección de la empresa familiar y convertirme en un hombre como mi padre.

No había previsto compartir su pasado con ella, pero ya lo había dicho y no podía borrar sus palabras.

—Pues eso mismo hago yo —aseguró Maggie—. Elegir a qué me dedico. Toda mi vida he deseado sentirme valiosa en algo.

—¿Y no tienes planes de futuro al margen del trabajo? ¿Crees que alguna vez serás capaz de tirar por la ventana la maldición de

las Conner y formar un hogar con un hombre?

—¿Qué te importa a ti eso? —contestó ella tras desinflarse en un suspiro. Nick no sabía por qué le importaba, pero así era, a su pesar. Maggie contraatacó—: Además, ¿qué planes de futuro tienes tú al margen de tu trabajo y tu vida errante?, ¿quién te espera? Quizá debieras concentrarte en meditar sobre tu propia vida y dejar que me ocupe yo de la mía.

La advertencia sonó como las olas al chocar contra el risco. Su futuro, su vida… serían más de lo mismo. ¿Acaso no era feliz así? Pero no era capaz de imaginar esa vida para Maggie: sola, sin marido ni hijos. Sólo esperaba haberse ido de Santa Flora antes de que encontrara ese futuro.

Blasfemó para sus adentros. La noche no estaba saliendo como había previsto. Y estaba a punto de llegar a su fin.

—Vamos a casa —dijo—. Se está haciendo tarde.

* * *

Un río de sudor la recorría desde la frente a las mejillas y de las mejillas al cuello. Maggie se desembarazó de la sábana de la cama y miró el reloj de la mesilla de noche. Las doce y treinta y cinco. Parecía que los minutos pasaban a cámara lenta. Y que la casa era un horno. Las ventanas estaban abiertas de par en par, pero afuera hacía el mismo calor, no corría la más leve brisa de aire.

Pensó en dónde tenía el ventilador y frunció el ceño. En la habitación de Nick, en la estantería superior del armario.

Un calor sofocante la invadió por motivos completamente ajenos a la climatología.

Después de mudarse Kitty, Maggie había cambiado de dormitorio. El de su abuela era el doble de grande, tenía una buena terraza y estanterías de obra. Por desgracia, entre poner en marcha la agencia y buscar una nueva compañera de piso, Maggie se había olvidado de sacar algunas cosas de su antigua habitación.

De modo que no le quedaba otra opción que consumirse de calor, porque lo último que haría sería llamar a la puerta de Nick a medianoche.

Cerró los ojos e intentó imaginarse en un iglú cuando oyó la

ducha. Nick. Probablemente él también se habría estado asando en la cama y había decidido darse una ducha fría.

La cabeza se le pobló de imágenes eróticas en las que Nick aparecía desnudo, dejándose acariciar por el agua fría, que recorría su piel bronceada, los músculos abdominales, el pecho…

«¡El ventilador, Maggie!», recordó de pronto.

Con un movimiento felino, salió de la cama, se puso el camisón más ligero y salió al pasillo a hurtadillas. La puerta del cuarto de baño estaba cerrada y seguía oyéndose el chorro de la ducha. Maggie corrió hacia la habitación de Nick y enfiló directa hacia el armario, sin atreverse a mirar a la cama. No sabía por qué, pero temía que reparar en aquellas intimidades la distraerían.

Se puso de puntillas y agarró el ventilador, pero al bajárselo al pecho hizo una pausa. Y respiró. Respiró profundo. La fragancia débil pero penetrante de la ropa de Nick la embriagó. Como si estuviese soñando, extendió una mano y tocó una de sus camisas blancas de trabajo, preguntándose qué sentiría con ella sobre la piel y qué pensaría Nick si la viera con ella puesta.

Soltó la manga como si quemara. El calor la estaba trastornando. Tenía que volver a su cuarto, por no decir volver al mundo real.

Dio media vuelta y echó a correr, pero camino de la puerta se topó contra un muro de músculos envuelto en una toalla. Levantó la mirada hacia los ojos de Nick, que brillaban con una mezcla perversa de curiosidad y diversión.

—Tengo calor —dijo y se puso colorada al advertir que sus palabras podían tomarse como una insinuación—. Quiero decir… estaba caliente.

Lo había empeorado, pensó Maggie.

—¿Y has entrado a mi cuarto para refrescarte? —Nick enarcó una ceja—. No resulta muy halagador.

—Es que antes dormía en esta habitación —contestó ella. Definitivamente, no estaba fina con las respuestas.

Durante unos instantes, observó hipnotizada una gota de agua que resbalaba del pelo de Nick hacia sus hombros, para bajar después hacia aquel torso de músculos espléndidos. Las mejillas se le encendieron. Alzó la vista y sólo llegó a oír el final de su pregunta:

—¿… El ventilador?

—¿Cómo dices?

—Te preguntaba si sólo habías entrado aquí por el ventilador —repitió sonriente Nick.

—Claro. —Maggie se preguntó si su voz había sonado tan a la defensiva como creía—. ¿Qué si no iba a estar haciendo aquí?

Nick se encogió de hombros y la miró de arriba abajo.

—Bonito camisón —murmuró con la boca hecha agua—. No cubre mucho, por cierto.

Maggie bajó la vista hacia el camisón y se sintió prácticamente desnuda. «Tranquila», se dijo. «Tú nunca has sido de las que se ponen histérica, así que no lo hagas ahora», siguió pensando mientras intentaba descubrir la forma de regresar a su habitación. Por fin levantó la barbilla y replicó:

—Bonita toalla —se obligó a sonreír—. Tampoco cubre mucho, a propósito.

—¿Quieres que te la preste para que no te detengan por exhibicionista? —le ofreció Nick con picardía.

—¿Es que eres policía? —contestó Maggie. No quería entrar en aquel juego de seducción, pero sabía que si Nick la tocaba en ese momento, lo más mínimo, estaría perdida. Su cuerpo gritaba como aullaban los lobos a la luna. Estaba deseando explorar cada centímetro de su cuerpo, aprendérselo de memoria íntimamente, como se conocía a sí misma—. Será mejor que me vaya —añadió por fin.

—De acuerdo.

Nick se echó a un lado y Maggie lo sobrepasó. Despacio. Si la tocaba, sería una señal, se dijo sin lógica alguna: una débil señal de que Nick no se vería afectado por la maldición de las Conner; una señal de que su agencia saldría adelante aunque se hiciese aquel regalo.

Otra noche con Nick. Sólo una más.

—Maggie —dijo él y ella se detuvo, levantó la cabeza—. Se te está cayendo —añadió con los ojos clavados en una de las dos tiras del camisón.

Maggie contuvo la respiración cuando sintió el dedo de Nick bajo la tira, acariciándola brazo arriba hasta el hombro.

—Tenías que hacerlo —susurró ella.

—¿Hacer qué?

—Tocarme.

Y dejó caer el ventilador al suelo para rodear el cuello de Nick con ambos brazos.

Capítulo 9

La fiera que rondaba dentro de Nick apareció. La fiera que sólo se presentaba cuando Maggie estaba cerca. Tras exhalar un suspiro gutural, bajó la boca sobre la de ella y luego la apretó por la nuca y profundizó el beso. Maggie estaba al borde del mismo precipicio, haciendo equilibrios para no dejarse caer en las garras de un deseo que iba cobrando fuerza con cada segundo que se rozaban sus lenguas.

Era estúpido, se dijo mientras la empujaba hacia la cama, pensar que lo que había entre los dos perdería intensidad si no le prestaba atención. Estaba ahí presente todo el tiempo y debía asumirlo. Había perdido la cabeza por Maggie y lo que sentía iba más allá del sexo.

—Quiero acostarme contigo —afirmó con voz ronca antes de cambiar el ángulo del beso—. Y no vas a salir de aquí hasta que te vuelva tan loca como tú me vuelves a mí.

—Sí —fue todo cuanto acertó a contestar—. Sí, Nick —añadió mientras hundía los dedos en el cabello de éste.

Le dolió como si le clavaran un puñal soltarla, siquiera un poco, pero era la única solución. Quería verla extendida sobre la cama, como la había imaginado cada noche que habían pasado separados.

Debido al calor, también él había acabado retirando la manta, cubierto por la sábana únicamente, antes de ir a ducharse.

Con suma delicadeza, la posó sobre aquella fría sábana de algodón y dio un paso atrás para contemplarla unos segundos.

Maggie le dedicó una mirada suave y seductora al tiempo que

una comisura de la boca se curvaba para esbozar una sonrisa provocativa. Lo hacía sentirse feliz. Pero Nick no tuvo tiempo de ahondar en aquella revelación, ya que la sangre empezó a latirle de forma ensordecedora cuando Maggie alzó los brazos para reclamarlo y el camisón se le subió por encima de la cintura en el movimiento, dejándole ver que no llevaba nada debajo.

—Chica Montana —murmuró después de deslizarse entre los brazos de Maggie y volvía a apoderarse de su boca. Le mordisqueó los labios y sonrió cuando la oyó emitir un suave gemido y acercó las caderas contra él.

Pensó que podría quedarse mirándola a los ojos la noche entera, el día entero. Apenas podía contener la emoción de saber que Maggie era de él. Quizá no para siempre, pero esa noche era de él.

Su piel tenía el tacto del satén caliente bajo las palmas. Nick le acarició los brazos de arriba abajo despacio, muy lentamente, mientras ella temblaba y soltaba pequeños gemidos eróticos.

—Quiero sentirte, Nick.

—Piel contra piel —dijo él. Acto seguido, se desprendió de la toalla y tiró del camisón hasta sacarlo por encima de la cabeza de Maggie. Entonces sonrió y sintió una punzada inesperada de ternura —. Eres preciosa —le dijo justo antes de besarle un hombro, de saborearlo, sintiéndose más vivo que en mucho tiempo. Demasiado tiempo.

Se deslizó hacia el cuello y apretó la lengua al hueco donde le latían las pulsaciones. Habría jurado que sonaba con más fuerza que la última vez que la había tenido debajo. Un río de fuego recorrió sus venas.

—¿Te gusta? —preguntó él después de soplar su piel húmeda.

—Sí —susurró Maggie—. No te muevas. Sigue ahí.

Necesitó de todo su autocontrol para permanecer donde estaba cuando el cielo de su paladar sabía a paraíso y Maggie se movía contra él con un ritmo tan pronto lento como frenético.

Por fin empezó a bajar por su cuerpo, lamiéndola, acariciándole la piel con las manos hasta posarlas en la cintura de Maggie y aplicar la boca sobre ella.

—Nick, yo nunca…

—Ya sé, ya sé. Tú déjate llevar. —Nick la acarició con suavidad, introduciendo los dedos en su cavidad más húmeda. Maggie jadeó

de placer mientras él exploraba la temperatura de su deseo. Luego, volvió en busca de sus labios y atendió sus pechos con las manos.

Entonces se entregó por completo a las caricias de Nick, apretándose a él y agarrando las sábanas con todas sus fuerzas.

—Nick, por favor. —Maggie lo miró con el azul más oscuro, con el matiz más profundo de la pasión—. No aguanto más. Te quiero dentro.

Él también quería estar dentro de ella. Lo quería todo.

Palpó la mesilla de noche con una mano y agarró un preservativo. Nada más protegerla, la rodeó con los brazos y rodó hasta quedar boca arriba con Maggie encima.

—El control es tuyo —dijo Nick—. A ver qué haces.

Al principio pareció adorablemente insegura a horcajadas sobre él, pero luego sonrió y se elevó sobre su erección. El aire se cargó a la expectativa. Nick deseó agarrarla, tirar de Maggie hacia abajo hasta hundirla en él, pero quería dejarle sentir su propio poder, que fuera ella quien los guiara en aquel viaje de placer nuevo para los dos.

Se movió despacio, bajando centímetro a centímetro, hasta recibirlo en su interior por completo. El suspiro que exhaló fue el sonido más dulce que jamás había oído Nick. Luego, paseó los dedos por su torso y empezó a moverse.

Nick pensó que perdería el control en aquel mismo instante, pero aguantó. Ella gimió, comenzó a cabalgarlo, levantándose y devolviéndolo al guante cálido de su cuerpo.

La luz procedente del pasillo hacía que su piel pareciese translúcida. Estaba totalmente absorbida en el movimiento, en sentir. Le encantaba mirarla, ver arrebolarse sus mejillas, erguirse sus pezones, entrecortarse su respiración.

Maggie estaba a punto.

Igual que él.

De pronto cambió de ritmo y Nick no pudo contenerse más. La agarró por las caderas y la subió y bajó a velocidad de vértigo.

Maggie dio un grito y se echó hacia delante para besarlo. Sus lenguas se disputaron el control mientras Nick seguía recibiéndola, con la sangre retumbándole cuanto más tensa la notaba.

Entonces gimió, Nick gruñó, y sus cuerpos se desfondaron juntos.

Tumbada en la penumbra, con una pierna sobre las caderas de Nick, Maggie sintió algo que jamás había sentido antes.

Posesividad.

Sabía que no tenía derecho a sentirla, a pensar en él como si le perteneciera, pero le daba igual. Nick había despertado algo en su interior durante la noche en Las Vegas, algo que había llevado tan oculto que ni siquiera había imaginado que existiese. Y quería que aquellos sentimientos gloriosos continuasen.

Eran las dos de la mañana y la cabeza le estaba tendiendo trampas, susurrándole que Nick era de ella, su amante. Le murmuraba que la maldición había cesado y que Nick estaba a salvo, como su propio corazón si pedía lo que deseaba. Y se negaba a discutir con aquellas voces tan engañosas como reconfortantes en ese instante, todavía desnuda junto al hombre del que se había enamorado perdidamente.

—Ahora sí que podíamos usar el ventilador —la voz de Nick se filtró entre sus ensoñaciones.

—¿Quieres decir antes de que nos fundamos en el colchón?

—No puedo creer que fueras a quitarme el ventilador —dijo él mientras le acariciaba la pierna.

—Es mi ventilador.

—Pero yo soy tu invitado —contestó Nick, fingiéndose dolido.

—Eres mi compañero de piso —lo corrigió sonriente Maggie.

—Soy mucho más que eso —replicó Nick al tiempo que volvía a colocarla encima.

La estremeció sentirlo duro otra vez, pero intentó mostrarse imperturbable.

—Puede.

—Más vale que retires eso —le advirtió Nick en broma.

—¿O qué? —Maggie alzó la barbilla.

—O tendré que aprovecharme de tus debilidades.

—Inténtalo si quieres.

—¿Ahora? —Nick empezó a hacerle cosquillas por la cintura.

—No, cosquillas no —suplicó Maggie entre risas—. Por favor.

—¿Retiras lo que has dicho? —le preguntó sin dejar de hacerle cosquillas.

—Sí, sí. —Maggie no podía parar de reírse—. Lo retiro. Eres más que un compañero de piso. Mucho más.

Nick dejó quietas las manos y la miró atentamente. Maggie sabía lo que acababa de decir y cómo había sonado, pero era la verdad y ambos lo sabían.

Todos los miedos, todos los pensamientos se desvanecieron cuando Nick la estrechó de pronto entre sus brazos y la besó con deliciosa ternura.

La soltó con la misma ligereza, pero ya era demasiado tarde. Maggie lo había sentido: había sentido lo que quiera que hubiese pasado entre los dos. Un sentimiento extraño pero maravilloso, como de dos almas que conectaran. El corazón había dado vida a aquel pensamiento, pero la cabeza prefirió apartarlo.

—Hace un calor asfixiante —dijo al tiempo que se separaba del regazo de Nick y de la arriesgada idea de quitarse de lo único que aún llevaba encima. El guardapelo—. Voy a enchufar el ventilador.

—De acuerdo. —Nick esbozó una sonrisa perversa—. Yo te miro.

Maggie le devolvió la sonrisa y tiró de la sábana para cubrirse.

—Esto no es un espectáculo de mirones, amiguito —dijo mientras ponía el ventilador sobre el tocador, tirando sin querer algunas cosas al ir a hacer espacio. Se agachó a recogerlas y le llamaron la atención unas tarjetas—. ¿Qué es esto?

—Parecen tarjetas de presentación.

—Anthony Kaplan. Dunhill Road número 605. Santa Flora —leyó Maggie en voz alta—. Y hay un número de teléfono local.

—Será el de mi padre.

—¿Vive aquí?, ¿tienes familia aquí? —preguntó ella y Nick asintió—. No puedo creérmelo: dijiste que no tenías dónde alojarte.

Nick se incorporó sobre el cabecero y respiró profundo.

—No considero que pueda alojarme en casa de mi padre —contestó al cabo de unos segundos—. No me llevo bien con él. Apenas nos hablamos una o dos veces al año.

Pensó que debería haberla enfadado que, al discutir las opciones de alojamiento el primer día en la agencia, Nick le hubiera dicho que no tenía dónde vivir. Pero se sentía feliz. Jamás se había sentido tan feliz. Se alegraba infinitamente de que hubiera acabado compartiendo piso con ella, de que la hubiera acompañado a Las Vegas y de que en esos momentos estuviese allí, desnudo en su cama.

También sintió curiosidad por su pasado y por la evidente

amargura de Nick hacia su padre. Se sentó en la cama a su lado y preguntó con el mayor tacto posible:

—Si me permites la indiscreción, ¿por qué no te llevas bien con tu padre?

—Digamos que nunca lo complací —respondió Nick, encogiéndose de hombros, tras dudar unos segundos—. Nunca hacía suficiente para que se sintiera orgulloso de mí. Mi hermana dice que ha cambiado. Hasta él dice que ha cambiado. Y a mí mismo me da la impresión de que es verdad cuando hablamos por teléfono, pero no sé si… Lo cierto, Chica Montana, es que quería vivir aquí… Contigo —finalizó después de darle un beso en la palma de la mano.

Maggie sintió como si un abrigo de seda le acariciara el corazón. Aparcó la cuestión anterior y fingió estar disgustada:

—Debería castigarte por haberme hecho trampas.

—Bueno, ¿quién te lo impide? —contestó Nick, esbozando una sonrisa traviesa—. Haré lo que quieras —añadió mientras se estiraba en la cama.

La cabeza de Maggie se llenó de imágenes eróticas, pero todavía eran más intensos los anhelos de su corazón.

—Quiero dos días enteros contigo —contestó por fin. Ya estaba. Lo había dicho. Todo cuanto podía. Porque, viendo la suerte de su madre y su abuela, si se hubiera atrevido a declararle su amor, habría convocado la maldición de las Conner.

—¿Nada de citas en las próximas cuarenta y ocho horas? —Nick enarcó una ceja.

Nada de citas en la vida, quiso responder. Pero tendría que conformarse con dos días, pensó, aunque en su interior la avisaba de que no sería suficiente.

—Nada de citas en las próximas cuarenta y ocho horas —repitió mientras se acercaba a Nick.

—Me gustan tus castigos —murmuró éste al tiempo que la colocaba boca arriba sobre el colchón.

—Ya sabes. —Maggie sonrió—. Mañana, después del trabajo, eres todo mío.

—Tengo que cenar en casa de mi familia —recordó de pronto con voz sombría. Pero enseguida se le iluminó la cara y posó un beso suave sobre los labios de Maggie—. No vas a tener más

remedio que acompañarme.

—Trato hecho —aceptó ella mientras recorría con las manos los músculos de su espalda—. ¿Y después de cenar?

—Vendremos a casa por el postre —contestó Nick, sonriente.

* * *

La casa de Anthony Kaplan no era una casa. Esa palabra no se ajustaba a la realidad. Pues, más bien, era una mansión enorme, con tierras, un solárium y un servicio completo de criados.

Y un salón exquisito, pensó Maggie mientras hacía inventario mentalmente, sentada a cenar con Nick y su familia.

Era un espacio oblongo que sobresalía del resto de la casa, aparentemente suspendido sobre un frondoso jardín trasero fresco y verde con senderos de piedra en medio. Desde su privilegiada posición, parecía un lugar mágico, que Hansel y Gretel podrían haberse encontrado camino de la casa de chocolate.

Ventanales de suelo a techo formaban las dos paredes. Y delante de cada ventanal se alzaban sendos pilares de mármol blanco con una estatua de bronce. En el extremo del salón había un pequeño escenario con un precioso piano blanco situado justo en el centro.

Era un lugar idílico. Nada ostentoso, menos aún en una casa de ese tamaño. De hecho, resultaba acogedor. Igual que la familia, pensó mientras servían diversos platos de olor delicioso en la mesa, decorada con velas.

—Creo que Contactos Maggie es lo mejor que le podía pasar a esta ciudad adormecida.

—Gracias, señor. —Maggie miró al padre de Nick con una sonrisa afectuosa.

—Nada de señor —dijo él—. Llámame Anthony, por favor.

No fue la primera vez que Maggie se sentía confundida desde que habían llegado. Por la forma en que Nick había hablado de su padre, se lo había imaginado como a un gruñón cascarrabias. Notaba cierta tensión entre ambos y Nick estaba más callado que de costumbre, pero no advertía por ninguna parte la animadversión que había supuesto.

Anthony Kaplan era un hombre con carácter, hasta ahí estaba de

acuerdo, pero también era dulce y atento. Y muy atractivo. Tenía la cabeza poblada de pelo gris y una barba recortada, ojos azul oscuro y hombros anchos. Medía más de metro ochenta y cinco y, al igual que su hijo, llenaba cualquier habitación con su presencia.

Le había caído bien desde el principio.

Y la hermana de Nick también. Anne era tal como la había descrito Nick mientras la llevaba a la casa en la moto. Bonita, inteligente y alegre. Apenas había necesitado unos pocos minutos para sentir que acababa de conocer a una buena amiga. Se habían desternillado de risa cuando Anne le había explicado la reacción de Nick, tirándose al suelo en la tienda del centro comercial, la semana anterior.

Maggie no había dicho una palabra sobre el motivo por el que habían ido allí. Esa parte le correspondía contarla a Nick.

Pero éste no parecía capaz de compartir mucho en ese momento. Estaba demasiado hipnotizado contemplando el cambio de su padre. Anne tenía razón. Parecía que se sentía en paz consigo mismo, contento. Aunque habían hablado algo de tanto en cuanto, por teléfono no había podido apreciar en toda su dimensión los cambios. Nick no había querido fiarse de la presunta transformación, pero esa noche no podía negarla.

Como tampoco podía negar que se lo estaba pasando bien. Parecía que tras la tensión inicial entre él y su padre cuando había llegado con Maggie, ambos se habían relajado… firmando una especie de pacto por esa noche.

—¿Crees que podrías encontrarme un buen hombre, Maggie? —preguntó Anne antes de dar un sorbo de vino.

—Seguro. —Maggie sonrió.

—Eres demasiado joven para andar con citas —dijo Nick con un brillo travieso en los ojos.

—Tengo veinticuatro años —replicó ella.

—Pues eso, demasiado joven.

Anne le protestó a su padre mientras Maggie le daba a Nick un codazo:

—Yo tengo veinticinco: lo sabes, ¿no? —susurró.

—Pero tú no eres mi hermana —contestó Nick, sonriente, también en voz baja.

No pudo evitar aspirar la fragancia de Maggie. Una fragancia

que emborrachaba sus sentidos: una mezcla de rosas y vainilla. Estaba deslumbrante con un sencillo vestido negro, unos sencillos zapatos negros de tacón y el pelo suelto sobre los hombros. Nunca le había gustado lo sencillo, pero a Maggie le sentaba de maravilla… increíblemente *sexy*.

—Tengo amigas que me han contado historias fantásticas sobre agencias de contactos —comentó Anne—. Mi compañera de piso se apuntó a una que había cerca de la facultad y tuvo dos citas geniales.

—El objetivo de Maggie no es ése —terció Nick—. Ella no se limita a buscar a una persona para pasar un buen rato un día.

—¿Ah, no?, ¿y entonces qué hace, sabelotodo?

—Te encuentra al amor de tu vida, a tu alma gemela —contestó con voz neutra.

Todos se quedaron paralizados, con el tenedor suspendido a medio camino, mirándolo. Ninguno entendía cómo había salido eso de su boca. ¿Por qué no hacía un cartel donde pusiera «ESTOY LOCO POR ESTA MUJER» y se lo colgaba al cuello?

Anthony deslizó la mirada de Nick a Maggie. Luego, sonrió y continuó comiendo.

—¿Crees que a mi edad podría encontrar un alma gemela, Maggie? —preguntó.

—Creo que se pegarán por ti —respondió ella con una bonita sonrisa—. Acabas de cumplir treinta, ¿no?

Su padre rió y Nick sacudió la cabeza, incrédulo. Era Maggie. Hacía milagros con las personas. Sabía cómo tratarlas. Había engatusado a su padre y a su hermana con su espontaneidad… por no decir a él mismo, desde el primer día.

—Basta con que lleves el carné de identidad cuando te acerques, Anthony —añadió, tuteándolo con confianza.

—Lo haré —dijo él antes de mirar a Nick—. Podíamos quedar en la agencia el día que me pase. Comer juntos.

—Tengo bastante trabajo —contestó Nick automáticamente.

—Estás liado con el proyecto del albergue, ¿no? —dijo Anthony en tono comprensivo—. ¿Qué tal va?

—Bien.

—¿Sabías que mi hijo me ganó en la puja por la concesión de ese proyecto? —le preguntó Anthony a Maggie.

Ya estaba, pensó Nick. Seguro que a continuación le diría que si hubiese trabajado para él, habría tenido trabajos de la misma envergadura nada más salir de la universidad.

Pero su padre se limitó a sonreír.

—Es un contratista excelente —afirmó—. Excelente.

Casi se le salieron los ojos de las órbitas. ¿Qué estaba pasando? Era como un universo paralelo. ¿Alabanzas?, ¿de su padre? No tenía la menor idea de cómo reaccionar ante aquello. Era demasiado extraño… demasiado frágil.

—¿Quizá puedas sacar un hueco para un aperitivo el viernes? —le preguntó Anthony con naturalidad.

Todos aguardaron expectantes. Nick sintió como si estuvieran pasándole un rodillo enorme sobre el pecho.

«La vida es corta», se repitió entonces y asintió con prudencia.

—De acuerdo, papá.

—Perfecto —dijo éste y siguió comiendo.

Sin pensarlo dos veces, Nick estiró el brazo bajo la mesa y tomó una mano de Maggie, la cual la apretó cariñosamente mientras continuaba su conversación con Anne sobre la facultad de Medicina.

No supo con precisión qué le hizo buscar aquel gesto tan íntimo con Maggie, pero no se detuvo a analizarlo. Y se dedicó a disfrutar de lo que estaba viviendo. La paz llenaba todos los rincones de aquella casa, tan fría hasta entonces, y Nick no pudo evitar pensar que Maggie era en parte responsable. Por la paz y, lo que era más importante, por los primeros ladrillos que él y su padre acababan de retirar del muro que los había separado tanto tiempo.

Más adelante, pensó, cuando se quedara a solas con Maggie y el mundo se detuviese, le mostraría su gratitud.

Era cerca de medianoche cuando se acomodaron en la cama de Nick.

Una lluvia delicada caía al otro lado de la ventana abierta, refrescando el ambiente y perfumándolo. Pero dentro, bajo las sábanas, ardía un fuego que jamás se extinguiría mientras estuviese cerca de Maggie.

Iluminados por velas, sus ojos cambiaban de color con cada arremetida de Nick, que empujón a empujón iba llevándola hasta el borde del precipicio.

Maggie le rodeó la cintura con las piernas para hundírselo

todavía más dentro mientras sus cuerpos se movían acompasados al ritmo de una canción silenciosa. Una expresión de placer absoluto dulcificaba su rostro a medida que los gemidos se hacían más altos.

Fuera de sí, transportado más allá de la realidad, Nick se sumergía entre los labios verticales de Maggie, cada vez más tensa, hasta alcanzar el clímax y acariciar la luna.

Permaneció dentro de ella y giró para mirarla cara a cara, apoyado sobre un costado. Luego, le besó los ojos, las mejillas y, por último, la boca, consciente de que nunca se había sentido tan desnudo en la vida. Ni tan potente.

Capítulo 10

«¿Reconocerías al amor de tu vida si se te presentara delante? Maggie sí: deja que te abra los ojos».

Maggie miró a Nick sobre la vela de la mesa. Ella sabía cuál era el amor de su vida. Estaba sentado a su lado en la terraza del Sunset Café, oyendo los conmovedores acordes de una guitarra acústica. Y sí, comprendió de pronto, ella lo había reconocido nada más presentársele delante.

El olor dulce de la tarta de fresa se mezclaba con el aroma picante del mar cercano. El postre permanecía entero mientras disfrutaban de la actuación y, por debajo de la mesa, Nick abrazaba sus pequeños pies entre los suyos.

Había sido una cena perfecta. Comida extraordinaria y compañía insuperable. Todo en la línea de los anteriores dos días y noches.

Maggie siempre había pensado que dormir con un hombre, el hecho de dormir en sí, sería incómodo, inquietante incluso. Pero no podía haber estado más equivocada. Dormir con Nick era agradable, cálido, como echar una siesta bajo la sombra de un árbol en uno de esos días perfectos de verano ni demasiado calurosos ni demasiado frescos.

Y despertar envuelta en sus brazos, sintiendo su fuerza… qué no daría por despertar así el resto de su vida.

Su cabeza nadaba en un mar de posibilidades que siempre le había dado miedo considerar. Con cada segundo que pasaba a su lado, sentía que sus temores del pasado se desvanecían. ¿Podría ser?, ¿conseguiría vencer la maldición de las Conner con Nick?

Pero, aunque fuese posible, nunca podría decirle que estaba enamorada de él; que dejara de ir de un lado para otro y se quedase a su lado; que compartiese sus días y sus noches y construyese una familia con ella.

Nick nunca había dado indicio alguno de querer algo más, de querer una relación formal. Mientras que sí le había dicho que se marcharía cuando terminara aquel trabajo.

—¿En qué piensas, Chica Montana?

—En nada —reaccionó Maggie, esbozando una sonrisa inocente. ¿Acaso siempre tenía que estar tan atractivo? Llevaba una camisa gris, pantalones negros y una sonrisa matadora.

Sintió un profundo amor en el corazón. Y una profunda tristeza. A partir del día siguiente se alojaría en casa de su padre. Tenía programada una semana llena de citas que a esas alturas no podía cancelar y Nick no quería quedarse con Maggie mientras tanto. Y, como estaba perdiendo la cabeza, empezó a martirizarse pensando que se había cansado de ella y quería alejarse para conquistar a otra mujer.

—¿Estás bien? —le preguntó Nick, notándola ausente.

—Sí… un poco llena, nada más.

—No puedes irte sin, por lo menos, probar la tarta. Es la especialidad de la casa. —Nick partió un trozo y acercó el tenedor hacia la boca de Maggie—. Una delicia que se derrite en la boca.

—Pareces un anuncio. ¿Seguro que no te has equivocado de vocación? —dijo ella, riéndose, justo antes de devorar el pedazo de tarta de frambuesa con helado de vainilla.

—Los talentos ocultos deben permanecer ocultos —contestó Nick.

—No estoy de acuerdo. Yo creo que es mejor sacarlos todos fuera y a ver qué ocurre.

—¿De veras? —Nick la miró con un brillo en los ojos—. Pues resulta que conozco tus asombrosos talentos; pero estoy realmente interesado por descubrir lo que escondes… ¿en el guardapelo, por ejemplo?

Como guiada por una fuerza cósmica, Maggie se llevó una mano a la joya ovalada del collar.

—Creía que te habías olvidado del tema.

—Ni lo sueñes. —Nick dio un sorbo de café—. ¿O te referías sólo

a mí cuando hace un segundo hablabas de sacarlo todo afuera?

Por supuesto. ¿Acaso no entendía a las mujeres?

—Sólo es para acordarme de mi padre, ¿vale? —contestó por fin Maggie. Le extrañó que decirlo no le hubiera dolido tanto como siempre había pensado.

—Creía que no habías llegado a conocerlo.

—No lo conocí… no lo conozco.

—Vamos, Maggie. —Nick le agarró una mano y le besó la palma —. Cuéntamelo. Tú sabes bastantes cosas de mi familia. Quizá te venga bien.

Maggie quiso hacer lo que acostumbraba en momentos así: reírse, gastar cualquier broma y cambiar de conversación. Pero esa vez no le vio sentido. Nick era muy testarudo cuando se empeñaba en algo y ella no tenía ganas de resistirse. Además, él había compartido a su familia, y sus secretos de familia, con ella.

—Mi madre lo conoció en la playa durante las vacaciones de verano cuando iba a la universidad. Él se ganaba la vida haciendo surf y todas las mujeres estaban locas por sus huesos: alto, moreno, guapo y todo eso… Pero él sólo tenía ojos para mi madre. Según me contó, al principio fue todo muy romántico, hogueras y picnics en la playa, días enteros juntos bajo el sol. Hasta que una noche hicieron… —Maggie no pudo terminar la frase—. Y cuando unas semanas después le dijo que estaba embarazada, él contestó que se marchaba a Hawai al día siguiente.

—¿Y le dio el guardapelo antes de marcharse? —preguntó Nick, acariciándola con una mirada comprensiva.

—No… digamos que le dejó lo que está dentro —contestó con suavidad.

Maggie agradeció que Nick no la presionara al respecto.

—Pero tu vida puede ser totalmente distinta a la de tu madre —comentó éste.

—Supongo que todo es posible, ¿verdad?

—Exacto. —Nick le dio otro beso en la mano—. ¿Qué te parece si vemos una peli?

Lo último que necesitaba era una película. Necesitaba sentirlo cerca de ella, desnudo a su lado, haciéndole olvidar el pasado y el futuro durante unas horas.

—¿Qué te parece si pedimos que nos envuelvan esta deliciosa

tarta y nos la llevamos a casa?

—¿Y volvemos a tomar el postre en la cama? —preguntó Nick y ella sonrió—. Me parece una idea fantástica.

«Y a mí me parece que te quiero».

«Citadicción». Era el peligro que corría si volvía a meterse cinco citas semanales. Tenía que ser un récord o algo así, pensó mientras dejaba la moto en el aparcamiento de la sede del periódico Seaside Press.

Todas las mujeres con las que había quedado habían sido simpáticas y atractivas. A una de ellas hasta la había contratado para el puesto de decoración de interiores del albergue. No había tenido problemas para mantener una conversación agradable con ellas.

Pero ninguna lo había hecho olvidarse de Maggie. Había sido caballeroso, atento, amistoso, pero a la menor insinuación se había excusado con tacto y había puesto fin a la velada.

Ninguna mujer se había colado jamás en su mente y en su corazón como Maggie. Cada noche había recorrido la autopista costera para despejarse la cabeza con el viento y apaciguar su cuerpo.

Y aunque le había funcionado durante un rato, su cerebro no había tardado en volver a llenarse de imágenes en las que Maggie aparecía en la cama por la noche, simplemente tumbada junto a él. Echaba de menos bromear con ella, las discusiones, la sonrisa que la iluminaba cuando algo la sorprendía o la violentaba.

Las llamadas para informarla de sus impresiones sobre las citas habían sido cortas e impersonales, aunque habían alcanzado para que notase que Maggie también lo echaba de menos. Cuanto más tiempo pasaba soñando con ella en casa de su padre, más convencido estaba de qué quería intentar tener una relación. No podía ofrecerle nada permanente, pero tenía la certeza de que quería verla más a menudo.

Sonrió mientras entraba en la sede del periódico. Era algo extraño para él. Nunca había sido un hombre de una sola mujer, ni había querido serlo, a decir verdad.

Y al día siguiente por la noche, después de su última cita, volvería a casa con ella, la abrazaría y le diría que no quería salir con ninguna otra mujer. Sólo con Maggie, pensó mientras le

indicaba su nombre al recepcionista.

Estaba dispuesto a cortar con sus miedos a las relaciones de pareja y, de premio, iba a proporcionarle una historia estupenda al periódico para hacer publicidad de la agencia de Maggie.

Sería su regalo para compensarla y decirle que, después de todas sus protestas en relación con sus servicios de casamentera, creía en ella. Aunque tendría que esperar unos días para leer el artículo, hasta que lo publicaran en la sección de negocios.

Las palabras de Maggie, aquella noche en la playa, seguían repitiéndose en su cabeza: «podrías quedarte en un sitio si quisieras», le había dicho.

Y quería, pensó mientras lo recibía el entrevistador. De momento, no le cabía la menor duda de que quería.

Al día siguiente, Maggie se despertó temprano y descolgó el teléfono para oír los mensajes del contestador de la agencia. Al parecer, la mujer de la última cita que le quedaba a Nick no iba a poder asistir. La pobre tenía gripe y, según decía, apenas podía levantar la cabeza de la almohada.

Aunque intentó sentirse decepcionada, pues su objetivo era conseguirle el máximo número de citas, fue inútil.

Se levantó de la cama contenta y aliviada, se puso una bata fina y bajó al trote las escaleras con una sonrisa inabarcable.

Podía llamar a Nick en ese mismo instante, pensó, y decirle que volviera a casa… O mejor todavía: podía presentarse en el lugar de la cita por la noche, en vez de la mujer a la que esperaba. Una sorpresa. ¿Qué pensaría si la viera entrar en el restaurante con el vestido rojo de Las Vegas y se sentara a su lado?

Eso, qué pensaría, se preguntó frente al espejo del vestíbulo. De acuerdo, habían pasado un par de noches divertidas; pero ¿qué futuro podían esperar? Desde el primer día, Nick le había advertido de que no creía en el amor ni en las relaciones estables. Y en menos de seis meses se marcharía de Santa Flora.

¿Estaba dispuesta a tener una aventura de seis meses?, ¿podría soportarlo su corazón cuando se les acabase el tiempo? El guardapelo brilló sobre la base de su cuello y le recordó lo que simbolizaba, le preguntó si estaba dispuesta a arriesgarse a una vida de tristeza a cambio de seis meses maravillosos, por no hablar de exponer al hombre al que amaba a un peligro incierto.

Desvió la vista del espejo y trató, en vano, de despejar la cabeza. Llevaba toda la vida oprimida por aquel temor. ¿Iba a dejarse atrapar por él de nuevo?, se preguntó mientras abría la puerta para recoger el periódico.

Luego, volvió a la cocina y se sirvió un café. Quizá debiera sumergirse en el trabajo, apartar todas las dudas y preocupaciones durante unas horas. La noche siguiente inauguraba la agencia y, aunque lo tenía todo bastante controlado, aún quedaban algunos detalles de los que ocuparse.

Respiró hondo, se sentó, puso la taza de café en la mesa y hojeó el periódico. Había puesto un anuncio a toda página para invitar a todos los habitantes de Santa Flora a la inauguración. Deseó que resultara tan llamativo como esperaba. Echó dos terrones de azúcar en el café, pasó un par de páginas con la otra mano.

Y, de pronto, se quedó helada.

En la cara contraria al anuncio había una entrevista. Una entrevista a Nick. Titulada *¡Maggie me encontró pareja!*

Con ojos incrédulos, leyó con atención el artículo. Donde decía que al principio era muy escéptico, pero el servicio funcionaba… Donde invitaba a apuntarse en Contactos Maggie a quien quisiera encontrar un alma gemela… Donde aseguraba que Maggie le había encontrado la mujer de sus sueños.

No podía tragar, el corazón le latía desbocado. ¿Nick había encontrado a la mujer de sus sueños?, ¿cómo era posible? ¿Por qué no se lo había dicho? De acuerdo, no habían hablado mucho, y cuando lo habían hecho, lo había notado distante. Pero lo había atribuido a que estaba disgustado por verse obligado a seguir acudiendo a aquellas citas.

Sólo había pasado una semana. ¿Habría sido amor a primera vista? Dios, ella siempre había sabido que esas cosas pasaban. Y era lo que al principio quería. Pero…

Dejó caer el periódico y reposó la frente sobre sus manos trémulas. ¿Cómo podía haber sido tan tonta?, ¿cómo se había atrevido a creer que podía desafiar a la maldición y vencerla?

Y, sobre todo, ¿cómo podía haber sido tan tonta para creer que Nick Kaplan podría quererla como ella a él?

Era una casamentera y le había encontrado el amor de su vida. ¡Hurra!, pensó mientras se le saltaban las lágrimas de los ojos.

Se levantó, despacio, se secó las mejillas y miró hacia el teléfono. Lo que hubiera que decir podría decirse por teléfono. No tenía por qué verlo en persona, mirarlo a los ojos y desear patéticamente que todo fuera un error. Que Nick la quisiera tanto como ella a él.

Pero no llamó. Maggie supo que esa noche se presentaría en el restaurante. Y tendría que prepararse para uno de los trabajos de interpretación más difíciles de toda su vida.

—¿Quiere beber algo, señor?

—Una cerveza, por favor —dijo Nick, sonriendo a la camarera.

Estaba de un humor excepcional. El albergue crecía día a día y los obreros estaban haciendo un trabajo excelente. Y había quedado con su padre para jugar al golf la semana siguiente. No sabía ni sujetar el palo, pero le gustaba poder verlo por fin como a un amigo.

Nick le había hablado de sus planes con Maggie, de quedarse en la ciudad. Y Anthony Kaplan no le había pedido que asumiera la dirección de su empresa. Se había limitado a darle un abrazo y a decirle:

—Bienvenido a casa.

¿Quién lo habría pensado? Las piezas empezaban a encajar. Y, sobre todo, esa noche tenía su última cita, terminaba el acuerdo al que había llegado con Maggie. La cual, aunque de forma imprevista, había conseguido su objetivo.

Miró el reloj. Eran las siete y media y la cita no aparecía, pensó mientras miraba hacia la entrada.

Vio a un par de parejas, pero a ninguna mujer sola. Quizá lo dejaran plantado, pensó sonriente. De pronto pestañeó. ¿Aquella mujer no era Maggie? Se le aceleró el corazón. Claro que lo era y, con aquella camiseta blanca ajustada y una falda larga rosa, estaba para comérsela.

Se levantó mientras Maggie se acercaba a él.

—Hola, Nick.

—¿Qué haces aquí?, ¿va todo bien?

—Tu cita no va a poder venir.

—Gracias a Dios, porque ya no quería más citas —dijo Nick. Sin duda, el día no poder ser mejor—. ¿Por qué no te sientas?, ¿qué quieres beber?

—No, gracias. No puedo quedarme.

¿Por qué no lo miraba a la cara? Su voz sonaba fría y distante. De hecho, toda ella parecía indiferente. Decidió echar mano del humor.

—Así que con esto queda clausurada la temporada de citas, ¿no?

—En parte he venido por eso —dijo ella con sequedad.

—¿De veras? —contestó Nick. La cosa sonaba prometedora.

—Quería darte las gracias por cumplir hasta el final el acuerdo al que llegamos. —Maggie alzó la barbilla—. Creo que tu ejemplo es justo lo que necesito para que los hombres se apunten a la agencia.

—Me alegro. —Nick empezó a preocuparse. Maggie seguía hablándole como si fuera un iceberg—. ¿Y ahora qué? —preguntó con la esperanza de obtener alguna pista que le explicara aquel cambio tan brusco de actitud.

—Me beneficiaré de toda la publicidad. —Maggie respiró hondo y se encogió de hombros— y luego me pondré con mi siguiente cliente. Ya han llamado veinte hombres para apuntarse. La inauguración será todo un éxito.

Nick frunció el ceño. ¿Cliente?, ¿había empezado a hacer planes de futuro con Maggie para oírla decir que a continuación se pondría con el siguiente cliente? La miró a los ojos. ¿Tanto se había equivocado con ella? Porque daba la impresión de que Maggie no quería saber nada más de él toda vez que ya lo había utilizado en beneficio de la agencia.

—Entonces, ¿eso es todo?

—Sí. —Maggie desvió la mirada hacia la salida—. Sólo una cosa más: ¿te importa pasarte por la agencia mañana por la noche para hablar con unos periodistas?

Ya estaba, aquello había sido la puntilla. Para Maggie todo había sido una mera cuestión de negocios.

—Sin problemas —contestó finalmente, agarrando la botella de cerveza con tanta fuerza que no se habría extrañado si se hubiese roto.

Durante diez años, había sido él quien había visto las aventuras como meras aventuras, el que había sabido bailar sobre aquel delgado filo, tratando de no infligir más daño del necesario. Pues bien, había llegado el día de ajustar las cuentas.

De repente deseó que el proyecto del albergue terminara cuanto

antes para poder marcharse otra vez. Sin mirar atrás, sin arrepentimientos.

—Te lo agradezco —dijo ella con los ojos cerrados—. Hasta mañana entonces.

—Sí, hasta mañana.

La miró salir del restaurante y sintió que se llevaba su corazón consigo. Pero se le pasaría, se dijo mientras daba un trago largo de cerveza. Lo superaría. En la carretera. Era el mejor sitio. El único sitio al que de verdad pertenecía.

Pero esa vez se evitaría problemas y viajaría lo más lejos posible del cielo de Montana.

Capítulo 11

«Tu pareja perfecta te espera. Deja que Maggie encuentre tu media naranja».


—¿Dónde los pongo, Maggie?

De pie tras la mesa de recepción, Maggie miró los dos letreros que Kitty sostenía en las manos. Letrero que había encargado una semana antes. Cuando se sentía de veras inspirada.

Eran las diez de la mañana y había recibido confirmación de cincuenta personas para la inauguración. En nueve horas, la agencia estaría abarrotada de solteros de Santa Flora, dispuestos a entablar una relación romántica.

Y su sueño se haría realidad.

Aunque pensó que debería sentirse pletórica, sólo tenía ganas de meterse en la cama y llorar bajo las sábanas.

Pero ¿de qué serviría?

Su orgullo, su felicidad y su economía dependían de que el negocio funcionase, de modo que no podía dejar que lo que sentía por Nick le impidiera alcanzar sus objetivos.

¡Lo echaba tanto de menos! Lo más duro era que no encontraba motivos para estar enfadada con él. Ninguno había hablado de amor ni compromisos, por más que ella hubiera deseado hacerlo. Si alguien tenía la culpa de que le hubiera roto el corazón, era ella y nadie más. Pues ella lo había empujado para que encontrara a una mujer especial.

Pero eso no evitaba que lo amase, y se preguntaba si alguna vez dejaría de hacerlo.

La noche anterior, de regreso del restaurante, había descolgado el teléfono para llamarlo. Pero ¿qué podría haberle dicho que no lo hubiese puesto en la incómoda situación de tener que reconocerle que él no sentía lo mismo por ella?

Era la primera vez que le partían el corazón. Y sería la última. A partir de entonces, se concentraría en el trabajo. Con el tiempo lograría borrar la huella que Nick había marcado en su corazón. Lo mejor que podía hacer era no contarle a nadie cuánto lo quería, para protegerlo al menos de la maldición y dejar que fuera feliz con quien quiera que fuese de quien se había enamorado.

—¿Maggie?

—Perdona, abuela. —Maggie sacudió la cabeza y examinó los letreros—. ¿Qué te parece si ponemos uno encima de la mesa y otro…?

—¿Colgado al cuello de Nick? —bromeó Kitty.

—En la sala de vídeo —susurró Maggie.

Luego, respiró profundamente, se dio la vuelta y empezó a bucear en el interior de una bolsa de adornos en busca de nada particular.

—Deberías haberle dicho lo que sentías por él —dijo Kitty.

—Lo superaré.

—No es tan fácil. El amor no es un grifo que se abre y se cierra a nuestro antojo.

—Bueno, pero tendré que intentarlo —contestó Maggie. Y si no conseguía regular el grifo, pensó mientras sacaba un puñado de globos con forma de corazón, cortaría la llave de paso del todo.

—Es evidente que hizo esa entrevista por ti —comentó Kitty.

La había hecho para ella, no por ella, la corrigió Maggie mentalmente.

—Y se lo agradezco. Se lo agradezco de veras. Ha conseguido atraer a muchos hombres solteros, que era el propósito —respondió antes de sacudir la cabeza—. Pero ¿por qué no me lo dijo antes? ¿Por qué no me contó que había encontrado a la mujer de sus sueños?

—No lo sé, cariño. —Kitty intentó insuflar algo de aire en uno de los globos, pero desistió al ver que no se hinchaba—. Pero te digo una cosa: Nick te quiere. Llevo cincuenta años uniendo parejas y veo las señales.

El corazón dio un pequeño saltito de esperanza. Pero no podía creer que Nick la quería. Era como el día en que Paula Jenson le había dicho que Papá Noel no existía. Durante horas, después del colegio, Maggie había llorado contra el pecho de Kitty. Pero cuando se le hubieron secado las lágrimas, ésta la regañó por creerse una bobada así.

—Yo lo he visto muchas veces, hasta he hablado con él.

Y, aunque ya no era una niña, todavía le gustaba creer que Papá Noel existía.

Como le encantaría dejarse abrazar por la reconfortante y cálida fantasía que su abuela acababa de ofrecerle. Pero esa vez no podía negar la realidad.

Había perdido a Nick.

Peor aún: ni siquiera había llegado a tenerlo.

Nick hizo repaso mental de todos sus contactos en busca de alguna persona con capacidad y medios suficientes para que terminara el albergue, pues, después de aquella noche, quería marcharse lejos de la ciudad y de Maggie Conner.

Estaba sentado en la orilla, junto a las obras, mirando las olas romperse en mil crestas blancas. Aunque le costara reconocerlo, echaría de menos vivir allí. El cielo estaba despejado y soplaba una brisa cálida. Pero necesitaba alejarse. Tenía muchas cosas que olvidar. Como a una diosa de melena negra con unos ojos que lo habían cautivado.

—Pensé que te encontraría aquí —oyó decir, de pronto, a sus espaldas. Nick se giró hacia su padre—. Yo también me refugiaba en el trabajo cuando las cosas se torcían. A veces era como si no tuviera otro lugar para pensar —añadió mientras se sentaba junto a su hijo.

Nick permaneció en silencio. No se sentía con fuerzas para hablar con nadie, de modo que siguió mirando al frente, con la vista perdida en las olas.

—Siento no haber estado contigo y con tu hermana cuando erais pequeños —dijo Anthony al cabo de unos segundos—. Estaba intentando levantar un negocio y me olvidé de mi familia. Mis padres habían pasado muchos apuros económicos y yo quería algo mejor para mis hijos. Y aunque sé que no puedo cambiar lo que pasó, sí te puedo pedir que me perdones por todo lo que te insistí en

que…

—¿Cómo?

—Sí. —Anthony sonrió—. Y me alegra mucho que fuese capaz de convencerte. Eres un hombre formidable, Nick. Estoy orgulloso de ti.

No hizo que su corazón saltara de alegría, pero algo era algo. De hecho, era el algo que había querido oír durante años. Y sonaba bien.

—Así que, si me lo permites, voy a empezar a ejercer de padre ahora —prosiguió Anthony—. Me parece que te puede venir bien.

—La verdad es que sí que podrías echarme una mano —dijo Nick mientras se ponía de pie—. Me gustaría marcharme de la ciudad. ¿Conoces a alguien que pueda encargarse de terminar la obra?

—¿Tienes otro trabajo adonde ir?

—No.

Anthony se incorporó con lentitud. Por primera vez en su vida, Nick advirtió que medían casi lo mismo, tenían la misma constitución.

—Podría buscar en la agenda de trabajo —dijo su padre al tiempo que ponía una mano sobre el hombro de Nick—. Pero creo que necesitas otro tipo de ayuda.

—¿A qué te refieres?

—Tú no quieres marcharte.

—Te equivocas —contestó Nick.

—¿Le has dicho que la quieres?

—¿Qué? No. Yo… —Nick se pasó una mano por el pelo. ¿Cómo sabía su padre lo que había pasado entre Maggie y él? Nunca le había dado detalles de su relación. Aunque, en el fondo, daba igual, porque en realidad no había pasado nada entre ambos—. No la quiero —contestó finalmente.

—No te creo, hijo. Es más, creo que estás loco por ella —contestó Anthony.

—No, simplemente estoy loco. —Nick apretó los dientes—. Por última vez, papá: Maggie no forma parte de mi vida.

—Entonces, ¿qué es este artículo?

Nick agarró a regañadientes el ejemplar del periódico enrollado que su padre había sacado del bolsillo interior de la chaqueta. Lo

miró. Vio el anuncio de Maggie. ¿Y qué? Era para su agencia. ¿Acaso no era lo único que le importaba?

—¿Qué me quieres decir? —preguntó por fin.

—Que dejes de ser tan terco y prestes un poco de atención —contestó Anthony mientras se daba la vuelta—. Estoy a pie de obra si me necesitas.

Nick volvió a mirar el periódico y reparó en el titular de la página opuesta al anuncio de Maggie: *¡Maggie me encontró pareja!*

Se quedó clavado en el titular. Se suponía que el artículo no debía salir hasta el día siguiente. ¿Por qué lo habrían publicado ese día cuando…?

De pronto, se fijó en la fecha del periódico.

Pertenecía al viernes. Al día anterior.

Maldijo cien veces. Los lerdos del periódico habían publicado el artículo dos días antes de lo previsto. Nick sacudió la cabeza, tratando de despejar la niebla que la ofuscaba. ¿Lo habría visto Maggie? Por supuesto: la entrevista estaba en la página de al lado a la de su anuncio.

Entonces recordó lo distante que se había mostrado la noche anterior en el restaurante. Sí, seguro que lo había leído. Y quizá había pensado que había encontrado a la mujer de sus sueños… sin tener idea de a quién se estaba refiriendo.

Por eso había estado tan fría como el Polo Norte. Se pasó una mano por la cara. Era un idiota por asumir tan rápido que Maggie no lo quería. Un idiota que había estado a punto de marcharse, abandonar a su familia cuando acababa de recuperarla y entregar a otra persona el mejor trabajo que jamás había conseguido su empresa.

Pero había llegado el momento de tomar una decisión. ¿Quería seguir viajando de un lado para otro toda su vida o ir en busca de la mujer a la que amaba y decirle…?

Se quedó helado. No era posible. Un tipo duro como él. Soltó una risotada irónica. Pero sí que lo era: quería a Maggie. Le gustaba todo lo que era. Su empuje, su fe, el empeño con el que se entregaba en todo lo que hacía.

Cómo había creído en él y en que también su corazón podía despertar al amor.

Sacudió la cabeza. Sabía que quizá fuera demasiado tarde. Quizá

ya la hubiera perdido. Pero antes muerto que rendirse sin intentar recuperarla.

Nick regresó junto a su padre y le puso una mano en un hombro para llamar su atención.

—La quiero —le dijo en cuanto Anthony se dio la vuelta.

—Lo sé, hijo. Tienes la misma cara que el día que me casé con tu madre.

Jamás imaginó que lo oiría decir algo tan personal a su padre. Claro que tampoco había imaginado nunca que le confesaría haberse enamorado. Respiró hondo y lo miró sonriente:

—¿Te apuntas a una fiesta esta noche?

—Sólo si vuelves a casa con la chica del brazo.

—Si me acepta, papá. Si me acepta.

Maggie abrió la agencia a las siete en punto. Y a las siete y media, la gran inauguración de Contactos Maggie ya era un éxito oficialmente.

No era que lo pensase sólo ella. Notaba el murmullo ilusionado de todos los solteros que parecían confiados en que Maggie encontraría su pareja. Se habían presentado algunas periodistas, que charlaban, picoteaban y bebían… algunos hasta coqueteaban por su propia cuenta.

La atmósfera invitaba al romanticismo: la intensidad tenue de las luces en la zona de recepción, los cientos de velas encendidas con forma de corazón, titilando como las estrellas en el cielo. Una brisa marina se filtraba a través de las puertas y las ventanas abiertas, balanceando los globos. Las mesas de la comida estaban decoradas con elegancia y un hombre uniformado con corbata negra servía champán en copas de cristal.

Era perfecto.

Sólo faltaba Nick.

Por enésima vez en lo que iba de día, se preguntó si de veras asistiría. Y, en tal caso, ¿iría con la mujer de la entrevista? Respiró profundamente para serenarse. Verlo junto a otra mujer, volcando sus ojos hacia ella, acariciándole la mano… De vez en cuando la besaría y Maggie se moriría un poco más por dentro.

Pero nadie se daría cuenta. Sólo tenía que seguir sonriendo y mostrarse entusiasmada por los treinta y cinco clientes nuevos que acababan de inscribirse.

Miró a su alrededor y divisó a algunas de las mujeres con las que lo había citado, en busca de otras presas.

Entonces se le paró el corazón.

Nick estaba en la puerta, hablando con su abuela y con Ted. También había ido su padre. El pelo le había crecido un poco desde que se lo había cortado y le llegaba hasta el cuello de una camisa verde. Cerró los ojos y se dio la vuelta. No tenían por qué hablar esa noche. Ni siquiera tenían que verse. Probablemente no volvería a verlo después de que terminara de trasladar todas sus cosas a casa de su padre.

—Disculpen, damas y caballeros —lo oyó decir, de repente, y se hizo un silencio denso como la bruma—. Me llamo Nick Kaplan y he venido para contaros mi historia.

No podía respirar. Lentamente, horrorizada, se giró para oír al hombre que le había robado el corazón. El hombre que, justo en ese momento, la divisó y le lanzó una sonrisa pecaminosa.

—Soy un escéptico —arrancó Nick bajo los *flashes* de una cámara de fotos—. Siempre que he creído que el amor era la peor palabra de cuatro letras. De hecho, creía que el amor era una tontería. Así que cuando Maggie me dijo que me encontraría el amor de mi vida, creo que me entró la risa. Pero tenía razón. Maggie Conner me ha encontrado a una mujer que me ha cambiado para siempre, me ha arruinado el gusto por cualquier otra mujer… Lo que ya es decir —añadió después de pasear la vista por las mujeres allí presentes.

Una carcajada generalizada recorrió la agencia mientras Maggie sentía que el alma se le caía a los pies.

—Le dije al periodista que me entrevistó que Maggie me había encontrado a esa mujer —prosiguió Nick, clavando los ojos en los de ella—. Pero no le dije su nombre.

Un silencio expectante se apoderó de la sala. Maggie tenía la sensación de tener una esponja atravesada en la garganta. No quería seguir oyendo. No quería oír el nombre de la mujer que le había arrebatado al hombre al que amaba.

Quería salir corriendo, pero era incapaz de moverse, hipnotizada ante la mirada de Nick.

—Su nombre es Maggie Conner.

Se quedó de piedra, incrédula. No había oído bien. Nick había

dicho que Maggie Conner era la mujer que le había encontrado a su alma gemela.

—Así que lo siento, chicos, me he quedado con la mejor —finalizó Nick, sonriente—. Pero si yo he encontrado a la mujer perfecta, os garantizo que vosotros también podéis. Buena suerte.

Después de despedirse, empezó a abrirse paso entre los asistentes. Estaba nervioso, pero no le importaba. Si todo salía como tenía previsto, en cinco segundos estaría abrazando a la mujer a la que amaba.

Los invitados charlaban en voz baja a su alrededor, simulando que no estaban ansiosos por ver qué sucedía a continuación. Pero Nick notaba sus miradas.

Se plantó ante Maggie. Parecía estremecida y Nick no supo lo que eso podía significar.

—Hola —la saludó.

—Hola —susurró ella.

—¿Podemos hablar? —preguntó Nick y Maggie asintió con la cabeza, incapaz de articular palabra—. ¿Afuera?

No esperó a que se recuperase de la sorpresa. Le agarró una mano y la condujo afuera. Y siguieron andando, bajo la luz de la luna, hasta la playa, donde no les llegara el murmullo de la fiesta ni la música.

—No entiendo, Nick. En la entrevista…

Su voz sonaba insegura, quebrada, confundida. Nick quiso estrecharla contra su pecho y decirle en silencio lo que sentía. Pero, después del daño que sin querer le había hecho, se merecía una explicación.

—Se suponía que tenían que haberla publicado mañana. Se suponía que debías haberla leído como si fuera una carta de amor. De mí para ti.

—Pero, yo creía… —Los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Lo sé, lo sé —dijo él, acunándola entre los brazos—. Creías que me había enamorado de una de las mujeres con las que me habías citado.

—Pero no es verdad —murmuró Maggie.

—No. —Nick la separó lo justo para levantarle la barbilla y mirarla sonriente a los ojos—. Te quiero a ti, Chica Montana.

Maggie se quedó quieta, mirándolo, sin apenas poder

mantenerse en pie. Si era un sueño, Dios quisiera que no despertara nunca.

—Dilo otra vez, Nick —le pidió. Estaba tentando a los hados, pero necesitaba oírselo decir de nuevo.

—Te quiero. —Nick la besó con suavidad—. Te quiero por todo lo que eres. Eres mi pareja perfecta, mi alma gemela.

—Yo también te quiero —susurró Maggie, transportada de felicidad—. No sabes cuánto… Pero sigo teniendo miedo —añadió débilmente.

—¿De qué?

—De la maldición —contestó ella mientras el viento soplaba sobre su cara—. Sé que suena tonto, pero tengo miedo de perderte, Nick.

—Corazón, te prometo que no voy a irme a ninguna parte —afirmó él con un brillo comprensivo en la mirada—. Pero, por si acaso, se me ocurre un antídoto: ¿qué tal si te pones de apellido «Kaplan»?

—¿Qué?

Nick metió una mano en el bolsillo derecho de la chaqueta, sacó un pequeño estuche de oro y se lo entregó. Maggie sintió que el corazón le surcaba el cielo como las gaviotas que volaban sobre ellos. Con dedos trémulos y abrió el estuche. Un precioso zafiro rodeado de pequeños diamantes resplandeció.

—Era de mi madre. Me lo ha dado mi padre esta tarde. Creía que lo iba a necesitar. —Nick hincó una rodilla en el suelo—. Cásate conmigo, Maggie.

—Sí… sí… —repitió con voz débil, sonriente. Luego, estalló en una risa jubilosa—. ¡Sí!, ¡por supuesto! ¡Sí, Nick!

De pronto se puso seria y recordó el lazo que siempre la ataría al pasado salvo que cortara con él definitivamente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nick mientras se incorporaba, preocupado al notar la sombra que había apagado la mirada de Maggie.

—Antes tengo que hacer algo —contestó ésta, al tiempo que se quitaba el collar y el guardapelo. Abrió el óvalo y esparció por el aire los granos de arena que tanto habían pesado siempre en su corazón—. Esta arena era del sitio donde mis padres se despidieron. Pensaba que me recordaría que debía mantener mi corazón

protegido y a salvo.

Luego, se agachó y tomó unos granos de la arena que había entre los dos. Los introdujo en el guardapelo, lo cerró y miró a Nick antes de volver a hablar:

—Ahora me recordará a ti. Al hombre que me enseñó a vivir y a volver a confiar en el amor —dijo un segundo antes de que Nick se apoderara de sus labios. La besó profundamente mientras el viento y las olas bailaban para celebrarlo—. Estoy loca por ti. Estoy ansiosa por que nos casemos —añadió, embelesada bajo la luz de la luna y de sus ojos, cuando por fin separaron los labios.

—Entonces démonos prisa. —Nick la abrazó, volvió a besarla, y labio contra labio añadió—: ¿Qué te parece este sábado?

Maggie rió. Nick siempre la hacía reír. Le rodeó la nuca con ambas manos y disfrutó de un momento de coquetería:

—Necesito un poco de tiempo para comprar el vestido y unas flores, y también para conocer a tu familia.

—Son tu familia a partir de ahora —dijo él, apretándola contra el pecho, contra el corazón—. Y seguro que está esperando impacientes para saber si me has dicho «sí» o «no».

Maggie exhaló un suspiro de felicidad mientras echaban a andar de regreso a la agencia.

—¿Quién lo hubiera dicho? —dijo mientras apoyaba la cabeza sobre el hombro de él—. De ser mi primer cliente a convertirte en mi marido de una tacada.

—Y te aseguro, Chica Montana, que no vas a tener ningún cliente tan satisfecho como yo.

FIN



La autora de *Bestsellers*, Laura Wright ha pasado la mayor parte de su vida sumergida en el mundo de actuar, de cantar y de baile de salón y competitivo. ¡Pero cuando comenzó a escribir, sabía que había encontrado el verdadero deseo de su corazón! (¡Aparte de un nuevo bebé!). Junto con cuatro hermanos y muchos gatos, Laura creció en Edina, Minnesota, y aunque encontró aventuras en localidades como Nueva York, Ohio, Milwaukee y San Diego, ella finalmente encontró su «norte verdadero» en Los Ángeles con su marido, actor de teatro. Laura cree sinceramente en la familia, los amigos del corazón y la energía curativa del amor, y espera que ella en sus libros refleje esos valores.